

# HOMILIAS

PARA EL

LECCIONARIO DOMINICAL

Año A









MINISTERIO HISPANO  

---

LA IGLESIA EPISCOPAL



**HOMILIAS**  
**PARA EL**  
**LECCIONARIO DOMINICAL**  
**AÑO A**

Trabajo coordinado y revisado por el  
Rvdo. Isaías A. Rodríguez, Lic. en Teología

Editadas por el  
Rvdo. Canónigo Daniel Caballero

Publicado por la Oficina del Ministerio Hispano  
Iglesia Episcopal  
815 Second Avenue  
New York, NY 10017  
Desarrollo congregacional étnico

Año de gracia de 2004



# Presentación

Cuando asumí el cargo de Misionero Oficial para el Apostolado Hispano en nuestra Iglesia, una de las necesidades más apremiantes era la de una obra homilética que facilitara la tarea de quienes trabajan en la viña del Señor. Surgían demandas por todas partes pidiendo, a gritos, una obra como la que hoy presentamos. Por ello, movidos por esa necesidad y amparados en la protección del Señor, iniciamos el camino, sin estar seguros adónde nos conduciría.

Después de haber ofrecido ya los Ciclo B y C del Leccionario Dominical en papel impreso, presentamos ahora al público el Ciclo A, y así cerramos este programa que ha beneficiado a mucha gente. Estamos agradecidos a todos los que nos han alabado y encomendado por esta obra tan necesaria para nuestro apostolado.

Aprovecho esta oportunidad para dar las gracias a todos los hermanos clérigos en el ministerio que, tomando tiempo de sus ocupados días, han colaborado en la confección de estas homilías. Estoy especialmente agradecido al Rvdo. Isaías A. Rodríguez, que ha dedicado a este trabajo infinidad de horas, para lograr que las homilías sean aceptables de la mayoría del público. Invito al lector a leer, con detención, la introducción que él mismo ha preparado, explicando lo difícil del proyecto. Su introducción es asimismo interesante bajo el punto de vista homilético en general.

Que la lectura y predicación de estas homilías sirvan para acercarnos más aquel que tiene palabras de vida eterna, Jesús, nuestro Salvador.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Daniel Caballero', with a long, sweeping flourish extending to the right.

El Rvdo. Canónigo Daniel Caballero, Misionero  
Desarrollo congregacional étnico



# Colaboradores

Ramón Aymerich

Joel Almonó

Reinell Castro

Butch Gamarra

Jacqueline Ponce

Isaías A. Rodríguez

Hugo Videla

Sylvia Vásquez



# Introducción a las homilías

No sin cierta satisfacción ofrecemos al público hispano estas homilías para el *Leccionario Dominical y Festivo*. Inicialmente se escribieron para cubrir la escasez de sacerdotes cuyo primer idioma es el castellano. Así, sacerdotes sin dominio del español podrían leer una homilía ya preparada. También podrían, en caso de carencia total de sacerdotes, ser leídas por líderes laicos.

Tanto la homilía como el sermón pertenecen a un género tan privado como el epistolar. El predicador manifiesta su personalidad predicando. La predicación es tan personal que, en todo rigor, no se puede repetir, como no se puede duplicar la personalidad, ni con la moderna clonación. También cambian los estilos. Hoy nos resultaría muy difícil leer un sermón de San Juan Crisóstomo.

Personalmente no puedo predicar el mismo sermón dos veces. Los domingos predico en tres misiones. Cada una tiene unas características peculiares. El ejemplo que es válido y certero para una, no lo es para otra. Más aún, a veces, la experiencia de una comunidad me sirve para ilustrar algún aspecto doctrinal en otra misión. Así pues, en cada una de ellas predico un sermón diferente, aunque sustancialmente ofrezco el mismo mensaje.

El trabajo editorial de este libro ha intentado dar cierta universalidad a la forma y contenido de las homilías; sin embargo, un lector atento podrá observar, tras las mismas, una personalidad diferente, y es que son fruto de varios autores. Ello ha enriquecido este conjunto de homilías. Cada escritor se ha fijado en detalles que uno solo no hubiera captado.

Ahora bien, si la predicación es tan personal, y si el sermón debe estar encarnado en una comunidad, ¿cómo será posible presentar homilías válidas para toda una Iglesia, donde hay cientos de comunidades y cada una de ellas con idiosincrasias diferentes? Esto pone de relieve lo arduo de la tarea. En efecto, yo no podría contar, en un sermón que va a ser leído por un extraño, una experiencia tenida cuando vivía en el monasterio. Resultaría ridículo. De ahí la necesidad de dar cierta generalidad a las homilías a menoscabo de mayor intimidad y localidad. Como apuntamos al principio, el primer

objetivo de cubrir la falta de sacerdotes bilingües, ha sido el motor y guía de estas homilias. Ante tal imperativo, es mejor contar con un escrito un tanto aséptico que privar a la comunidad de un comentario de la Palabra divina.

Por otra parte, al paso que estas homilias, colocadas en el ilimitado campo de Internet, eran curioseadas por un amplio público, nos fueron llegando notas positivas de ánimo y felicitación por el trabajo ofrecido. Y pudimos observar que no sólo los destinatarios mencionados hacían uso de ellas, sino otros muchos lectores, que incluso no iban a predicar ese domingo. Esto no deja de ser un encomio si se tienen en cuenta las limitaciones observadas.

Las homilias son cortas intencionadamente. Recuerdo que en los años sesenta, estando yo en Roma cursando teología y en pleno Concilio Vaticano II, cuando se debatió el documento "Sacrosantum Concilium" sobre la sagrada liturgia, alguien tuvo la feliz idea de realizar una encuesta sobre la predicación entre los reporteros, que, de todo el mundo, se encontraban en la ciudad eterna. La pregunta era sencilla, ¿cómo le gustaría que fuera la predicación en la Iglesia? La mayoría, casi absoluta, respondió que la homilía no debiera pasar de cinco minutos y que debía ir al grano. Añadían que se predicara con más frecuencia pero nunca extensamente; "proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo" decía Pablo (2 Tim 4,2). Aprendí bien la lección. Hoy no puedo tolerar sermones de veinte minutos, en los que el predicador no hace más que acumular ejemplos y aburrir a la gente. Está llenando el saco de paja. Paja estéril. Cuentan anécdota tras anécdota y muchas de ellas recogidas de libros o de escritos homiléticos. La mayoría de esos cuentos no pegan bien. Lo que cala en la gente son las anécdotas vividas por el mismo predicador. Esto no quiere decir que el predicador nos cuente sus triunfos, o su penosa vida, para que le admiremos o le compadezcamos. La anécdota tiene sólo el valor funcional de ayudar y apoyar el interés y el contenido del tema del día. En una palabra, en mi opinión, lo que pase de diez minutos es tiempo perdido. No olvidemos la filosofía de los adagios populares; aquí nos viene al pelo el que dice que "lo bueno, si breve, dos veces bueno".

El sermón o la homilía no debe ser un medio para lucirse uno, sino para alimentar espiritualmente al pueblo. Hay predicadores que desde el púlpito nos dan clases de sicología, de política, o de filosofía. Cursaba yo filosofía cuando nos llegó un profesor recién doctorado de la Sorbona de París. Sus sermones eran todo un alarde de filosofía existencialista, muy en boga por aquellos años. El pueblo que escuchaba, en su mayoría humilde, se quedaba ayuno de todo. Tampoco aguanto sermones en los que el

predicador hace alardes filológicos aunque en realidad no domine ni el hebreo ni el griego ni el latín. Podríamos decir: "¿elocuente? Sí. ¿Edificante? No". Según algunos expertos, Jesús conocía al menos tres lenguas, sin embargo nunca actuó como un filólogo en su predicación. Habrá casos en que sea necesario, y sólo de pasada, mencionar el origen de una palabra, pero no realizar equilibrios lingüísticos. El buen predicador tiene que ser competente para ofrecer el tema del día, de una manera sólida, en diez minutos; si no lo logra, es que, o no se ha preparado bien o que carece de capacidad de síntesis.

Contra la vanidad de los predicadores San Juan de la Cruz mantenía una actitud rigurosa prohibiendo predicar a frailes que lo hacían para lucirse. Veamos lo que dice el santo en la Subida del Monte Carmelo: "El predicador para aprovechar al pueblo y no embarazarse a sí mismo con vano gozo y presunción, conviéndole advertir que aquel ejercicio (de la predicación) más es espiritual que vocal; porque, aunque se ejercita con palabras de fuera, su fuerza y eficacia no la tiene sino del espíritu interior. De donde, por más alta que sea la doctrina que predica y por más esmerada la retórica y subido el estilo con que va vestida, no hace de suyo ordinariamente más provecho que tuviere de espíritu" (III, 45). Pablo estaba convencido de haber recibido ese mensaje de austeridad del mismo Cristo. "Me envió a predicar la buena noticia, sin elocuencia alguna, para que no se invalide la cruz del Mesías" (1Cor 1,17). En el sermón debemos ofrecer "la Buena Noticia", no nuestra encumbrada personalidad. En el sermón no podemos ponernos como ejemplo repitiendo incesantemente el "yo". En el sermón no podemos predicar a los pecadores sin incluirnos en ellos. Toda actitud paternalista y pontifical suena a huero si no está respaldada por una vida muy santa. Es necesario vivir una vida de entrega y santidad de lo contrario la superficialidad de nuestra vida quedará patente en el sermón. Un sermón sencillo predicado por un alma santa producirá más fruto que otro elegante pronunciado por un predicador sin vida espiritual. El mismo Sancho Panza lo decía: "Bien predica quien bien vive".

Esto no quiere decir que se pueda predicar sin preparación alguna. Antes bien, es necesario dedicar muchas horas de estudio y reflexión para ofrecer algo sustancioso al pueblo de Dios. Es necesario leer y releer los textos bíblicos asignados para el domingo, dedicar tiempo a una exégesis de los mismos, interpretarlos, y optar por el tema más importante que se trasluce en las lecturas, sobre todo en el evangelio. El predicador que no cuente con un buen diccionario bíblico, y con un comentario bíblico sólido, a la larga no hará más que ofrecer vulgaridades a la comunidad. Si queremos que nuestro sermón esté encarnado en la comunidad en que vivimos no podemos olvidar temas humanos y

sociales que abarcan a toda la humanidad. Con ello, quiero implicar la necesidad de leer algunas publicaciones serias, algún periódico o alguna revista de peso nacional.

Por otra parte, hay sacerdotes que se suscriben a varias publicaciones homiléticas, y luego se las ven y se las desean para sintetizar tanto material. San Agustín decía que temía a la persona que usaba sólo un libro. Efectivamente, no hace falta una multitud de publicaciones, sino unos pocos libros sustanciales. Personalmente recomendaría a todos los lectores el excelente trabajo de Reginal H. Fuller: *Preaching the New Lectionary: The Word of God for the Church Today*. Fuller es un escriturista experto y ofrece exégesis bíblica de primer orden, además de sugerir ideas o temas para la homilía del día.

¿Cómo podremos concretizar ese contenido que tras una lectura asidua y reflexiva tenemos en nuestra mente? Habrá que darle, al menos, tres partes elementales, introducción, cuerpo y conclusión. Pero quiero ofrecer al lector un pensamiento de Cicerón que juzgo muy apropiado. Dice: "El mejor orador es el que pronunciando un discurso (el sermón) enseña, deleita y promueve las almas de los oyentes. Enseñar es una obligación, deleitar un regalo, y promover necesario". El escritor norteamericano William Safire ha señalado que cuando Pericles daba un discurso la gente respondía: "¡Fascinante!" Mas cuando lo pronunciaba Demóstenes la gente gritaba: "¡En marcha!".

Veamos brevemente esos tres elementos. Enseñar, es una obligación. La mayoría de nuestras audiencias carece de una formación religiosa básica y no parece inclinada a un estudio serio impartido los domingos en aulas y menos aún durante la semana. Es obligado, pues, que todo sermón sea fundamentalmente didáctico. Esto no quiere decir que el predicador se ha de convertir en profesor y demuestre pedantemente todo su saber, no. Se trata de ofrecer doctrina sólida de una manera reflexionada, logrando que el público piense activamente con el predicador. Al mismo tiempo es necesario deleitar con una pequeña dosis de humor que tiene la función de captar la atención de la gente, suavizar la tensión en unos momentos de concentrada intensidad y facilitar el recuerdo del contenido del sermón. No se trata de convertir el sermón en una serie de chistes o de anécdotas graciosas, sino de algo que, como la sal, sazone la comida. Como norma general, los mejores sermones no son aquellos que nos deleitan constantemente, sino los que nos inquietan, molestan y retan a algo superior. Así predicaban los profetas, así lo hizo Jesucristo. Finalmente, de nada nos serviría formar e informar las mentes, de nada nos serviría alegrar sus espíritus si al final del sermón no estuvieran dispuestos a la acción. Es pues necesario promover los espíritus de los oyentes, a cambiar de vida, a tomar parte en un proyecto, en una palabra a ¡ponerse en marcha! Para lograr esto se ha de predicar

con convencimiento y con pasión, de tal manera que nuestra personalidad quede manifiesta con autenticidad en lo que decimos.

Todo lo dicho hasta hora quedó plasmando hace ya dos mil años en el maestro de todos los maestros: Jesús. Su vida era santa. Sus sermones, breves y con enseñanza, llenos de deleite y picardía, y movían a la gente a seguirlo.

El objetivo final de todo sermón debe ser estimular al pueblo a cambiar de vida y lanzarse en marcha hacia ideales más nobles. Este brío arrollador difícilmente se puede conseguir en un sermón escrito y leído. Pero si el predicador vive una vida cristiana de fidelidad y entrega a la palabra divina, puede lograr milagros que la letra escrita y muerta no ofrecen.

Finalmente, quiero añadir un factor esencial para la buena predicación. Se trata de escribir el sermón. Dice el maestro de la oratoria Cicerón que "Nada ayuda tanto al orador como escribir el discurso (sermón)". Efectivamente, muchos predicadores adolecen de esta debilidad, sin embargo, la escritura del sermón ayuda a verse uno mismo como en un espejo. Nos damos cuenta de nuestros propios defectos, como: falta de lógica en el orden de pensamientos, falta de claridad, repetición innecesaria de un mismo término, carencia de ilustraciones, carencia de términos concretos y abuso de abstractos, multiplicidad de temas, demasiados incisos que confunden a la gente, frases muy largas, repetición de lugares comunes. Todo esto se puede corregir si escribimos el sermón con antelación.

Este párrafo pudiera parecer una contradicción con el anterior. Tenga el lector en cuenta que hablamos de casos distintos. En el primero, hablamos de sermones escritos, un tanto descarnados, y para una audiencia muy general. En el segundo, enfatizamos con Cicerón la conveniencia de usar la escritura como un medio para lograr un buen sermón para un auditorio particular y específico. Una vez revisado y corregido, podemos darle vida y pasión en la presentación del mismo.

¡Ojalá que esta introducción y las homilias que ofrecemos al público sirvan para acercarnos más a Dios, nuestro salvador!

Rvdo. Isaías A. Rodríguez



# INDICE

## **Adviento**

Primer Domingo de Adviento  
Segundo Domingo de Adviento  
Tercer Domingo de Adviento  
Cuarto Domingo de Adviento

## **Navidad**

La Natividad del Señor (Nochebuena)  
La Natividad del Señor  
Primer Domingo después de Navidad  
Segundo Domingo después de Navidad

## **Epifanía**

La Epifanía del Señor  
Primer Domingo de Epifanía (El Bautismo del Señor)  
Segundo Domingo de Epifanía  
Tercer Domingo de Epifanía  
Cuarto Domingo de Epifanía  
Quinto Domingo de Epifanía  
Sexto Domingo de Epifanía  
Séptimo Domingo de Epifanía  
Octavo Domingo de Epifanía  
Último Domingo de Epifanía

## **Cuaresma**

Miércoles de Ceniza  
Primer Domingo de Cuaresma  
Segundo Domingo de Cuaresma  
Tercer Domingo de Cuaresma  
Cuatro Domingo de Cuaresma  
Quinto Domingo de Cuaresma  
Domingo de Pasión: Domingo de Ramos

## **Triduo Pascual**

Jueves Santo de la Cena del Señor  
Viernes Santo  
Vigilia Pascual

## **Tiempo Pascual**

Pascua de Resurrección  
Segundo Domingo de Pascua  
Tercer Domingo de Pascua

Cuarto Domingo de Pascua  
Quinto Domingo de Pascua  
Sexto Domingo de Pascua  
Séptimo Domingo de Pascua

## **Tiempo de Pentecostés**

Domingo de Pentecostés

La Santísima Trinidad

Propio 1

Propio 2

Propio 3

Propio 4

Propio 5

Propio 6

Propio 7

Propio 8

Propio 9

Propio 10

Propio 11

Propio 12

Propio 13

Propio 14

Propio 15

Propio 16

Propio 17

Propio 18

Propio 19

Propio 20

Propio 21

Propio 22

Propio 23

Propio 24

Propio 25

Propio 26

Propio 27

Propio 28

Propio 29

## **Festividades**

La Presentación del Señor en el templo

La Ascensión del Señor

La Transfiguración

La Festividad de Todos los Santos

## **Primer Domingo de Adviento**

Isaías 2,1-5; Salmo 122; Romanos 13,8-14; Mateo 24,37-44

El 11 de septiembre de 2001 ha quedado impreso en el psiquismo de todos los que vivimos aquel acontecimiento y ha cambiado nuestra manera de vivir manteniéndonos en un estado de alerta. Una de las consecuencias de los ataques de esa fecha ha sido la manera en que mucha gente se ha visto obligada a reconsiderar su fe y formularse preguntas que penetran lo más profundo y sagrado de nuestra vida y relación con Dios.

En ese contexto que nos ha obligado a reflexionar, llegamos a este primer domingo de Adviento donde otra vez la palabra de Dios ofrece retos que parecen estar basados más en mitos que en promesas divinas.

Las palabras del profeta Isaías suenan carentes de sentido, especialmente cuando, las contrastamos con lo sucedido el 11 de septiembre. Escuchemos lo siguiente: "El Señor será el árbitro de las naciones, el juez de pueblos numerosos. De las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas. No alzaré la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra" (Is 2,4). ¿Qué les parece esa profecía? ¿Por qué no se han cumplido las palabras del Señor?

La época de Adviento es un tiempo ideal para cuestionarnos sobre temas que tocan lo más profundo de nuestra fe. Adviento no debe ser sólo un tiempo de preparación para la celebración del veinticinco de diciembre y todo lo que esa fecha implica, sino que es un tiempo oportuno para escuchar el anuncio de la liberación de los pueblos y de las personas. En él se recibe una invitación a dirigir el ánimo hacia un porvenir que se aproxima y se hace cercano, pero que todavía está por llegar. Es tiempo para descubrir que nuestra vida depende de una promesa de libertad, de justicia, y fraternidad todavía sin cumplir; tiempo de vivir la fe como esperanza y como expectación, tiempo de sentir a Dios como futuro absoluto del ser humano.

Por otra parte, aunque popularmente se ha considerado la profecía como una promesa futura del Señor pronunciada por el profeta, existe también un componente muy importante e integrante de la promesa: la responsabilidad humana. Dios no necesita a nadie para realizar sus promesas, sin embargo ha querido la colaboración del ser humano para que éste no se mantenga como mero espectador. Es decir, el profeta pronuncia, en nombre de Dios, palabras de promesa que implican compromiso. El Dios que promete por boca de los profetas, es el mismo Dios que exige que volquemos todo nuestro ser al cumplimiento de esa profecía en nuestra conducta.

El evangelio de hoy es bien claro con relación a este aspecto de la profecía. El Señor dice a sus discípulos: "Estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor. Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora de la noche viene el ladrón, estaría en vela y no dejaría abrir un boquete en su casa. Por eso, estad también vosotros preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre" (Mt 24,42-44). Da la impresión de que el ser humano se ha mantenido en la historia de la humanidad en un estado letárgico con relación al plan divino. Mientras el mal ha estado maquinando sin parar, los hijos de la luz, han estado un tanto adormilados.

Si las profecías de Isaías no se han cumplido, es porque no hemos tomado nuestra responsabilidad seriamente. Si todavía hay guerras, ataques terroristas, y desesperación en el mundo es porque como hijos e hijas de Dios no hemos aceptado completamente las palabras de lo alto. No cabe duda que si todos los habitantes del planeta nos pusiéramos de acuerdo en distribuir equitativamente las riquezas puestas por Dios a nuestro servicio, esta tierra sería un paraíso. Nos queda mucho camino por recorrer. Permitamos que estas cuatro semanas de adviento sean un tiempo fructífero para nuestra alma y para la sociedad. Preparemos en nuestro interior un lugar especial para el Señor y su palabra. Esforcémonos para que su voluntad se cumpla en el mundo en que vivimos. Podemos colaborar si aceptamos al Señor, que vino al mundo hace dos mil años, pero que también prometió morar en nuestro corazón diariamente.

## Segundo Domingo de Adviento

Isaías 11,1-10; Salmo 72,1-8; Romanos 15,4-13; Mateo 3,1-12

La manera más popular de interpretar las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento ha sido creer que eran sólo una predicción de lo que sucedería con la venida de un mesías al mundo. Una de las consecuencias de pensar así es que podemos decidir que, de una manera u otra, ya se cumplieron, y que ahora las leemos porque forman parte de la revelación sagrada, pero que en realidad no nos dicen nada nuevo.

Si aplicamos ese modo de pensar a la primera lectura, hemos de admitir que el anuncio que proclama, ya se cumplió con la venida de Jesús. Y es evidente, que desde el punto de vista litúrgico, esa profecía se lee otra vez durante esta estación de Adviento como preparación para la celebración del nacimiento de Jesús.

Pero, en las profecías mesiánicas podemos encontrar algo más amplio y profundo. Es lo propuesto por san Pablo en la segunda lectura de hoy. Nos dice que las escrituras se escribieron para nuestra enseñanza y para que mantengamos la esperanza. La esperanza de que un día toda la humanidad alabe a Dios, así cita el Deuteronomio: "Alabad al Señor todas las gentes, que todos los pueblos lo exalten" (Dt 32,43), y el salmo 117: "Alabad al Señor, todas las naciones, aclamadlo, todos los pueblos". La conclusión de Pablo es que lo mismo que Jesús nos acogió a todos, así nosotros debemos recibirlo a él y hacer todo lo posible para vivir en armonía unos con otros en esta tierra.

Según esto, la profecía mesiánica, al mismo tiempo que anuncia la venida de un libertador, nos exige también la necesidad de un cambio para poder vivir en consecuencia a la presencia del salvador. Mateo nos presenta a Juan el Bautista como un enlace entre el pasado y el presente. Lo que los profetas vieron como futuro, Juan lo muestra como presente. Exige el arrepentimiento, la confesión pública; la enmienda como fruto, y como señal de purificación, el bautismo; un bautismo que él mismo reconoce que no es perfecto. Lo perfecto viene con Jesús. Y venían a Juan gentes de Jerusalén, de Judea y de la comarca del Jordán. Sin duda se acercaban a él por haber adquirido fama de profeta. Fama de hombre justo y recto, sin miedo a cantar verdades aunque hirieran a muchos. Hasta tal punto se había extendido su fama que incluso venían a él fariseos y saduceos. Los fariseos y saduceos eran enemigos entre sí, y sin embargo, acuden a recibir el bautismo de Juan. ¿Por qué? ¿Es que veían en el bautismo de Juan una especie de escapatoria, algo mágico que los justificara luego en su obrar? Juan se dio cuenta de ello, y sin pelos en la lengua, los ataca sin compasión: "¡Raza de víboras! Dad frutos válidos de arrepentimiento". De nada os vale decir: "Nuestro padre es Abrahán".

La predicación del Bautista es válida para nosotros incluso después de haber recibido el bautismo de Jesús. No podemos decir, "soy cristiano" y hacer lo que queramos. No podemos decir, "Jesús me ha salvado", y obrar el mal. No podemos encender una velita a un santo que nos cae bien, o a una virgen de nuestra devoción, y seguir llevando una vida de pecado. Las palabras de Juan resuenan en nuestros oídos: "¡Raza de víboras! Dad frutos válidos de arrepentimiento!".

Nuestra conducta debe ser fruto de una conversión interior. Si de verdad amamos a Dios obraremos el bien. Si de verdad hemos aceptado a Jesús como nuestro salvador tenemos que portarnos en consecuencia, como hijos de la luz. Si así lo hacemos se cumplirán los tiempos mesiánicos que metafóricamente anunció Isaías: "Entonces el lobo y el cordero irán juntos, la pantera se tumbará con el cabrito, el novillo y el león engordarán juntos...No harán daño ni estrago por todo mi Monte Santo, porque se llenará el país de conocimiento del Señor, como colman las aguas el mar"(Is 11,6-9). ¡Qué bellos serán esos días!

No hemos de perder la esperanza de que ese idealismo llegue a ser una realidad. A pesar del mal reinante en el mundo, a pesar de que tengamos días de depresión y pesimismo, no cabe duda que el bien avanza lentamente y va cubriendo la faz de la tierra. En gran manera depende de nosotros el que ese programa divino se realice. Hermanos: ¡obremos el bien!

## Tercer Domingo de Adviento

Isaías 35,1-10; Salmo 146,4-9; Santiago 5,7-10; Mateo 11,2-11

Durante este tiempo de Adviento, nos hemos estado preparando no sólo para la celebración de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, sino también para su segunda venida al fin de los tiempos. Y así como la primera sucedió después de que lo anunciaran los profetas del Antiguo Testamento y le pidieran al pueblo de Israel que se preparara, así las lecturas de estos dos últimos domingos nos piden que nos preparemos para la venida definitiva.

El cristianismo tiene como uno de sus pilares la Encarnación del Hijo de Dios; el misterio de que Dios se hizo hombre y vivió entre nosotros. Después de la muerte y resurrección de Jesucristo, el mismo cristianismo nos pide que hagamos de esa encarnación una realidad: que seamos responsables si tenemos fe en la aparición de Dios en la tierra. El celo de nuestro ministerio debe conducirnos a mostrarlo y al mismo tiempo enderezar los caminos para que Cristo regrese en toda su gloria.

La primera lectura viene tomada del profeta Isaías y sus amonestaciones nos sirven de consejo e instrucción para cambiar de conducta. El mensaje del profeta es de aliento y de esperanza: "Todos verán la gloria del Señor, la majestad de nuestro Dios... En el desierto, tierra seca, brotará el agua a torrentes. El desierto será un lago, la tierra seca se llenará de manantiales...Y habrá allí una calzada que se llamará 'el camino sagrado'".

Pero el profeta Isaías insiste también en la responsabilidad que el pueblo de Israel tiene en que se realice este programa fantástico. Invita a "fortalecer a los débiles, a dar valor a los cansados, y a decirle a los tímidos: '¡Aquí está tu Dios para salvarte!'" Entonces "los ciegos verán y los sordos oirán; los lisiados saltarán como venados y los mudos gritarán".

Si lo pensamos bien, la fantasía de que nos habla Isaías se está logrando: hay desiertos que se han convertido en tierra fértil, el agua corre por tierras que eran de secano; y la ciencia nos habla de que pronto lo sordos oirán, los ciegos verán y los lisiados tendrán agilidad de movimientos. Sin duda alguna, científicamente, el futuro es prometedor.

¿Cuáles entonces, son nuestros deberes y obligaciones mientras esperamos la última venida de Cristo? Santiago nos pide que tengamos paciencia, una paciencia acompañada de trabajo y responsabilidades. Se sirve del ejemplo del campesino que tiene paciencia porque ya sembró la semilla y sabe que tarde o temprano, después del paso de las lluvias, la semilla brotará. Se trata de una paciencia activa y segura. Si sembramos con amor y buen ejemplo, cosecharemos recompensas divinas.

Debemos también, imitar a Juan el Bautista que fue firme en su testimonio de vida. Cristo espera de nosotros no sólo una actitud semejante sino mucho más. Jesucristo coloca grandes responsabilidades sobre nuestros hombros cuando dice que "ninguno ha sido más grande que Juan el Bautista; y sin embargo, el más pequeño en el reino de Dios es más grande que él". Entonces, ¿qué se espera de nosotros? A veces tenemos la impresión de que el mal domina la sociedad en que vivimos, nos llenamos de temor y de angustia. Mas, la verdad es que el bien va abriendo nuevas veredas y caminos, y sin darnos cuenta, el reinado de Dios se va estableciendo en el mundo entero. Se espera de nosotros que sigamos, sin desaliento, difundiendo por doquiera el amor que hemos heredado de Jesús

Tengamos, entonces, la fe y la esperanza para mantenernos firmes mientras esperamos la venida triunfante de Cristo. Es cierto que todavía no ha llegado el tiempo de la cosecha. Pero la semilla ya ha sido arrojada. Y germina en silencio bajo el hielo del más riguroso invierno. Como los profetas, esos hombres de la esperanza nunca defraudada, como el labrador que aguarda paciente el fruto valioso de la tierra, estemos seguros de que lo que ocurra ha de superar todas nuestras expectativas. Guardémonos de las rencillas y de quejarnos unos de otros. Estas cosas no conducen sino a enfrentamientos inútiles, cuando de lo que se trata es de trabajar juntos para apresurar la venida del juez-labrador que está cerca.

Pero nunca nos olvidemos de que esa fe y esperanza vienen acompañadas de la proclamación del evangelio y del testimonio que Cristo quiere que encarnemos en el mundo en que vivimos.

## Cuarto Domingo de Adviento

Isaías 7,10-17; Salmo 24,1-7; Romanos 1,1-7; Mateo 1,18-25

Hemos llegado al último domingo de Adviento. Las lecturas de hoy pareciera que estuvieran anticipando el nacimiento de Cristo. Tanto Isaías como el evangelio se refieren a la venida del Mesías, que ya conocemos, Jesús. Isaías dice: "Mirad, la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa 'Dios-con-nosotros'". Mateo dice que "el nacimiento de Cristo fue de esta manera". Sin embargo, si hemos de ser fieles a la estación de Adviento hay algo mencionado en la liturgia que no podemos pasar por alto. Nos referimos a dos personajes de gran importancia, a la bendita Virgen María y a su esposo José.

Sin duda, María fue un personaje imprescindible para que la venida del Mesías se realizara. Por designio misterioso divino, fue escogida de entre todas las mujeres para que por ella llegara la luz divina. Los evangelios son muy parcos en darnos detalles de María. Estaban centrados en Jesús. Pero al mismo tiempo, vemos, que no han podido ignorarla por completo, hasta el punto de que Juan coloca a María en la misma crucifixión de Jesús (Jn 19,25-27).

No cabe duda que la importancia de María reside en la maternidad, en dar a luz a Jesús. La madre de todo personaje histórico tiene un lugar en la historia por haberlo engendrado. Con María no podía ser menos. Sin embargo ahí ha radicado la dificultad de mantener un equilibrio justo en la reflexión teológica. Algunos quisieron ensalzar tanto su maternidad del hijo de Dios que pronto aparecieron leyendas y doctrinas no justificadas. El ensalzamiento siguió en crescendo a través de los siglos, hasta el punto de que muchos cristianos han profesado más devoción a María que a Jesús. Para muchos María quedó convertida en una diosa.

Era evidente que la reacción contra tales exageraciones habría de llegar tarde o temprano. Así sucedió con la Reforma Protestante. En el siglo XVI, el cristianismo se dividió y se pusieron en cuestión y también se negaron algunas verdades hasta entonces tenidas por ciertas. Con relación a María se fue al extremo. Muchas confesiones protestantes decidieron ignorarla por completo, y todavía perdura esa actitud en algunos hermanos cristianos. Una actitud que peca por insensible y exagerada. Si admiramos a personas famosas en la historia ¿por qué no habríamos de admirar y respetar a la que fue madre de Jesucristo, salvador del mundo?

Desde la infancia, pasando por la juventud, todo ser humano está inclinado a imitar héroes, ídolos, deportistas, artistas. Esto es algo normal. Si en la vida espiritual tenemos un modelo inigualable: Jesucristo, también es verdad que se han dado otros modelos de virtud, a quienes podemos imitar. María fue uno de ellos. María fue ejemplar en la fe. ¿Cómo vivir una fe completa y entregada, estando tan cerca del misterio de Cristo, que ofrecía, desde el punto de vista humano, múltiples contradicciones? Por poca imaginación que uno tenga no puede uno menos de concluir que la vida de María no fue nada fácil. Sin embargo, tuvo fe, esperanza, y amor al prójimo en manera sublime.

Hoy, a cualquier mujer le gusta atraer la atención. Es este un fenómeno femenino natural a su psicología. ¿No quedará una mujer halagada cuando su hijo es el presidente de una nación? "¡Ahí va la madre del presidente!", esta frase debe enorgullecer a cualquier madre. Sin embargo María supo vivir una vida de silencio y de retiro, devolviendo a su hijo cualquier atención que pudiera caer sobre ella. Así nos dice: "Haced -siempre- lo que él os diga" (Jn 2,5). María quería que toda la atención se centrara Jesús.

Ningún cristiano puede avergonzarse de profesar amor a María. Ningún cristiano debe profesar más amor a María que a Cristo. Y todo cristiano debe avergonzarse de ignorar por completo a María. Tal vez cuando lleguen a la otra vida, esos cristianos, oirán el reproche de Jesús: ¿Cómo pudiste olvidarte de mi madre? Es verdad, ¿cómo puede haber cristianos que ignoren por completo a María. ¿Es que no creen en la encarnación del Hijo de Dios? Y si creen que Cristo se encarnó, ¿cómo no ven el dolor y el amor de María por Jesús? Imitar a María debe ser para nosotros la mejor preparación para recibir a Cristo Jesús. Démosle gracias a María por tan precioso Hijo.

## **La Natividad del Señor (Nochebuena)**

Isaías 9, 2-4. 6-7, Salmo 97, 1-4, 11-12, Tito 2,11-14, Lucas 2,1-14

¡Feliz Navidad! ¡Feliz Natividad! ¡Feliz Nacimiento! En medio de la oscuridad de la noche estamos celebrando el nacimiento de la Luz. Como eco a esta luz que nos llega, todo el mundo está engalanado de luces. En las casas hay velas y en los árboles navideños lucecitas. En las ciudades hay luces por doquier: en los escaparates, en las calles, en los edificios altos y bajos. Luz por todas partes. Verdaderamente podríamos decir que todo el globo terráqueo brilla con resplandor inusitado. Sería interesante ver la tierra esta noche desde las alturas. Y todo ello porque, como dice el profeta Isaías, “el pueblo que andaba en la oscuridad vio una gran luz; una luz ha brillado para los que vivían en tinieblas”.

Recordamos en esta noche el alumbramiento de María, que da a luz a un niño, al Niño Jesús. Pero, en un sentido más profundo, celebramos ese otro alumbramiento universal por el cual Dios, a través de Jesús, hace que surja la luz en medio de las tinieblas.

La humanidad había experimentado las tinieblas de una manera aplastante. La miseria, la opresión, la esclavitud, la injusticia, habían reinado en toda la tierra. La humanidad clamaba por mejores tiempos. Por tiempos de calma, de tranquilidad, de progreso humano. Por fin, apareció la gracia de Dios trayendo la salvación a toda la humanidad; la gracia de Dios nos pide que renunciemos a los deseos mundanos y pecaminosos y que llevemos, de ahora en adelante, una vida sobria, honrada y religiosa. San Pablo le recuerda a Tito, que la gracia de Dios nos enseña a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos y a vivir en esta edad con templanza, justicia y piedad.

Efectivamente, Jesús nos iluminó con su nacimiento, con su vida, con su muerte y resurrección. Es decir, Jesús ilumina a todos los que acepten y sigan su ejemplo. Sin embargo, podríamos decir, que tras dos mil años de una iluminación única y divina, todavía seguimos en las tinieblas. Podríamos decir con San Juan que Dios vino a los suyos y los suyos no le recibieron, pero aquellos que se esfuerzan por hacer viva la luz de Cristo en sus vidas les da poder para convertirse en hijos de Dios (Jn 1, 11-12).

Tal vez el problema esté en que celebramos el acontecimiento de su venida de una manera superficial, con todo un aparato externo, con una decoración bonita pero insustancial que cubre nuestras casas, ciudades y vidas.

Es necesario que Jesús nazca verdaderamente en nuestros corazones para que la luz divina ilumine nuestras vidas y la de todo ser humano. Han vivido en esta tierra almas santas que han logrado que esa luz divina venida de lo alto brille en su interior de tal manera que los ha transformado. Y de humanos se han vuelto divinos. Han vivido el cielo en la tierra y han suspirado por irse cuanto antes al encuentro con quien es la Luz de todas las luces.

Cuando la gloria de Dios brilla en nuestro alrededor no hay razón para tener miedo. Mucho menos hemos de tener miedo cuando la gloria de Dios brilla en nuestro interior “No tengan miedo”, dijo el ángel. Nada nos puede separar del amor de Dios. La alegría ha de triunfar siempre, y la paz de Dios reinará en nuestros corazones. Con ello tienen sentido las palabras del salmo: “Cantad al Señor un cántico nuevo. Cantad al Señor, toda la tierra. Proclamad entre las naciones su gloria y en todos los pueblos sus maravillas. Alégrese los cielos y gócese la tierra. Vitoreen los campos y cuanto hay en ellos. Aclamen los árboles del bosque. Delante del Señor, que ya llega, ya llega a regir la tierra”. ¡Feliz Navidad!

## La Natividad del Señor

Isaías 9, 2-4, 6-7; Salmo 96,1-4, 11-12; Tito 2,11-14; Lucas 2,1-14(15-20)

(Nota: este sermón se puede usar tanto la víspera de Navidad como el mismo día de Navidad)

Queridos hermanos estamos celebrando un acontecimiento sin paralelo en la historia de la humanidad. Algo increíble. El nacimiento de Dios entre nosotros. El Dios creador del universo vino a morar en la tierra. ¿Quién de nosotros, si viviera en un país de encanto y felicidad lo abandonaría para irse a otro de dolor y lamento? ¿Quién de nosotros, si estuviera gozando de completa felicidad la abandonaría para meterse en un lugar de lucha y sufrimiento? Nadie, ¿verdad? Y sin embargo, Dios ha querido realizar tan inaudita empresa.

Esas preguntas nos ayudan a comprender cuánto nos ama Dios, que se dignó acampar entre nosotros para orientarnos. Isaías dice que "el pueblo que caminaba a oscuras vio una luz intensa, los que habitaban un país de sombras se inundaron de luz" (Is 9,1). Ahora, los que andan a oscuras pueden, si quieren, encontrar luz en Cristo Jesús, los que viven rodeados de tinieblas pueden, si quieren, encontrar, el faro que ilumina a todo descarriado. Sí, hermanos, una luz nos ha brillado y con ella ha llegado la alegría y el gozo para quienes buscan con celo la presencia de Dios.

San Pablo en la Carta a Tito le recuerda este maravilloso acontecimiento: "Se ha manifestado la gracia de Dios que salva a todos los humanos". Estemos alegres y de una vez para siempre renunciemos a "los deseos mundanos y a vivir en esta edad con templanza, justicia y piedad". Si no renunciamos al vivir terrenal seguiremos rodeados de tinieblas y no seremos capaces de ver la luz que nos ha llegado

Una voz celestial anunció por las cercanías: "Os traigo una buena noticia, una gran alegría para todo el pueblo: hoy... os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor".

Mas, ¿dónde creéis que ha nacido ese salvador? ¿En una mansión, en un palacio, en el calor de una cama y de un hogar? No, María lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada. ¿Cómo es posible que el creador del mundo, el rey de los cielos, llegue a la tierra y no encuentre lugar en su posada?

Algunos dicen que tal vez eso del pesebre fuera una invención piadosa. Puede ser, pero no es menos cierto que Jesús nació en la pobreza. Sus padres eran pobres y Jesús fue pobre durante toda su vida. Sin duda alguna, el Hijo de Dios, quiso darnos a entender que, comparado con las moradas celestiales, tanto el hotel como la mansión como el palacio, no dejan de ser más que un pesebre. Nada terreno tiene equivalencia en el cielo.

De pronto, sucedió algo inaudito, una legión del ejército celestial entonó esta canción: "¡Gloria a Dios en lo alto y en la tierra paz a los hombres (a los seres humanos) que él ama!". La voz de Dios envía la paz a la tierra para todo ser humano. Dios ama a todos los humanos, nosotros tenemos que aceptar esa paz que nos viene de lo alto, de lo contrario sólo tendremos guerras.

Hermanos y hermanas, ¡qué bella es esta fecha que nos habla de luz, de salvación, de paz, de amor! Este acontecimiento evoca otro de mayor transcendencia cristiana, la Pascua de Resurrección en la que la Vida se hizo definitiva y plena para todos los humanos. La Navidad del Señor empezó a celebrarse en el siglo IV para cristianizar la fiesta pagana que el 25 de diciembre celebraba el "Sol invicto". Nuestra fiesta nos presenta una Luz infinitamente más resplandeciente que el sol y que nunca pierde su fuerza: Jesús, el Cristo, muerto y resucitado, eternamente vivo. La Natividad del Señor ha sido desde su origen una fiesta explícitamente pascual.

Que este tiempo navideño sirva para reflexionar y darnos cuenta que tenemos a Dios a nuestro lado, siempre; no sólo en los días festivos. No permitamos que el ambiente secularizado y mundanal oscurezcan un mensaje tan hermoso como es este de la Natividad del Señor.

## **Primer Domingo después de Navidad**

Isaías 61,10--62,3; Salmo 147,13-21; Gálatas 3,23-25; 4,4-7; Juan 1, 1-18

Hace sólo unos días nos reuníamos para celebrar la natividad de nuestro Señor Jesucristo, lo que el cristianismo llama el misterio de la Encarnación. Sin demora, la Iglesia hoy nos invita a que nosotros, los herederos del reino de los cielos que somos hijos e hijas de Dios por adopción, realicemos en nuestras vidas ese misterio de la encarnación. La Iglesia nos pide que imitemos a Cristo, y que así como "la Palabra se hizo carne y vivió entre nosotros lleno de amor y verdad," nosotros también nos transformemos en palabras comprometidas en la misión de Cristo. La Iglesia nos pide que mediante el amor y la verdad, demos a conocer este misterio a quienes todavía no han llegado a conocerlo para que tengan la oportunidad de aceptar a Cristo como el Mesías salvador del mundo.

Se pudiera pensar que las lecturas de hoy se refieren única y exclusivamente a la figura de Cristo como si estuvieran contándonos una historia que se repite cada año. Se pudiera pensar que el profeta Isaías se refiere sólo a Cristo cuando nos dice: "El espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha unguido. Me ha enviado para dar una buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos y a los prisioneros la libertad; para proclamar el año de gracia del Señor" (Is 61,1-2). Obviamente, estas profecías se cumplieron con plenitud en la persona de nuestro Señor Jesucristo. Lucas nos dice en su evangelio (Lc 3,18-19) que después de haber leído este pasaje de Isaías en la sinagoga de Cafarnaún, Jesús dijo que aquellas palabras se habían cumplido en presencia de todos.

La intención de la Iglesia es más amplia y nos incluye también a nosotros en la proclamación de estas lecturas. Eso implica que debemos participar del programa salvífico-social trazado por Isaías y llevado a la perfección por Jesús. Debemos llevar alivio al que sufre, consuelo y libertad al prisionero, debemos erradicar el hambre del mundo.

La epístola insiste con fuerza en el mismo tema, dice: "cuando se cumplió el plazo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer... para que rescatase a los súbditos de la ley y nosotros recibiéremos la condición de hijos. Y como sois hijos, Dios infundió en vuestros corazones el Espíritu de su hijo que clama: Abba Padre" (Gal 4,4-6). Joaquín Jeremías, un gran estudioso bíblico, dice que la palabra "Abba" en realidad debe traducirse como "papá" o "papaíto", expresión íntima y de gran cariño que un hijo usaría con su padre y que un judío típico nunca usaría con relación a Dios. Es decir, a través del misterio de la encarnación y de la muerte y resurrección de Jesucristo, hemos sido adoptados como hijos e hijas de Dios. Participamos de la intimidad divina.

Como hijos adoptados de Dios somos muy especiales, tan especiales que nos podemos dirigir a ese Dios de una manera muy familiar. Es esta intimidad divina la que debemos llevar a todo el mundo. El programa social delineado por Isaías de establecer justicia en la sociedad es una obligación imperativa para todo ser humano, cristianos y no cristianos. Jesús dio mejor ejemplo que nadie. Pero el ser humano busca algo más profundo, algo que le colme de felicidad para siempre. Existen hoy sociedades prósperas donde prácticamente se ha suprimido la pobreza, y con todo la gente no es feliz. La gente sigue buscando plena satisfacción en toda clase de experiencias, pero en realidad sólo encuentra sufrimiento. San Juan habla de una vida que había en la Palabra, y esa vida es la luz del ser humano. Hasta que no aceptemos la vida divina que se nos ha ofrecido en la persona de Jesucristo, no haremos más que dar vueltas sobre nosotros mismos, mareándonos, volviéndonos locos, sin encontrar lo que buscamos.

¡Que este tiempo de Navidad, en que celebramos la presencia de Dios entre nosotros, sea un tiempo fructífero y oportuno para superar la superficialidad humana y adentrarnos en la intimidad divina que Jesús nos ofrece.

## **Segundo Domingo después de Navidad**

Jeremías 31,7-14; Salmo 84, 1-8; Efésios 1,3-6; 15-19a; Mateo 2,13-15

Las lecturas de este domingo nos presentan a Dios como el gran libertador. Ésta es la historia de todo el Antiguo Testamento: tenemos un Dios que nos libra. Los grandes profetas como Isaías, Jeremías, Ezequiel, Oseas, repiten este tema como canto sinfónico: “Canten de gozo y alegría, hagan oír sus alabanzas y digan siempre: el Señor salvó a su pueblo”. Éste podría ser el estribillo de todo el Antiguo Testamento. Tenemos un Dios amoroso que cuida de su pueblo, como el pastor lo hace de sus ovejas. Protegidos por Dios, todo llanto se convierte en alegría, toda tristeza en gozo. La alegría rebosará todo dolor.

San Pablo en la carta a los efésios enfatiza todavía más este pensamiento. Dios nos ha escogido en Cristo desde antes de la creación del mundo para ser hijos suyos y benditos con toda clase de bendiciones espirituales. El salmo hace eco a este mismo tema cuando dice: “Dichosos los que habitan en tu casa alabándote siempre”(5), porque nuestro Dios es “el Dios de dioses”(8). El Evangelio nos dice que Jesús, recién nacido y débil, también experimentó el amor libertador de Dios padre.

El ángel del Señor se aparece en sueños a José y le da un mensaje activo y decisivo: “Levántate, toma al niño y a su madre, y huye...” Apenas nacido, Jesús experimenta la condición humana. Una condición llena de contradicciones y paradojas, porque ¿cómo reconciliar el amor libertador divino con el sufrir y padecer en esta tierra que parecen ser el “pan nuestro de cada día?” ¿Cómo explicar los estragos y devastaciones causados por el temblor de los terremotos, las lluvias torrenciales de los huracanes y todos los fenómenos naturales que acosan y agobian al indefenso ser humano?

En verdad no hay respuesta adecuada para algunos interrogantes humanos. También es verdad que el ser humano se empeña en vivir donde los agentes atmosféricos se manifiestan con más furia. Podríamos preguntarnos ¿Por qué vivir donde el terremoto tiembla o el huracán azota? ¿Por qué no buscar soluciones humanas a estos agentes naturales y tal vez necesarios para la misma vida física de la tierra?

La verdad es que nuestro Dios, no es un Dios cruel o indiferente. Nos ha enviado a su Hijo para darnos muestra de su amor y preocupación por nosotros. La colecta de hoy nos dice que, con el nacimiento de Jesús, Dios ha restaurado la dignidad de la naturaleza humana. También nos asegura que estamos destinados a participar de la naturaleza divina de aquel que se humilló para participar en la humana.

Todo ser humano se ve envuelto por el misterio divino. Un misterio que oscurece el caminar humano por este mundo. Contamos con días y momentos en los cuales todo nos resulta difícil, doloroso e insoportable. Mas he aquí que tras esos momentos de oscuridad nos llega la luz. Y experimentamos la gracia divina, el amor divino, la liberación de Dios. Por eso Pablo pide a Dios que dé sabiduría espiritual a los de Éfeso y que se les ilumine la mente, para que puedan comprender cuál es la esperanza a la que han sido llamados, cuán gloriosa y rica es la herencia que Dios da a los que le siguen. La herencia divina no es como la humana pasajera y caduca. La herencia divina es eterna y permanente. Esto nos debe llevar a una conclusión sabia y antigua formulada por el profeta Isaías: “Dios es rico en perdón. Pues mis pensamientos no son sus pensamientos, ni sus caminos, mis caminos, dice el Señor. Porque así como los cielos son más altos que la tierra, así mis caminos son más altos que sus caminos, y mis pensamientos más que sus pensamientos” (Is 55, 7-9).

Aquel que se humilló y nació entre nosotros, y se nos da en alimento, nos lo explicará todo un día y de nuevo todos a una cantaremos: “Canten de gozo y alegría, hagan oír sus alabanzas y digan siempre: El Señor salvó a su pueblo”.

## La Epifanía del Señor

Isaías 60, 1-6; 9; Salmo 72, 1-2; Efesios 3, 1-12; Mateo 2, 1-12

La Epifanía es la fiesta de la revelación, de la manifestación de Dios. Simbólicamente queda expresado en la venida de unos magos de oriente para adorar a nuestro salvador Jesucristo. Dice el evangelio que unos magos entraron en la casa, vieron al niño con su madre María y, postrándose, le adoraron; luego abrieron sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra. Oro simbolizando la realeza, incienso la divinidad y mirra la humanidad.

Con esta fiesta la Iglesia presenta la universalidad del evangelio. Se da la bienvenida a todos los pueblos y a todos se invita a recibir la luz de lo alto que ilumina a todo ser humano sin distinción de razas ni culturas. “¡Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti!” (Is 60,1).

San Mateo, para transmitirnos este mensaje, recoge en su evangelio varios textos del Antiguo Testamento, los une, los da forma y nos transmite la lección. La estrella es la estrella de Jacob: “Lo veo, pero no es ahora; lo contemplo, pero no será pronto. Avanza la estrella de Jacob y sube el cetro de Israel” (Nm 24, 17). La venida del Mesías, el Rey de los judíos, es un eco de las bendiciones de Jacob: “No se apartará de Judá el cetro ni el bastón de mando de entre sus rodillas, hasta que le traigan tributo y le rindan homenaje los pueblos” (Gn 49, 10). El nacimiento del Mesías en Belén se fundamenta en la profecía de Miqueas: “Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres, no, la menor entre los principales clanes de Judá; porque de ti saldrá un caudillo que será pastor de mi pueblo Israel” (Miq 5,1-3).

A partir de la Edad Media se fueron agregando elementos que no aparecen en la narración de Mateo, como el número de tres, con base, tal vez en los tres regalos; la transformación de magos en reyes, cuyo fundamento puede encontrarse en el salmo 72: “Los reyes de Tarsis y las islas traerán tributo. Los reyes de Sabá y de Seba pagarán impuestos; todos los reyes se postrarán ante él, le servirán todas las naciones y mientras viva se le dará oro de Sabá” (Sal 72, 10-11 y 15). Y, finalmente, los nombres de Melchor, Gaspar y Baltasar asignándoles a cada uno un país, todo ello obedece a la devoción popular.

De esta manera los escritores bíblicos transmiten sus mensajes. Hacen una composición literaria del género midrás. En la literatura rabínica “midrash” significaba, en general, el estudio de unos textos, y más en particular, un comentario o explicación de carácter homilético. Es una meditación sobre un texto sagrado o una reconstrucción imaginaria de la escena o episodio narrado. Lo que intentaban siempre era la aplicación práctica a la vida presente. De la manera que hemos visto Mateo nos transmite un mensaje.

El mensaje es éste: que la manifestación de Cristo y la salvación que ofrece están abiertas a todos los pueblos y naciones de la humanidad. “Librará al pobre que clama, al afligido que no tiene protector, se apiadará del pobre y del indigente, y salvará la vida de los pobres” (Sal 72,11). Es ésta una verdad que los mismos discípulos comprendieron muy tardíamente, pues en un principio creían que el Mesías era propiedad exclusiva del pueblo de Israel.

San Mateo pone de relieve el contraste entre esta apertura a la fe por parte de los gentiles, y la repulsa del Mesías por parte de los propios israelitas: Herodes, los sumos sacerdotes, los letrados y todo el pueblo sobresaltado.

Esto es lo que debemos creer: que el Hijo de Dios ha venido a salvar, no a un pueblo particular, sino a toda la humanidad, y cuanto más humildes seamos más preparados estaremos para apreciar su Epifanía. Todo el que acepte el mensaje de Jesús encontrará salvación.

Pero, podemos preguntarnos, ¿qué regalos le podríamos ofrecer al Señor, hoy, en su Epifanía? Ofrecámosle los mismos que los magos de oriente: oro, que nadie reine en nuestra alma sino él; mirra, que con nuestra vida ejemplar, nos dediquemos al servicio de los demás; incienso, que le adoremos sólo a él en todo tiempo y lugar.

## **Primer Domingo de Epifanía (El Bautismo del Señor)**

Isaías 42,1-9; Salmo 89,1-29; Hechos 10,34-38; Mateo 3,13-17

En esta ocasión Mateo narra un cuadro importante en la vida del Maestro de Galilea, su bautizo. Después del bautizo Jesús se retira a un lugar desierto, y durante cuarenta días y cuarenta noches, ayuna, ora, y reflexiona para iniciar su ministerio terreno.

Mas veamos hoy la verdadera enseñanza de lo que implica un bautismo. La palabra "bautismo" se deriva del verbo griego baptizein, que significa "sumergir, lavar". El bautismo es, pues, una inmersión o una ablución. El agua ha jugado un papel simbólico como signo de purificación en todas las religiones. En el Antiguo Testamento, el diluvio y el paso del mar Rojo, serán vistos más tarde como prefiguraciones del bautismo. Se imponen leyes de abluciones rituales que purifican y capacitan para el culto. Los profetas anuncian una efusión de agua purificadora del pecado.

Un poco antes de la venida de Jesús, los rabinos bautizaban a los prosélitos, paganos de origen, que se agregaban al pueblo judío. Parece que algunos consideraban este bautismo tan necesario como la circuncisión.

El bautismo de Juan es un bautismo único, conferido en el desierto con miras al arrepentimiento y al perdón (Mc 1,4). Comporta la confesión de los pecados y un esfuerzo de conversión definitiva, expresada en el rito (Mt 3,6). Juan insiste en la pureza moral, pero sólo establece una economía provisional, es un bautismo de agua, preparatorio para el bautismo mesiánico en el Espíritu Santo y en el fuego (Mt 3,11), purificación suprema.

Jesús, al presentarse para recibir el bautismo de Juan, se somete a la voluntad de su Padre y se sitúa humildemente entre los pecadores. Es el cordero de Dios que toma así sobre sí mismo el pecado del mundo (Jn 1, 29-36). El bautismo de Jesús por Juan es coronado por la bajada del Espíritu Santo y la proclamación por el Padre celestial, de su filiación divina. Es también el anuncio de pentecostés, que inaugurará el bautismo en el Espíritu, para la Iglesia (Hch 1,15; 11,16) y para todos los que entren en ella (Ef 5,25-32; Tit 3,5ss).

El bautismo cristiano implica normalmente una inmersión total (Hch 8,38) o, si no es posible, por lo menos, un derrame de agua sobre la cabeza, tal como lo atestigua el Didaje 7, 3, o libro de la enseñanza de los Apóstoles. San Pablo en varias de sus cartas habla y profundiza sobre el significado del bautismo. Por ejemplo, dice que la inmersión en el agua representa la muerte y la sepultura de Cristo, la salida del agua simboliza la resurrección en unión con él. El bautismo hace que muera el cuerpo en cuanto instrumento de pecado (Rm 6,6) y hace participar en la vida para Dios en Cristo (Rm 6,11). El bautismo es un sacramento pascual, una comunión con la pascua de Cristo. El bautizado muere al pecado y vive para Dios en Cristo (Rm 6,11) vive de la vida misma de Cristo (Gal 2,20). La transformación así realizada es radical. Es despojo y muerte de la vieja criatura y revestimiento de la nueva criatura. Nueva creación a la imagen de Dios.

El bautismo según el libro de Oración Común: "Es el sacramento por el cual Dios nos adopta como hijos suyos, y nos hace miembros del Cuerpo de Cristo, la Iglesia, y herederos del reino de Dios". Todos los bautizados formamos una gran familia, un gran pueblo, un cuerpo místico, que un día se manifestará en toda su gloria. Lo que da vida a este cuerpo, aquí en la tierra, es nuestra incorporación a la vida divina. Pero es necesario imitar profundamente la vida de Jesucristo si no queremos que este sacramento sea sólo una costumbre repetida sin pensarlo bien.

Para recibir el bautismo se han de cumplir ciertas condiciones y promesas. Se ha de renunciar al mal y todas sus consecuencias. Es necesario arrepentirse de los pecados, aceptar a Jesús como Señor y salvador, profesar fe en la Trinidad y en la Iglesia. Además prometemos seguir estudiando la enseñanza de la Iglesia, asistir a la Eucaristía, y rezar asiduamente. También prometemos resistir al mal y arrepentirnos si caemos en el pecado; proclamar el evangelio de palabra y de obra, servir a Cristo en todas las personas, y luchar por la justicia y la paz entre todos los pueblos. En una palabra, si cumpliéramos todo esto el mundo sería un poco mejor. Y todos seríamos más felices. Renovemos hoy esas promesas conscientes de lo que implican.

## Segundo Domingo de Epifanía

Isaías 49,1-7; Salmo 40,1-10; 1 Corintios 1,1-9; Juan 1,29-41

El evangelio presenta a Juan el Bautista dando testimonio de Jesús. Ve a Jesús como "el Cordero de Dios" que quita el pecado del mundo. Jesús es el elegido de Dios para redimir al mundo iniciando la obra de salvación con el poder del Espíritu Santo. La segunda parte del evangelio cuenta, de forma sencilla, cómo Jesús reclutó a los primeros discípulos.

Vamos a centrar nuestra reflexión en la frase "el Cordero de Dios", propia del evangelio de Juan. El evangelista supo aunar en una expresión feliz una larga tradición simbólica y ritual. El cordero era el animal del Oriente Medio. Cubría las necesidades elementales del ser humano, era pues un medio primordial de sustento, como en otros lugares pudo ser cualquier otro animal. Sabemos que el bisonte era el animal que daba vida a la variedad de razas que existían en lo que es hoy América del Norte. Sabemos también, que eliminados los bisontes también los indios fueron desapareciendo. El cordero proveía al pueblo de ropa, por medio de la lana; de comida, mediante la carne, la leche y otros derivados como queso; además, podía ser cambiado por dinero u otras mercancías. Pero además de este valor material y realista, la oveja y el cordero, adquirieron un valor religioso, especialmente en el pueblo judío.

En el Antiguo Testamento el cordero tuvo un significado capital cuando fue usado como ofrenda agradable a Dios por parte de Abel, el hermano de Caín (Gn 4,4). El cordero fue la ofrenda que Abrahán utilizó en sustitución del sacrificio de Isaac, su hijo, la cual fue aceptada por Dios (Gn 22,1-14). El cordero se estableció como un animal adecuado para la propiciación, para el sacrificio y para la liberación del pueblo de Israel. Cuando Dios decidió libertar a su pueblo cautivo de los egipcios, ordenó a los hebreos inmolar un cordero por familia "sin mancha, macho, de un año" (Ex 12,5), comerlo al anochecer y marcar con su sangre el dintel de la puerta. Gracias a este signo, el ángel exterminador los perdonaría cuando viniera a herir de muerte a los primogénitos de los egipcios.

Más tarde la tradición judía dio un valor redentor a la sangre del cordero. Gracias a la sangre del cordero pascual, los hebreos fueron rescatados de la esclavitud de Egipto. El cordero era lo ideal para el sacrificio y la redención, pero sólo servía para una persona o para una familia, no para toda la nación; por eso cuando el rey Salomón ofreció sacrificios por el pueblo, ofreció miles de toros y corderos. Para la redención de la humanidad se necesitaba un cordero, uno solo, sin mancha, perfecto y al mismo tiempo que fuera sacerdote, como leemos en la carta a los hebreos, "santo, sin tacha ni mancha, apartado de los pecadores, ensalzado sobre el cielo" (Heb 7,26).

¿Quién podría ser? Ya en el Antiguo Testamento, cuando el profeta Jeremías es perseguido por sus enemigos, se comparaba con un "cordero, al que se lleva al matadero" (Jer.11,19). El profeta Isaías habla más patéticamente de un ser perseguido, despreciado que "como cordero fue llevado al matadero, como oveja muda ante el esquilador, no abría la boca" (Is 53,7). Este texto, que subraya la humildad y la resignación del siervo, anunciaba de la mejor manera el destino de Cristo, como lo explica Felipe al eunuco de la reina de Etiopía en los Hechos de los Apóstoles (Hch 8,31.35). Al mismo texto de Isaías se refieren los evangelistas cuando, en el relato de la pasión, recalcan que Cristo "se callaba" delante del Sanedrín (Mt 26,63).

Sin duda, Juan el evangelista coloca en la boca del Bautista toda esta doctrina y tradición y le hace expresarse de esta manera: "Ahí está el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Jn 1,29). Mas sabemos ya que este cordero inmolado por la salvación del mundo sería exaltado y adorado para siempre. Así nos lo demuestra el libro del Apocalipsis, "digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, el saber, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza" (Ap 5,12). Ahora, el Cordero triunfante se convertirá en pastor para conducir a los fieles hacia fuentes de agua viva (Ap 7,17). Como lección práctica para nuestra vida podemos aprender que se logra más con la humildad, con la sencillez que con el poder y la arrogancia. Si aplicamos esta doctrina a nuestra vida diaria nos quedaremos sorprendidos de los buenos resultados que produce. Amemos a todos con abnegación y cambiaremos el mundo.

## Tercer Domingo de Epifanía

Amós 3,1-8; Salmo 139,1-17; 1 Corintios 1,10-17; Mateo 4,12-23

En los evangelios de los últimos domingos hemos estado oyendo la voz del Bautista. Con voz de trueno y vida austera anunciaba la venida de uno más grande que él. Esa persona ha llegado, es el Mesías, que empieza actuar. Con su llegada brilló la luz a quienes se encontraban en la oscuridad de esta tierra. Y ¿cuál va a ser el mensaje de su predicación? Jesús comenzó a predicar diciendo: "Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos" (Mt 4,17). Para recibir el mensaje divino es necesario ante todo una conversión interior. Sin ella nos encontramos en el reino de las tinieblas, seguimos actuando a nuestro propio antojo y según nuestras inclinaciones más naturales.

¡Cambiad vuestra manera de actuar, cambiad vuestras vidas y viviréis, porque sin daros cuenta se irá estableciendo el reinado de Dios!

Dios podría establecer en la tierra un reinado celestial. Podría hacerlo si quisiera. Tiene el poder, pero, desea la colaboración humana. Quiere que nosotros mismos seamos los colaboradores de nuestro propio destino. Por eso, empieza Jesús el programa apostólico reclutando discípulos: "Venid y seguidme, y os haré pescadores de hombres" (Mt 4,19).

A continuación Mateo describe rápidamente las actividades de Jesús: recorría toda Galilea, enseñaba en las sinagogas y proclamaba la buena noticia del reino y curaba entre el pueblo toda clase de enfermedades y dolencias.

La buena noticia que había llegado a todos por igual, les abría el camino de la conversión a Dios y de la salvación.

Hoy, después de dos mil años de predicación y de reflexión bíblica, podemos preguntarnos, ¿cómo se ha realizado el programa de Jesús?. Al parecer, la predicación de Jesús no caía sobre seres angélicos o perfectos, sino sobre seres humanos, débiles y ciegos a las realidades divinas.

Desde los primeros titubeos evangélicos, vemos ya a las primeras comunidades cristianas divididas. A Pablo, el gran apóstol de las gentes, todo eso le partía el corazón. Así clama los de Corinto: "os ruego que estéis de acuerdo y que no haya disensiones entre vosotros" (1 Cor 1,10). El mensaje esencial de Pablo es que el Mesías prometido a los judíos, viene para todos los seres humanos. Es absurdo hacer de él bandera de un bando frente a otro, creando así divisiones en Corinto. El Mesías ni está dividido ni es monopolio de un grupo. Al parecer, se habían formado en Corinto varios partidos: el de Pablo, fundador de la comunidad; el de Pedro, cabeza por un tiempo de la comunidad de Jerusalén; el de Apolo, judío helenista de Alejandría, muy versado en la Escritura y relacionado con el movimiento del Bautista (Hch 18,25); y el del Mesías, legítimo en sí, pero deformado por actitudes polémicas e intransigentes.

Estas disensiones iniciales no hicieron más que sentar el precedente de lo que estaba por venir. En los dos mil años de cristianismo hemos visto de todo: bueno y malo. Con frecuencia nos gusta recalcar las tintas sobre todo lo malo que ha sucedido, cuando en realidad el bien supera con creces a todos los errores cometidos. Los desatinos cometidos, como abusos del poder por parte de la jerarquía, las cruzadas, las inquisiciones, los castigos excesivos, todo tiene una raíz común: el no haber aceptado la conversión interior que nos pide Cristo en su mensaje. Más aún no se ha aceptado el ejemplo de su vida. No se ha aceptado el gran sacrificio que realizó en la cruz por nosotros. Pablo nos preguntaría, ¿quién ha muerto en la cruz por vosotros?

Hoy día el cristianismo sigue dividido y la causa de tal división es la misma. Preferimos seguir a un teólogo, a un obispo, a un papa, a un líder, que nos cautivan con su predicación o enseñanza, pero no aceptamos el sacrificio abnegado de entregar nuestra vida al servicio del evangelio. Muchos hemos conocido a una viejita de rostro arrugado, pequeña y encogida, que se llamaba la Madre Teresa. Esa mujer, con el ejemplo de su vida cautivó el amor y admiración de todo el mundo. Podríamos decir que todos a una, creyentes y no creyentes, coincidimos en reconocer en ella a una santa. Y ¿por qué hemos de estar todos de acuerdo en un caso como éste? Sencillamente, porque la Madre Teresa aceptó la cruz de Cristo. Esa cruz la condujo a la luz que todo lo ilumina. Hagamos nosotros lo mismo.

## Cuarto Domingo de Epifanía

Miqueas 6,1-8; Salmo 37,1-6; 1Corintios 1, (18-25)26-31; Mateo 5,1-12

Las lecturas de hoy hablan del infinito amor que Dios siente por su pueblo. El profeta Miqueas presenta al Señor cuestionándose, de una manera triste y dolorosa, por la razón del rechazo y abandono de su pueblo. "Respóndeme, pueblo mío, ¿qué te he hecho o en qué te he molestado?" Después de haber ayudado tanto a su pueblo ¿se mantendrá Dios fiel a la alianza con Israel? El pueblo de Israel, debido a sus constantes quejas, es responsable del pleito iniciado por el Señor. Dios invita a toda la creación para que sea testigo del juicio.

En respuesta a las acusaciones de las gentes, Dios les recuerda las ocasiones en que les liberó de la esclavitud y de la destrucción. Dios reta a su pueblo a acordarse de esos eventos. El primero es el éxodo de Egipto; el segundo hace referencia a los sucesos ocurridos en la toma de posesión de la tierra prometida.

Aparentemente el recuerdo de esos acontecimientos le permite a Israel volver a sus sentidos y decide cambiar su comportamiento ante Dios. Una vez más, es Dios quien toma la iniciativa y envía a su profeta para que empiece el proceso de reconciliación. El pueblo, por su parte, también envía a su representante. Este ofrece sacrificios de expiación que rápidamente escalan a lo irracional. Dios rechaza los sacrificios porque no son sinceros, e invita al pueblo a obrar el bien, a practicar la justicia y a caminar humildemente con Dios.

Tanto Mateo como Pablo nos exhortan a poner nuestra confianza en Dios y no en la falsa sabiduría del mundo. Lo que nosotros consideramos sabio, noble, efectivo e importante quizás no cuente para nada; y lo que sí cuenta es algo que está completamente fuera de nuestro control. Lo que verdaderamente cuenta es nuestra fe en Jesucristo que murió para que nosotros tengamos vida y la tengamos en abundancia.

Las bendiciones y la buena fortuna pertenecen a las gentes más extrañas: a los humildes, los pobres de espíritu y a los que buscan la justicia y la paz.

En la Carta a los de Corinto, Pablo comienza rechazando la sabiduría del mundo que ha rehusado "conocer" a Dios. Conocer a Dios en este contexto significa entender y seguir a Dios con todo el corazón y hacerlo completamente parte de nuestra persona y de nuestra vida. La sabiduría del mundo que Pablo rechaza no es la tradición de los judíos, sino la sabiduría de los filósofos griegos y de los gnósticos cuyas ideas estaban afectando la fe de los creyentes en la comunidad de los corintios.

La sabiduría de los de Corinto rechaza a Dios y a Jesucristo porque no puede entender la cruz. El mundo en el que vivimos hoy también rechaza y se niega a conocer a Dios, no tanto por no entender el misterio de la cruz, sino porque es un mundo en el que tenemos una falsa sensación de seguridad y autosuficiencia.

Sin embargo, Jesucristo nos recuerda en el sermón de la montaña, que el reino de los Cielos no pertenece a los orgullosos, autosuficientes, ni a quienes creen saberlo todo sino a los humildes, ignorantes, en una palabra, a quienes se han vuelto como niños. "De modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor", dice Pablo.

Los pobres, los que lloran, los humildes de corazón, los pacientes, los hambrientos y sedientos de justicia y paz, los compasivos, y los que son perseguidos, despreciados y humillados, son los que quiere Dios en su reino.

Dios quiere que todos y cada uno de nosotros formemos parte de su Iglesia y de su Pueblo. Sigue llamando a hombres y mujeres de todas las edades, razas y condiciones sociales a formar parte de su reino. Lo que tenemos que hacer es decidrnos a conocerle y a seguirle. Escuchemos otra vez las palabras que Dios nos dirige a través del profeta Miqueas: "Ya se te ha dicho, hombre, lo que es bueno y lo que el Señor te exige: tan sólo que practiques la justicia, que seas amigo de la bondad, y te portes humildemente con tu Dios" (Miq 6,8).

## Quinto Domingo de Epifanía

Habacuc 3,1-6, 17-19; Salmo 27,1-7; 1Corintios 2,1-11; Mateo 5,13-20

El evangelio presenta a Jesucristo después de haber pronunciado el sermón de la montaña. San Mateo resume las actividades de Jesús durante su primer viaje a Galilea como maestro, predicador y curador de enfermos (Mt 4,23). En el pasaje que acabamos de escuchar Jesús indica a las muchedumbres cómo seguirlo. Cada discípulo es como el grano de sal que da sabor a las comidas, que permite conservar por más tiempo los alimentos y que sirve como catalizador para avivar el fuego en el horno. Pero ser sal de la tierra no es una tarea fácil. La sal se puede desvirtuar. Se necesita estar lleno del Espíritu de Dios que es quien da sabor a nuestras vidas, que nos conserva para la vida eterna y que enciende en cada uno de nosotros el fuego infinito del amor de Dios.

En el versículo catorce Jesús habla de una nueva responsabilidad, la de ser luz para el mundo. "Vosotros sois la luz del mundo". Como la sal, la luz también tiene poderes especiales. Por experiencia propia sabemos que un pequeño rayo de luz destruye la oscuridad. Los discípulos tenemos la misión de vencer las tinieblas que hay en nuestros corazones y en las vidas de muchos de nuestros hermanos y hermanas. Es interesante observar cómo nuestro Señor llama a quienes le siguen "lamparas del mundo", especialmente si tenemos presente que nosotros no brillamos por nosotros mismos. Jesucristo nos eleva al nivel de su ministerio y nos hace partícipes de su luz. En el evangelio de san Juan nos enseña que él es la luz del mundo. "Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida" (Jn 8,12).

Jesucristo es la luz del mundo, y hace partícipes de esa luz a los que se entregan a él. Los seguidores de Cristo, a su vez, se convierten en luz del mundo. Esa es la tarea que nos da a todos los bautizados: "Hagan, pues, que brille su luz ante los hombres; que vean estas buenas obras, y por ello, den gloria al Padre que está en los cielos" (Mt 5,16).

La Iglesia, el Pueblo de Dios, es decir, nosotros, somos sal y luz. Los judíos no se fijaban tanto en que la sal da sabor, sino en que conservaba los alimentos. Nosotros al ser sal, debemos conservar con vitalidad a toda la familia de la Iglesia. En el Antiguo Testamento la sal compartida en un banquete sellaba un contrato o una alianza. Así vemos cómo en el libro de los Números Dios sella una alianza con los sacerdotes, diciendo: "Es una alianza perpetua, sellada con sal delante del Señor, para ti y tus descendientes" (Nm 18,19).

Así pues, los discípulos de Jesús, son la sal de la tierra porque pueden lograr que el mundo entre en alianza con Dios. Su tarea es mantener en el mundo unas inquietudes elevadas. Inquietudes por una justicia verdadera y, con ello, impedir que las sociedades humanas se estanquen en la mediocridad. El mundo por si mismo no sabe para qué lo llama Dios.

Discípulo cristiano es aquél que conoce a Jesús crucificado y resucitado. Teniendo presentes ambos misterios. Una vez será necesario recalcar uno, otras otro. Cuando Pablo se presenta a los orgullosos de Corinto lo hace con palabras sencillas y sin elocuencia. Les da a conocer el proyecto misterioso de Dios y para llevarlo a feliz término decide no conocer más que a Jesús, y a éste crucificado.

El Mesías crucificado de quien habla san Pablo es la sal de la tierra y la luz del mundo. Permitamos que él nos convierta en la sal de su amor que da sabor y conserva al mundo en santidad. Permitamos que él sea la luz de la vida que nos separa de las tinieblas del pecado.

## Sexto Domingo de Epifanía

Eclesiástico 15,11-20; Salmo 119, 1-16; 1 Corintios 3,1-9; Mateo 5,21-24,27-30,33-37

"Si alguien me pudiera probar que la verdad no está en Cristo, todavía escogería a Cristo". Esta frase chocante del famoso escrito ruso Dostoiesky, nos invita a reflexionar.

En primer lugar, nos parece absurdo que la verdad no coincida con Cristo. Jesús nos mostró una vida tan extraordinaria, nos enseñó una doctrina tan sublime que siempre hemos de concluir que Jesús es la Verdad. Cualquier otra afirmación, cualquier otra verdad, que no se ajustara al modelo de Jesús se quedaría corta.

Al leer los evangelios, a veces, tropezamos con afirmaciones que nos cuesta creer que salieran de los labios de Jesús. Esto no debe extrañarnos, ya que los evangelios fueron escritos por discípulos de Jesús. Con frecuencia no recuerdan la palabra exacta, la frase correcta que pronunció Jesús y ellos mismos confeccionan una frase que hacen que Jesús pronuncie. Otras veces hacen lo mismo transmitiéndonos sus propios sentimientos como si fueran los de Jesús, por ejemplo, el enfado e incluso odio contra los judíos por no haber aceptado a Jesús, como el mesías anunciado por los profetas. En todos estos casos, sabemos que no fue Jesús, sino los discípulos quienes se expresaban de esa manera. Sin embargo, si en algo están todos los evangelistas de acuerdo es en la enseñanza de Jesús. Nos dicen que "el sábado entraba en la sinagoga a enseñar" (Mc 1,21), y que "recorría las aldeas del contorno enseñando" (Mc 6,6), y que también "enseñaba en el templo.." (Mc 12,35 y Jn 7,14). Y que todo el pueblo admiraba su enseñanza" (Mc 11,18).

Además, enseñaba una "doctrina nueva, con autoridad" (Mc 1,22 y 1,27). Es decir, no repetía lo ya sabido, sino que se convertía a sí mismo en fuente de doctrina nueva y original. Por eso, todos se admiraban y se llenaban de asombro (Mc 1,22 y 1,27).

En el evangelio de hoy tenemos tres ejemplos de lo novedoso de la doctrina de Jesús. No sólo condena el asesinato, sino el enojo y el insulto. No sólo condena el adulterio sino el deseo desordenado. No sólo condena el juramento, la maldición, sino todo lenguaje que tenga sonido de hipocresía. Esa manera de hablar de Jesús, nos infunde miedo por el castigo añadido. Efectivamente, al oír hablar del "fuego del infierno", nos vienen a la mente las imágenes dantescas que desde niños nos han inculcado. Sin embargo, Jesús no se refiere a ese infierno, que no existe, sino a una situación que los judíos conocían muy bien. La palabra original hebrea que Jesús usó era Gehinnon y hacía referencia al desolador Valle de Hinnom, al sur de Jerusalén, donde la basura ardía sin cesar y donde en el pasado se habían ofrecido sacrificios humanos a dioses canaanitas.

Así pues, Jesús lo que trataba de enseñar era lo siguiente, terminen con toda violencia y vivan siempre en armonía. Superen todo placer desordenado porque es pasajero y acarrea dolor. En su hablar sean sencillos y no se engañen. En una palabra, sean inocentes y sencillos como los niños. Hay que admitir que, a muchos, esta doctrina les parecía difícil de cumplir, por ello, algunos dejaron de seguirlo. Sin embargo, sabemos que Dios no pide cosas imposibles. Todo lo que nos pide lo podemos cumplir si nos esforzamos. Así lo da a entender el libro del Eclesiástico escrito hace más de dos mil años. Afirma que "al principio Dios creó al ser humano, y lo dejó a su propio albedrío. Si quiere, guardará los mandamientos, y permanecerá fiel a su voluntad" (Eclo 5,14-15).

La sabiduría divina es infinita. ¿Cómo podría imponer al ser humano mandatos que no pudiera cumplir? Si así fuera, toda la responsabilidad caería sobre el mismo Dios. Todo lo que Dios nos pide lo podemos cumplir. No será fácil. Costará cierto esfuerzo y trabajo. Mas sabemos que todo lo costoso tiene mucho más valor. La vida nos resulta más difícil cuando nos dejamos dominar de la pereza.

Acudimos al sacramento de la Eucaristía todos los domingos para alimentarnos de la gracia divina. Acudamos para recobrar fuerzas y poder cumplir aquello que nos resulta arduo y difícil. Podemos estar seguros que Dios ayuda siempre al que lo invoca de todo corazón y no lo dejará abandonado.

## Séptimo Domingo de Epifanía

Levítico 19,1-2,9-18; Salmo 71; 1 Corintios 3,10-11,16-23; Mateo 5,38-48

Moisés recibió este mensaje de lo alto: "Habla a la asamblea de los hijos de Israel y diles: 'Seréis santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo'".

Este mensaje quedará grabado en la mente de todo israelita. En la historia del pueblo judío se dio siempre una tensión entre el cumplimiento y el incumplimiento de ese mensaje. Cuando la conducta del pueblo se alejaba de tan sublime mandato parece que las desgracias les sucedieran una tras otra. Cuando se esforzaban por ser perfectos mejoraba la situación.

Un mandado tan sublime da la sensación de que estuviera anticipando la vida divina aquí en la tierra. Creemos que si hay cielo, allá todos seremos santos, perfectos, y no se darán ninguna de las deficiencias e imperfecciones que experimentamos en esta vida. Así pues, cuando se nos insta a vivir una vida santa aquí en la tierra es como si se nos dijera: "si son perfectos pueden vivir una vida divina, y celestial, ya aquí en la tierra".

En este pasaje del Levítico nos llaman la atención algunos detalles de gran sensibilidad. Así, se le ordena al que tiene tierras y campos que no recoja todo el fruto y deje algo para el necesitado. Que deje grano, que deje uvas, que deje frutos, que deje vegetales, que deje hortalizas, para que el pobre, la viuda, y el extranjero, cuando pasen por tus tierras puedan recoger algo y alimentarse. Si esos detalles se convierten en costumbre, el que recoge del fruto abandonado, no está robando, sino que está siendo alimentado por la generosidad del donante.

También se ordena al que tiene industrias y trabajadores que les pague cuanto antes, para no saque provecho del dinero que ya pertenece al obrero. ¡Cuántos negociantes no debieran cumplir hoy día con este mandato! Conocemos negociantes que retienen el dinero del pobre durante días sacando de él máximo provecho. En realidad están robando a sus empleados.

Jesús eleva esta doctrina del Levítico a grados sublimes. Por instinto natural todo ser humano tiende a defenderse ante el agresor. Lo normal sería resistir al agresor sin inferirle ningún daño. Mas Jesús nos insta a algo más, a no ofrecer resistencia alguna, a mantenernos en una actitud pasiva. Es verdad que en ciertos casos, el agresor se verá confundido y avergonzado y cambiará de conducta ante una persona que no se defiende. En otros casos, como el de Jesús mismo, gente impía y ciega terminará con el inocente e indefenso. Pero en definitiva, la doctrina extremada de Jesús es que los violentos pueden destruir el cuerpo pero no el alma.

El último y definitivo objetivo de Jesús es que los seres humanos optáramos por vivir en la tierra como se vivirá en el cielo. En la otra vida no se dará ninguna de esas inclinaciones desviadas que aquí experimentamos. En la otra vida seremos perfectos como Dios lo es y obraremos siempre el bien, como lo hace el Señor. Y el Señor del cielo y de la tierra, hace que el sol alumbre sobre buenos y malos, y manda lluvia sobre justos e injustos. De la misma manera debemos comportarnos nosotros.

La doctrina del evangelio suena muy estridente a los oídos humanos, porque en esta vida siempre encontramos razonamientos apropiados a nuestros deseos terrenos. Y nos rodeamos de filósofos, de científicos, de sabios, que han sido aclamados por el género humano. En esta situación san Pablo nos sale al encuentro y nos amonesta: "La sabiduría de este mundo es locura a los ojos de Dios" (1 Cor 3,19) y según el salmista: "El Señor conoce cuán vanos son los pensamientos de los sabios" (1 Cor 3,20). Así lo podemos constatar todos, cuando nos dejamos llevar de consejos mundanos. Puede que tengan validez para una temporada pero no la tendrán para la eternidad.

En definitiva, nos es más aconsejable que sigamos siempre la enseñanza de Jesús, pues como dijo san Pedro, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna (Jn 6,70).

## Octavo Domingo de Epifanía

Isaías 49,8-18; Salmo 62; 1 Corintios 4,1-5(6-7)8-13; Mateo 6,24-34

El profeta Isaías siempre nos sorprende con su bello estilo literario y con una doctrina sublime. Hoy nos transmite el mensaje del Señor de esta manera: "¿Es que puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no me olvidaré" (Is 49,14-15).

Ante ese interrogante divino, uno no puede menos de asentir, "no, una madre no puede olvidarse de su hijo". Pero el Señor quiere ir más allá para asegurarnos de su continua protección y nos asegura: "pero, en caso de que una madre se olvidara, yo, tu Dios, nunca me olvidaré de ti". Con esta afirmación ya nuestro ánimo puede descansar y reposar sobre verdes prados al lado de manantiales de agua fresca.

Aquellas personas que tienen una fe profunda así lo han entendido y vivido. Han puesto toda su confianza en Dios y viven tranquilas, nada temen. Saben que Dios es para ellas, "roca y salvación, fortaleza y refugio" (Sal 62,7-8).

Pero, la mayoría de los seres humanos, que tenemos que bregar en el mundo, con frecuencia nos olvidamos de tan bello mensaje. Nos olvidamos de que Dios está siempre a nuestro lado para protegernos y nos entregamos a otro señor. Nos hacemos esclavos de una sabiduría mundana. Esa sabiduría nos empuja a trabajar como locos para triunfar. Nos empuja a subir la escalera de la fama y del poder, y si no lo hacemos "no somos nadie".

¡Cuán diferentemente pensábamos cuando vivíamos tranquilos en nuestros pueblos de origen, o de niños, en nuestros barrios, jugando sin pensar en el mañana o en la fama! Entonces éramos felices, aunque no tuviéramos nada.

Ahora, muchos, sin ser ricos, hemos superado la pobreza; ahora, casi tenemos de todo; comparados con gentes del tercer mundo, somos ricos. Y sin embargo no somos felices. Y no lo somos porque hemos caído en la esclavitud de servir al dinero. Y servimos al dinero por dos razones, primero porque queremos estar seguros de no volver a caer en la pobreza, y segundo, porque nos gustaría poseer tanto como el más rico.

A esas dos razones nos sale Jesús al encuentro y nos dice que confiemos en Dios. Nos dice: "No estéis agobiados por la vida, pensando qué vais a comer o beber, ni por el cuerpo, pensando con qué os vais a vestir. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido?" (Mt 6,25). Podríamos responder a Jesús, "ya, pero si no comemos no vamos a tener vida, vamos a morir". Y Jesús nos puede preguntar: "¿cuándo te faltó el alimento, no estás vivo?" Por otra parte, aunque muriéramos, Jesús nos asegura que siempre tendremos vida en él. Una vida mucho más valedera y profunda que la de aquí abajo.

Dios nos ofrece seguridad y también más felicidad poseyendo menos. Jesús así lo practicó durante su vida. Sus discípulos siguieron el ejemplo. San Pablo cuenta cómo por causa de Jesús fue tenido por tonto y débil, fue despreciado, pasó hambre, sed y careció de ropa; sufrió persecución y maltrato, fue tratado como basura del mundo y desprecio de la humanidad. Y todo eso ¿por qué? Porque comprendió muy bien que hay bienes superiores. Los bienes con que seremos recompensados en la otra vida.

Los santos que practicaron esa doctrina de desprendimiento también hablaron del desprecio de las cosas materiales y de todos los honores de este mundo. Y no es que entendieran que las cosas creadas por Dios son malas. No, lo que entendían es que comparadas con Dios, no son nada, son como polvo que se lo lleva el viento. Un día son y otro no. Mas Dios vivirá siempre y nos colmará de felicidad.

De ahí que el salmista nos invite a descansar sólo en Dios, porque "en Dios está nuestra salvación y nuestra gloria.." "Confíen siempre en él, oh pueblos; desahoguen delante de él su corazón, porque Dios es nuestro refugio" (Sal 62,8-9). No nos olvidemos: Dios es nuestra madre y nunca se olvidará de nosotros.

## Último Domingo de Epifanía

Exodo 24,12, 15-18; Salmo 99; Filipenses 3,7-14; Mateo 17, 1-9

Todos los años, en este tiempo, el Leccionario nos presenta la transfiguración del Señor como la culminación del tiempo de la Epifanía y como anticipación del tiempo de la Cuaresma, para que tengamos presente que Jesús, desde el primer momento, tuvo el poder de trascender todo dolor y todo sufrimiento.

Las lecturas de este domingo están estrechamente conectadas. Mateo presenta a Jesús en circunstancias semejantes por las que pasó Moisés (Ex 34,54). La gloria del Señor se manifiesta a los israelitas como fuego temible, a Moisés como nube misteriosa y accesible. En el evangelio Moisés es nombrado antes que Elías. Tanto Moisés como Elías son personajes muy importantes no sólo para la tradición judía, sino también para, entender mejor y corroborar afirmativamente el ministerio de nuestro señor Jesucristo, en quien se da la culminación de toda la historia pasada.

Las controversias y hostilidades que generaba la predicación de la buena nueva de Jesús necesitaban ser contrarrestadas con fenómenos semejantes a los ya aceptados por las autoridades judías, y aún superarlos. La transfiguración que experimentó Jesús en el monte alto convalida su ministerio. Moisés representa lo más importante a los ojos de los judíos: la Ley. Elías, por su parte, representa a los profetas que son los portadores y heraldos de la ley.

La mayoría de los teólogos están de acuerdo en que es imposible decir qué pasó exactamente en este acontecimiento del ministerio del Señor. La cultura del mediterráneo de aquél entonces ofrece algunas notas que nos pueden ayudar a entender. El honor era el valor más importante en la cultura del mediterráneo en la que Jesús desarrolló su ministerio. El poder que Jesús demostró sobre los demonios, le dio la capacidad sólida de reclamar una posición de honor en ese ambiente. Esta posición de honor contrasta con su origen humilde del que se valieron muchos para humillarle.

Nadie se atrevió a negar la autoridad de Jesús (Mt 13, 54), pero muchos líderes cuestionaban el origen de su autoridad (Mt 21,23). Algunos llegaron a la conclusión de que el príncipe de los demonios le ayudaba (Mt 9,34). Para complicar más las cosas, el poder pertenece al reino de la política. En los evangelios, los milagros de curación y los exorcismos que Jesús realiza, son vistos por la mayoría de sus amigos, seguidores y enemigos como actividades políticas. Esa es la preocupación que intriga a los fariseos en el capítulo veintiuno de san Mateo. ¿Con qué autoridad haces todas estas cosas? ¿Quién te ha dado tal autoridad? (Mt 21,23). No podemos olvidar el hecho de que las actividades políticas no autorizadas podían conducir a la muerte. Jesús se expone a ese peligro a lo largo de todo su ministerio.

Jesús conocía estas posibles consecuencias. Después de la confesión de Pedro reconociendo a Jesús como el Mesías, el Hijo del Dios vivo (Mt 16,16), "Jesús, a partir de entonces, comenzó a explicar a los discípulos que habría de ir a Jerusalén, padecer mucho por parte de los senadores, sumos sacerdotes y letrados, sufrir la muerte y al tercer día resucitar" (Mt 16, 21). Completamente convencido de su ministerio, Jesús también lo estaba de que Dios le daría al final una vindicación honorable. Jesús es resucitado y exaltado por el Padre. Este es el máximo honor.

Pedro, Santiago y Juan son los privilegiados al tener parte en la transfiguración del Señor. Comprenden que Jesús ha arriesgado demasiado en su apostolado, como quien vive al borde del peligro en todo momento, pero que al mismo tiempo mantiene una posición favorable ante el Padre. También aprenden que Jesús es una persona honorable cuyas actividades son agradables a Dios.

La transformación física de Jesús nos recuerda la que experimentó Moisés al volver del monte Sinaí con las tablas de la Ley (Ex 34,29). Tanto los judíos en el éxodo, como los discípulos en la teofanía de la transfiguración del Señor, quedan transformados ante la presencia de Dios.

Nosotros también podemos ser transformados por la presencia divina mientras celebramos la santa Eucaristía. Esta transformación tiene que ser auténtica y radical. No se trata de una simple transformación física. Se necesita una conversión de corazón. Eso es lo que espera el Señor de cada uno de nosotros.

## Miércoles de Ceniza

Joel 2, 1-2,12-17; Salmo 103,8-14; 2 Cor 5,20b-6,10; Mateo 6,1-6,16-21

Hoy empieza la Cuaresma. Las lecturas de este Miércoles de Ceniza nos invitan a vivir un tiempo de recogimiento y de reflexión antes de emprender juntos el largo ascenso hacia la Pascua del Señor. Dios, por voz del profeta Joel, de san Pablo y del mismo Jesús, nos recuerda la meta que hemos de alcanzar, los medios que debemos utilizar y el espíritu con que debemos caminar.

Joel, con voz que resuena a través de los siglos, nos grita: "Convertíos de todo corazón, con ayuno, con llanto, con luto. Rasgad los corazones y no las vestiduras". ¡Convertíos al Señor! Un grito que se oye en las páginas de la Biblia. San Pablo con otras palabras nos ruega lo mismo: "En nombre de Cristo os pido que os reconciliéis con Dios" (2 Cor 5,20).

Para lograr esa meta la Iglesia ha propuesto las "prácticas" tradicionales del ayuno, la oración y la limosna. Estos ejercicios ascéticos los debemos practicar sin caer en la ostentación de que nos habla Mateo: "Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos...tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará" (Mt 6,1-6.16-18). El Libro de Oración Común nos añade la lectura y meditación de la palabra de Dios. Leyendo y meditando sobre el mensaje divino es como nos acercamos al corazón de Dios.

Mas hoy tenemos un rito muy especial y significativo. La imposición de la ceniza. La ceniza evoca en la Biblia todo lo caduco, lo que no tiene valor. Echarse ceniza en la cabeza era signo de duelo y arrepentimiento. Los cristianos adoptaron con toda naturalidad esta costumbre antigua, en particular cuando eran admitidos en el grupo de los penitentes (siglos III-V). La imposición de la ceniza no se convirtió en un rito litúrgico de comienzo de la Cuaresma hasta el siglo X en Alemania, y luego pasó a Italia en los siglos XII-XIII. Creemos que este rito, esta ceremonia, tiene un significado muy profundo. Reconocemos que somos polvo, que somos pasajeros, que se los lleva el tiempo como el polvo hace con el viento. De nuestro cuerpo, de nuestro polvo sólo el espíritu o alma permanecerá, ese espíritu nuestro irá a Dios. Para ese encuentro con la divinidad nos estamos preparando durante toda la vida.

Al recibir la ceniza confesamos que pertenecemos a un pueblo de pecadores que se vuelve hacia Dios con la confianza de resucitar con el Cristo de la Pascua, vencedor del pecado y de la muerte.

Ahora bien, como decíamos anteriormente, este tiempo de Cuaresma es un tiempo de penitencia y reflexión. Una meditación atenta sobre el mensaje bíblico nos llevará a cambiar de vida, de costumbres malas a buenas, de vida de vicio a vida virtuosa. Al practicar los actos de sacrificio y de penitencia hemos de tener muy presente la pureza de espíritu que Jesús espera de nosotros. No andemos con caras tristes y enfermizas, ni publiquemos en el periódico o anunciemos en la radio o en la televisión qué clase de sacrificios estamos realizando. Todo esto nos conduciría a buscar el aplauso de la gente, o el que nos den una plaquita, o un certificado, o un trofeo de reconocimiento, con esta inscripción: "En honor a lo triste y cabizbajo y demacrado que ha andado durante estos cuarenta días se le concede este reconocimiento".

Así se conduce, a veces, la sociedad superficial. Los caminos de Dios son diferentes. Son caminos escondidos, misteriosos, y sólo en lo escondido se puede encontrar uno con Dios. Jesús dice: "Cuando vayas a rezar, entra en tu aposento, cierra la puerta y reza a tu Padre, que está en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará" (Mt 6,5).

Sería bueno que al examinar nuestras vidas cambiáramos radicalmente en aquello que más débiles andamos. En actitudes dentro de la familia, de estar siempre peleando o riñendo a buscar la reconciliación y la comprensión; de ser envidiosos y resentidos, a ser generosos y compasivos. En una palabra, que nuestra vida realmente refleje el espíritu amoroso, compasivo, flexible y abierto que nos demostró Jesús.

Acerquémonos a recibir las cenizas con humildad, reconociendo que somos pecadores, pero también que la misericordia de Dios no tiene límites.

## Primer Domingo de Cuaresma

Génesis 2,4b-9; 15-17; 25-3,7; Salmo 51; Romanos 5,12-19(20-21); Mateo 4,1-11

Este domingo entramos de lleno en la Cuaresma que comenzamos el Miércoles de Ceniza. La Cuaresma es un tiempo de preparación y penitencia. El Libro de Oración Común en la liturgia para el Miércoles de Ceniza describe el espíritu de esta estación: "Los primeros cristianos observaron con gran devoción los días de la pasión y resurrección de nuestro Señor Jesucristo, y se hizo costumbre en la Iglesia prepararse para esos días, por medio de una estación de penitencia y ayuno" (LOC, 182).

Veinte siglos más tarde, la Iglesia sigue observando esta estación del Año Litúrgico para que los fieles se preparen a la celebración del misterio pascual de nuestro Señor Jesucristo. Como la Iglesia primitiva, también nosotros empezamos este camino de preparación haciendo ayuno y penitencia.

El evangelio de hoy nos recuerda lo que el mismo Jesús realizó antes de comenzar su ministerio. "El Espíritu condujo a Jesús al desierto para que fuera tentado por el diablo, y después de estar sin comer cuarenta días y cuarenta noches, al final sintió hambre" (Mt 4,1-2).

Cuaresma, viene de la palabra cuarenta. Esta estación tiene cuarenta días desde el Miércoles de Ceniza hasta el Domingo de Ramos, día en el que comenzamos el recuerdo de la pasión, muerte y resurrección de nuestro señor Jesucristo. Como Jesús lo hizo, también nosotros debemos prepararnos conscientemente para las fiestas pascuales.

Este es un tiempo en el que el espíritu de Dios nos ayuda a crecer y a madurar espiritualmente. La Iglesia nos invita y ordena también a la observancia de la Cuaresma, mediante el examen de conciencia y el arrepentimiento; mediante la oración, el ayuno, la abnegación y la lectura y meditación de la palabra de Dios (LOC, 183).

Esta preparación debe ser algo realmente serio. El diablo va a tener envidia y enojo de nuestra resolución de volvernos a Dios. Como tentó a Jesús por celos, así saldrá a nuestro encuentro para tentarnos también y ofrecernos las vanidades del mundo. La única manera de resistirle es armándonos del espíritu divino y de la espada de las santas Escrituras. Cada vez que el diablo tienta a Jesús, le responde con un pasaje de la Sagrada Escritura.

En la primera ocasión el tentador le propone hacer falso uso de su poder: "Si eres Hijo de Dios, ordena a estas piedras que se conviertan en pan". Jesús le cita el libro del Deuteronomio: "Dice la Escritura: el hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Mt 4, 4). El poder es una de las tentaciones más fuertes en nuestra vida. Desde que el ser humano es apenas un bebé, ya quiere usar su propia voluntad y su propio poder para obtener lo que desea. Jesús nos invita a colocar todas nuestras fuerzas a un lado y dejar que él nos indique el camino a seguir.

En la segunda tentación el diablo invita a Jesús a traicionar la confianza que el Padre le ha dado, citándole un pasaje del salmo 91: "Dios dará ordenes a sus ángeles y te llevarán en sus manos para que tus pies no tropiecen en piedra alguna". Jesucristo le responde con una cita del Deuteronomio. Dice también la Escritura: "No tentarás al Señor tu Dios". ¿Con qué frecuencia también nosotros traicionamos la confianza que Dios nos da? Posiblemente lo hagamos con mucha frecuencia y sin darnos cuenta. Usemos esta Cuaresma para tomar conciencia de nuestras infidelidades con Dios y tomemos la determinación de serle fiel.

En la última de las tentaciones el tentador le ofrece a Jesucristo todas las riquezas del mundo. El precio es muy alto, la completa negación y el rechazo de Dios para seguir las seducciones del maligno. Nuevamente Jesús le responde y derrota con otro texto del Deuteronomio: "Adorarás al señor tu Dios y a él sólo servirás" (Mt 4,10). Las riquezas y vanidades del mundo nos alejan de Dios en nuestra vida diaria. Es muy fácil dejarse llevar por la fama y el dinero y olvidarse de Dios, de quien recibimos todo lo que somos y todo lo que tenemos. Tomemos en serio esta Cuaresma y aprendamos a resistir a las tentaciones siguiendo el ejemplo y enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo.

## Segundo Domingo de Cuaresma

Génesis 12,1-8; Salmo 33,12-22; Romanos 4,1-5(6-12)13-17; Juan 3,1-17

Las lecturas del Miércoles de Ceniza y del primer domingo de Cuaresma nos invitaron a acompañar a Jesús camino hacia la cruz. Este segundo domingo de Cuaresma pone nuestra peregrinación en ese contexto.

La lectura del libro del Génesis menciona el épico viaje de nuestro padre en la fe, Abrahán, quien escuchó la voz de Dios y aceptó formar parte del arriesgado pero fascinante plan de salvación del género humano. Nosotros formamos parte de esa tradición y estamos invitados a continuar ese viaje.

La estación de Cuaresma es tiempo de reflexión y profundización de cómo entendemos nuestro discipulado y compromiso con Jesucristo. En la Iglesia primitiva, los catecúmenos (personas que se preparaban para recibir el sacramento del bautismo) vivían estos cuarenta días como el último periodo de preparación para ser bautizados en el amanecer del domingo de Resurrección.

Muchas iglesias todavía recuerdan esa práctica durante la Cuaresma preguntándose: ¿Qué significa el bautismo-discipulado? Significa que nosotros nacemos dentro de una familia que nos ayuda a encontrar esperanza en la noticia de una vida nueva. Esta vida nueva posiblemente esté llena de dificultades, pero nos ofrece la posibilidad de andar en el camino trazado por Jesucristo.

La primera lectura de hoy le permite a la Iglesia echar un vistazo a la historia del Pueblo de Dios como quien hojea un álbum familiar. Y vemos el retrato de dos de nuestros ancestros, Abrahán y Sara, con quienes tenemos una relación estrecha.

Sus retratos aparecen sólo después de las narraciones del diluvio y la torre de Babel. La segunda de esas narraciones condujo a Dios a dispersar a la humanidad por toda la tierra. Sin embargo, es en ese preciso momento en el que Dios empieza a reunir a las gentes que están dispersas por el mundo entero. Lo hace escogiendo a Abrahán como padre en la fe. De él y de su esposa Sara, Dios formará a su pueblo. Considerando esa historia, en contraste con la visita de Nicodemo a Jesús y la invitación a nacer de nuevo, quizá pudiéramos llamarla la primera versión del misterio del nuevo nacimiento. La historia ofrece la idea de que en esta nueva relación entre Dios y la humanidad habrá muchas sorpresas.

Abrahán, quien parece no tener ningún conocimiento anterior de este Dios de peculiares características, sin pensarlo dos veces, empaca sus tiendas, reúne a toda su familia y se marcha hacia un territorio desconocido.

En la carta a los Romanos, Pablo está ocupado en la explicación del pasaje del Génesis. Explica que Abrahán se convierte en la fuente de bendiciones para todos sus descendientes, porque tuvo fe en Dios. Fue la fe en Dios y no el cumplimiento de la ley, lo que convirtió a Abrahán en padre de "muchas naciones".

El pasaje del Evangelio de Juan es quizá otra página de nuestro álbum familiar: Nicodemo aparece perplejo, ante las palabras de Jesús. Este líder de los judíos se acerca al verdadero líder, Jesús. Mientras Jesús trata de explicar el misterio de ese "nosotros" que parece reunirnos a todos en una relación de amor, Nicodemo simplemente no puede entender la nueva doctrina.

Jesús habla, en primera instancia, de la humanidad a la que ofrece vida nueva. Toda la humanidad puede entrar en el nuevo Reino, puede nacer de nuevo de lo alto, puede oír el viento soplando, y puede alcanzar vida eterna. Luego, Jesús habla de sí mismo, del papel que desempeña en el regalo de la nueva vida. Habla de aquél que bajó del cielo. Después menciona la serpiente que Moisés levantó en el desierto en contraste con su muerte en la que él mismo será levantado en el madero de la cruz. Entonces todo el que crea en él tendrá vida eterna (Jn 3,15).

El centro de esta conversación consiste en que la vida nueva es posible para toda la humanidad porque Jesús tuvo la voluntad de ser elevado en la cruz, y luego ser resucitado y ascender al cielo. Al ser elevado, la humanidad recibe vida nueva.

Ojalá que todos nosotros nos preparemos para esa vida nueva que Dios nos ofrece. No perdamos la fe mientras caminamos por esta vida. Caminemos guiados por el ejemplo que nos dio Jesús.

## Tercer Domingo de Cuaresma

Exodo 17, 1-7; Salmo 95,6-11; Romanos 5,1-11; Juan 4, 5-26 (27-38) 39-42

El evangelio narra el encuentro de Jesús con una mujer de Samaría. Un encuentro entre dos culturas, con tronco común, mas divididas por una historia que las conduce por distintos caminos. Pero lo asombroso de este evangelio es el cúmulo de sorpresas que nos ofrece Jesús con su conducta.

Jesús se detuvo en Sicar donde existía un pozo, "el pozo de Jacob". Llega una mujer de Samaría a recoger agua y el Maestro le pide un poco de agua. La mujer se sorprende. Juan nos aclara: "Los judíos no se tratan con los samaritanos". Por la historia sabemos que no existía relación ni comunión entre ellos. Alguien ha escrito que "los judíos no tenían ninguna clase de compromiso con los samaritanos: no les pedirían nada prestado; no beberían del mismo vaso o sacarían agua del pozo que ellos extrajeran; no se sentarían a comer juntos, ni se alimentarían de la misma vasija; no tendrían conexión religiosa ni tratos comerciales con ellos".

¿Qué razón histórica podemos encontrar que justifique tanto odio entre dos pueblos semitas? Salmanasar, rey de Asiria, invadió la región de Samaría y sometió al rey Oseas. Este prometió obediencia y pagar tributo, mas no cumplió su palabra. En venganza, Salmanasar deportó a la población judía a Asiria, allí la población se mezcló con la cultura existente. Con el tiempo contrajeron matrimonio con los nativos e incluso prevaricaron de la religión olvidándose del Dios de Israel. Se trataba ahora de un pecado de idolatría. Esa fue la causa principal de una ruptura radical entre los dos pueblos hermanos. Judíos y samaritanos quedaron separados definitivamente.

Cristo supera esos esquemas, frutos de incomprensión y de ignorancia religiosa. Entra en una ciudad de Samaría y entabla conversación con una mujer. Este es el primer hecho sorprendente. Un rabino no podía hablar en público con una mujer. Aquí vemos a Jesús quebrantando esa norma y ofreciendo indicios de liberación a la mujer que entonces era considerada como un objeto del hombre.

La mujer samaritana está intrigada por la audacia de este hombre que, siendo judío y maestro de la Ley, le dirige la palabra. ¿Cómo es posible? Luego Jesús continúa el diálogo de una manera muy extraña. Habla de "agua viva", que apaga toda sed. La mujer ya convencida, le pide a Jesús esa agua fantástica, para no tener sed nunca ni tener que venir a sacarla del pozo. A continuación Jesús acaba por confundirla totalmente cuando le descubre los secretos de su vida: "has tenido cinco maridos y el de ahora no es tu marido". Aquí nos sorprende la benevolencia de Jesús. No reprocha a la mujer el hecho de no estar casada. Jesús sabe muy bien, que con reproches no se llega muy lejos. Quiere llegar al fondo del problema, lo demás se resolverá por sí mismo. Se trata de dar culto a Dios en "espíritu y verdad". La mujer empieza a sacar conclusiones. Primero, "veo que eres profeta". Segundo, "puede que seas el Mesías". Pero la samaritana quedó convencida, sobre todo, porque, "me ha dicho todo lo que he hecho". Sabe toda mi vida. No me ha reprochado nada.

La samaritana se fue al pueblo y a voz en grito dijo a todos: He encontrado a alguien que "me ha dicho todo lo que he hecho". ¿Queréis verlo?, les pregunta a sus compatriotas. Estos, después de conversar con Jesús, le convencieron para que se quedara con ellos en el pueblo. Jesús se quedó dos días. Y muchos más creyeron al oírle predicar. Y decían a la mujer: "Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo".

Todos podemos aprender del ejemplo de Jesús. Vemos que no condena a nadie, aunque sepa que están en pecado. Vemos que no rechaza a nadie aunque no sean de su religión y su mismo opinar. Jesús se los gana a todos con la compasión ilimitada que demuestra. Si nosotros imitáramos a Jesús lograríamos más en multitud de circunstancias. ¡Aprendamos de él!

## Cuarto Domingo de Cuaresma

1 Samuel 16,1-13; Salmo 23; Efesios 5, (1-7) 8-14; Juan 9,1-13 (14-27) 28-38

Dios nos desconcierta con sus decisiones. La historia de la Iglesia lo demuestra. Ya durante su ministerio, Jesús, en vez de escoger para su obra a maestros de la ley, a doctores, o incluso a filósofos, opta por unos pescadores, probablemente iletrados.

La lectura del libro de Samuel ilustra el proceder divino. Samuel, por orden divina, se pone en camino hacia Belén donde hay un hombre llamado Jesé que tiene ocho hijos. De entre ellos, Dios va a escoger al próximo rey de Israel. Cuando llegó Samuel vio a uno de los hijos llamado Eliab, elegante y apuesto, y pensó: "Sin duda este será el próximo rey de Israel". Mas el Señor le dijo: "No te fijes en las apariencias ni en su buena estatura". Dios no había escogido a ninguno de los siete hermanos presentes. "¿Se acabaron los muchachos?", pregunta Samuel. "No, queda el más pequeño de todos, y es pastor", le responden. Pues bien, a ese ha escogido Dios. Ese es David.

Este es un ejemplo maravilloso que demuestra cómo los caminos de Dios son muy distintos a los nuestros. Hemos de dejarnos guiar siempre por el faro de su sabiduría.

El evangelio presenta a Jesús como luz del mundo. Es un evangelio cargado de detalles interesantes. Encontramos ironía, sarcasmo, tensión. El relato va presentando en clara progresión, los títulos de Jesús: maestro, enviado de Dios, profeta, mesías, hijo del hombre y, finalmente, Señor, título que le corresponde con toda propiedad, lo mismo que a Dios, su Padre.

Según la creencia antigua, los sufrimientos de este mundo son fruto del pecado. Mas, ¿cómo un ciego de nacimiento pudo pecar antes de nacer? Los discípulos creyeron que los padres habrían pecado. Jesús les saca de las dudas. Ninguno pecó. El ciego con su ceguera va dar ocasión a que se manifieste la gloria de Dios. Jesús obra el milagro. El ciego recobra la vista, y todavía más importante, recobra la fe. "Creo, Señor", dijo el ciego. Ante el portento, algunos de los presentes creyeron, otros decidieron permanecer en la oscuridad.

En la Carta a los Efesios, Pablo recomienda a los recién bautizados a que se mantengan como hijos de la luz. Han de buscar siempre lo que agrada a Dios, como son la bondad, la justicia y la verdad, que son fruto de la luz. Por el contrario, el que se mantiene en las tinieblas toma parte en obras estériles e incluso vergonzosas.

Jesús, palabra de Dios, es la luz venida al mundo. Ante él, los seres humanos se dividen. Unos lo acogen y se hacen hijos de Dios, otros lo rechazan y permanecen en las tinieblas creadas por la sociedad.

Dada la condición humana no se ve cercano el día en que desaparezcan las obras del pecado. Mientras el ser humano camine por este mundo, seguirá cometiendo errores y pecados, y con ello hiriendo a los demás y causando sufrimiento. ¿Cómo podemos aliviar el dolor originado por nuestros errores? ¿Cómo podemos mantenernos derechos por un camino recto? No es fácil, si deseamos lograrlo con nuestro propio esfuerzo.

La ayuda divina se encuentra ahí siempre, a nuestro lado, a nuestra disposición. A veces, sería suficiente con cerrar un poco los ojos para ver una luz resplandeciente en nuestro interior. La luz de Dios que ilumina a quien a él se acerca. Con la luz divina todo se vuelve más fácil, incluso podemos ser felices, como tanta gente, entregada al Señor, lo ha sido. Nos viene a la mente la imagen de aquella pequeña señora, arrugada y encorbada, a quien se llamó la madre Teresa. Hemos de pensar que una luz divina iluminaba su caminar y daba energía a su débil cuerpo. El salmo de hoy lo expresa con estilo poético: "El Señor es mi pastor, nada me falta: en verdes praderas me hace recostar, me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas". "Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan".

## Quinto Domingo de Cuaresma

Ezequiel 37,1-3 (4-10)11-14; Salmo 130; Romanos 6,16-23; Juan 11,(1-17)18-44

Los evangelios relatan algunos casos en los que Jesús resucita a personas que habían muerto. Marcos, Lucas y Mateo cuentan cuando Jesús devuelve la vida a la hija de un tal Jairo, jefe de la sinagoga. San Lucas habla también del hijo de una viuda de Naín, un pueblo de Galilea, que Jesús devuelve a su madre cuando lo llevaban ya a enterrar (Lc 7,11-17). Todos estos relatos son muy breves. Muy distinto es lo que ocurre en la narración de la "resurrección de Lázaro", que se lee hoy, tomada del Evangelio según san Juan, el único que lo recoge.

La descripción es larga y detallada: 45 versículos. Antes de acudir a la tumba, Jesús sabía que su amigo había muerto, y es él quien decide ir a "despertarlo". Marta, la hermana del difunto, no pide nada: simplemente lamenta que Jesús no haya venido anteriormente, para curar a su hermano antes de que la muerte lo arrebatase.

Viene luego el diálogo entre Jesús y María, la manera casi litúrgica como Jesús, después de dar gracias a Dios, elevando los ojos al cielo, llama a Lázaro para que salga de la tumba y pide que le quiten las vendas y que lo "dejen andar". El mismo Jesús dice, finalmente, que esta resurrección es un "signo" para suscitar la fe en él.

Estos detalles confieren a esta gran página del evangelio un marcado sabor a catequesis bautismal, dirigida a los que hoy escuchan su proclamación, y a quien interpela su fe. "Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?" .

San Pablo, explica lo que implica la fe en Jesús, que es la resurrección y la vida. El espíritu de Dios habita en nosotros por eso no estamos ya bajo el poder de la carne. Aunque estemos sujetos a la muerte, Jesús vivificará nuestros cuerpos mortales. Es la fe en la resurrección.

Dicho esto, meditemos un momento sobre el pasaje conmovedor en que Cristo llora. Por un lado, vemos al escritor de este evangelio siempre dispuesto a intercalar detalles que demuestren la divinidad de Cristo contra quienes opinaban que Jesús realmente no era humano, sino divino, con apariencia humana. El escritor plaga el evangelio de detalles como éstos: Jesús se cansó, se sentó, comió, lloró. Todos ellos detalles fisiológicos propios de un cuerpo físico y real.

¿Por qué lloró Jesús? Existe la creencia en esta sociedad americana que el llorar no es de hombres. No sabemos cómo ha podido difundirse tan enorme contradicción. Los robots no lloran. Los seres sin sentimientos no lloran. El ser humano, sensible al dolor, sensible al sufrimiento, sensible a los lazos del amor, llorará cuando la situación lo demande. En el caso presente, Jesús demuestra el profundo amor que profesaba por aquella familia; por las hermanas de Lázaro, quebrantadas por la muerte del hermano. Las hermanas sabían que si Jesús hubiera llegado a tiempo hubiera fortalecido y curado a Lázaro en sus dolencias. Pero ahora, no saben qué hacer sino llorar y lamentar.

Por otra parte, podemos pensar que Jesús lloraba por otra razón mucho más profunda. Sabía que Lázaro estaba ya en la otra vida, en la gloria, gozando, siendo feliz. Esto le presentaba un tremendo dilema, ¿por qué traer de nuevo a Lázaro al sufrimiento? ¿Quién realizaría tal cosa estando seguro de ello? ¡Nadie! Por eso, Jesús, con el corazón también destrozado por tener que traer a Lázaro a este mundo de sufrimiento, llora.

Por dondequiera que nuestros pensamientos se encaminen siempre llegamos a la misma conclusión, Jesús significa resurrección. Al que está muerto Jesús le puede devolver la vida. La vida puede ser una realidad física, o, todavía mejor, una realidad espiritual. A esa conclusión llegaron los presentes. "Muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él".

Esta es nuestra fe. ¡Mantengámonos firmes en ella!

## **Domingo de la Pasión: Domingo de Ramos**

Isaías 45,21-25; Salmo 22,1-21; Filipenses 2,5-11; Mateo (26,36-75) 27,1-54(55-66)

Dos elementos dignos de mención encontramos en este episodio de la vida terrena del Maestro de Galilea: la ingratitud humana y la soledad del Hijo de Dios.

Días antes de ser condenado, el Señor había alimentado a cinco mil personas con cinco panes y dos peces, a orillas del mar de Tiberíades. Hace unas horas se habían oído gritos de "hosannas", "hosanna al Hijo de David", "al Rey de Israel", "al que viene en nombre del Señor". Después de esto observaremos un cambio inexplicable en una multitud que hasta el presente le había profesado amor. Ahora piden, a gritos, su muerte. Se trata de la ingratitud humana.

Presintiendo toda la amargura, Jesús "llora". Se siente muy "triste y angustiado". Tristeza que se vuelve tan intensa que, en un momento intenso de oración, "sudó como gotas de sangre". Y demostrando su debilidad humana le ruega al padre, "Padre, si esta copa no puede pasar sin que yo la beba, que se cumpla tu voluntad" (Mt 26,42).

La muestra de obediencia a la voluntad del Padre fue más fuerte que sus temores y dudas. Su ejemplo de sumisión a la voluntad divina sigue siendo el ideal, del género humano.

La soledad se vislumbra en forma de cobardía, cuando Pedro le niega, para poder sobrevivir, aunque horas antes juró no hacerlo. Tal vez se hayan dado circunstancias en nuestras vidas en que hemos experimentado el miedo de Pedro y hemos negado a Jesús. Cuando callamos frente a las injusticias; cuando alguien cuestiona nuestra fe, y creencia en el Señor, y contestamos con evasivas, o negando lo que somos, estamos negando en público a ese Cristo que murió por nosotros.

La soledad de Jesús se acrecentó más cuando la justicia humana, dividida entre la religiosa, y la civil, le denegó los derechos más elementales que establecía la misma ley judía. La soledad de Jesús alcanza el nivel más elevado, cuando enclavado en la cruz, la ingratitud humana, de nuevo, se presenta con este grito tan cruel: "Salvó a otros pero a sí mismo no puede salvarse".

Pero no sólo de los seres humanos sintió Jesús el abandono, sino también de su Padre. En medio del drama de la agonía, lanza un grito que desgarró la tarde: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me abandonaste?" ¿Es posible que Dios, en medio del momento más crucial, abandonara a su Hijo? ¡No!

El abandono que experimenta Jesús es aparente y psicológico. El niño que se encuentra sólo y perdido no sabe que la madre está observando desde lejos. En misterio indescifrable para nosotros, Dios Padre permitió la soledad estremecedora de Jesús. Pero luego vendría la gloria insuperable de la resurrección. Gloria de la que todos los seguidores de Jesús participaremos algún día.

No hay ser humano en la tierra que no haya vivido de una manera angustiosa el problema de la soledad. Por muy rodeados que estemos de gente, de amigos, de familiares, podemos encontrarnos solos en la vida, sin que nadie comprenda lo que está sucediendo en nuestro interior. Sin embargo, si en esos momentos difíciles tornamos nuestra mirada interior hacia lo alto comprobaremos, de una manera misteriosa, que Dios está a nuestro lado. Sólo aparentemente nos abandona. Le buscamos por todas partes mas él siempre está en nuestro interior, esperándonos. Y, cosa curiosa, cuando más nos adentramos dentro de nosotros, más nos encontramos con Dios y más felices somos. Esta realidad la han experimentado de una manera excelente los místicos.

Si imitamos a Jesús, encontraremos a Dios en nuestro interior.

## Jueves Santo de la Cena del Señor

Exodo 12,1-14a; Salmo 78,14-20,23-25; 1 Cor 11,23-26 (27-32); Juan 13,1-15

Si de algo carece el mundo en que vivimos es de amor auténtico. Repito, amor auténtico. Abunda el amor superficial. El amor barato. Pero amor como el de Jesús hay poco.

Vivimos tiempos de maravillosos avances tecnológicos. La ciencia nos habla de inventos nuevos, de técnicas complicadas que mejorarán todos los aspectos de la vida humana. Pero al mismo tiempo no hemos sido capaces de erradicar las injusticias que plagan el planeta entero. Las desigualdades entre las clases sociales aumentan cada día, y el egoísmo no encuentra satisfacción.

Hemos de recuperar el verdadero espíritu de Jesús que amando a los suyos los amó hasta el extremo. Es decir, los amó con un amor sin límite, con un amor sin igual. No hay amor igual al de Jesús. Esta noche celebramos la efusión del amor de Jesús sin paralelo en la historia.

La institución de la Eucaristía es la institución del amor de Jesús en medio nuestro. Es una alianza escrita no en tablas de piedra, como la del Antiguo Testamento, sino en nuestros corazones.

La institución de la Eucaristía es la culminación de un sinnúmero de comidas entre Jesús y sus discípulos. Según los estudiosos bíblicos, las comidas que Jesús mantenía con los pecadores y marginados de la sociedad, constituyen, tal vez, "la característica central" del apostolado de Jesús. Jesús comía con todos sin fijarse en la condición social de los mismos: con pobres y ricos, con justos y pecadores. Esta actitud trastornaba los valores profundos establecidos por una sociedad edificada bajo los parámetros de honor y deshonor, de hombre y mujer, de esclavo y libre, de rico y pobre, de puro e impuro.

El Evangelio de Marcos narra cómo "muchos publicanos y pecadores se encontraban a la mesa con Jesús y sus discípulos" (Mc 2,15). "Al verlo los fariseos decían a los discípulos: '¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y los pecadores?' (Mt 9,11). Zaqueo era rico y recaudador de impuestos y he aquí que Jesús decide pasar todo un día en su casa. "Al verlo, todos murmuraban, diciendo: 'Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador'" (Lc 19,7).

Esta era "la mesa de compañerismo de Jesús". Jesús establecía los horizontes del reino de Dios comiendo con marginados y pecadores y demostrándoles compasión por encima de todo prejuicio humano. "No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados. Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso" (Lc 6, 36-37) y "hace salir el sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos" (Mt 5, 45).

Incontables son los actos de amor que Jesús derramó sobre sus compatriotas, pero uno de los más asombrosos sucedió una noche como esta hace dos mil años. Antes de la fiesta de Pascua, durante la cena, aun sabiendo que uno de sus discípulos lo habría de traicionar y los demás abandonar, se levanta de la mesa, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe. Después echa agua en una jofaina y se pone a lavarles los pies. ¿Cómo es posible? ¿Un maestro actuando como un esclavo? Era oficio de éstos lavar los pies de cualquier invitado que entrara en la casa para librarle los pies del polvo del camino. Así se cumplen literalmente las palabras de Pablo a los filipenses, "no hizo alarde de ser igual a Dios, sino que se vació de sí y tomó la condición de esclavo" (Flp 2,6-7).

Al final de la cena se puso en medio de ellos y les dijo: "¡Amáos los unos a los otros como yo os he amado!" "¡Vestid al desnudo, dad de comer al hambriento, laváos los pies mutuamente. Compartid del pan y del vino de amor en mi nombre. Haced todo esto y el reino de Dios estará con vosotros!"

## Viernes Santo

Isaías 51; 13-53;12; Salmo 22, 1-11; Hebreos 10, 1-25; Juan (18, 1-10) 19, 1-37

La liturgia del Viernes santo tiene su origen en Jerusalén. En el Diario de viaje de una cristiana llamada Egeria se cuenta cómo se desarrollaba esta jornada a finales del siglo V. Tras una noche de vela en el Monte de los Olivos, muy de mañana, se bajaba a Getsemaní para leer el relato del prendimiento de Jesús. De allí se iba al Gólgota. Después de la lectura de los textos sobre la comparecencia de Jesús ante Pilato, cada uno se iba a su casa para descansar un rato, pero no sin antes pasar por el monte Sión para venerar la columna de la flagelación. Hacia el mediodía, de nuevo se reunían en el Gólgota para venerar el madero de la cruz: lectura durante tres horas de textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, alternando con salmos y oraciones. La jornada acababa finalmente en la iglesia de la Resurrección, donde se leía el evangelio de la colocación de Jesús en el sepulcro.

Esta estructura básica de la liturgia, centrada en la pasión y muerte de Jesús, sufrió varias alteraciones en los siglos siguientes, hasta quedar definitivamente fijada a mediados del siglo pasado. El Libro de Oración Común ofrece, de las tres partes tradicionales, una como fija que consiste en las lecturas y oración universal o colectas solemnes, y otras dos partes como opcionales, que son, la veneración de la cruz y la comunión recibida del Santísimo Sacramento consagrado el día anterior.

Este es el momento de preguntarnos ¿por qué murió Jesús en la cruz? La muerte en la cruz era un suplicio reservado para esclavos y rebeldes. El tormento de la cruz fue inventado por los persas, pero usado de una manera horrorosa por los romanos para infundir terror y dominio absoluto. Ningún ciudadano romano podía morir en el madero de la cruz.

Ahora bien, hemos visto a Jesús humillarse hasta lo último: “no hizo larde de ser igual a Dios, sino que se vació de sí y tomó la condición de esclavo” (Flp 2,6-7). A tal condición se rebajó Jesús, libre y voluntariamente, para establecer de una manera incuestionable su mensaje de salvación y de liberación personal.

Basta leer cualquiera de los evangelios para ver a Jesús buscando afanosamente al ser humano descarriado. Por un lado, busca a los líderes religiosos del judaísmo que lo han convertido en una institución legal, carente de amor y de compasión; por otro lado, lo vemos sentarse a comer con pecadores notorios, y nos preguntamos, ¿qué les diría que con su palabra quedaban convertidos? Los ciudadanos de Sicar le dicen a la mujer samaritana: “(le) hemos oído y sabemos que este es verdaderamente el Salvador del mundo” (Jn 4, 42).

Ahora bien, ¿necesitaba Jesús morir en la cruz? ¿No había quedado su mensaje ya sólidamente establecido, sin necesidad de morir en tan horroroso sacrificio? Jesús no tenía por qué haber muerto en la cruz, pero al hacerlo nos demostró todavía con mayor evidencia hasta qué punto llegó su amor. La muerte en la cruz fue la culminación de un amor sin igual. Un amor heroico, y amor divino. Un amor loco. Así lo da a entender san Pablo: “El mensaje de la cruz es locura para los que se pierden; para los que nos salvamos es fuerza de Dios” (1 Cor 18).

Tanto judíos como griegos buscaban una sabiduría práctica. Los judíos esperaban encontrarla en un mesías libertador, los griegos esperaban encontrarla en la filosofía y la vida prudente, pero de ninguna manera en un salvador ajusticiado: quien no se salvó a sí mismo, mal podría salvar a otros, pensaban.

Pero precisamente ahí quedaban confundidos, tanto griegos como judíos, porque la sabiduría divina no sigue los caminos humanos, ni los pensamientos divinos son como los humanos (Is 55, 8).

Queridos hermanos y hermanas nos encontramos aquí, en el templo, no para llorar la muerte de Jesús, no para admirar su gran sacrificio, sino para cambiar de vida e imitarlo. No olvidemos las palabras de Jesús: “¡Amáos los unos a los otros como yo os he amado!”.

## Vigilia Pascual

Hechos 10,34-43; Salmo 118,14-29; Colosenses 3,1-4; Marcos 16,1-8

Queridos hermanos y hermanas, ¡alegrémonos porque Jesús ha resucitado!

Quiero ofrecerles una breve nota histórica para comprender lo que hemos estado celebrando.

En la tradición judía se cuentan los días de una puesta del sol a otra, y no a partir de la medianoche. Esta manera de dividir el tiempo se ha mantenido en la liturgia de la Iglesia: las solemnidades comienzan al atardecer, con las primeras vísperas, y acaban con las vísperas del día siguiente.

Así, la Vigilia pascual, desde el principio del cristianismo, se ha celebrado por la noche. En Roma, todavía en el siglo V, no hay más que una celebración pascual, la de la noche. Pero en África, en tiempos de san Agustín (354-430), se celebraba ya una segunda misa el domingo por la mañana. El obispo de Hipona no dejaba de predicar en ella, a pesar –decía– del cansancio de la larga vigilia nocturna.

En la forma actual la Vigilia pascual consta de cuatro partes: primera, lucernario, o rito de la luz: bendición del fuego nuevo en el que se enciende el cirio pascual; segunda, liturgia de la palabra, en la cual se recapitula la catequesis que se ha hecho a los catecúmenos (La historia de la creación. El diluvio. El sacrificio de Isaac. La liberación de Israel en el mar Rojo. La presencia de Dios en el nuevo Israel. La salvación ofrecida libremente a todos. El anuncio de la nueva alianza: un corazón nuevo y un espíritu nuevo. El valle de los huesos secos. La reunión del pueblo de Dios) se recuerdan así las grandes etapas de la historia de la salvación que ha precedido el advenimiento de “la luz verdadera que alumbra a todo hombre” (Jn 1,9); tercera parte, bautizos o renovación de los votos bautismales; y finalmente, la administración de la eucaristía.

Dada la fuerza del simbolismo del rito de la luz, se recomienda que el servicio no se inicie antes de entrada la noche. Actualmente, algunas iglesias lo celebran pronto por la mañana.

Se trata, como estamos viendo, de una de las liturgias más bellas de todo el año. San Juan Crisóstomo, en un sermón escrito para esta noche exclama: “Que toda persona y amante de Dios goce de esta bella y luminosa solemnidad. Que todo siervo fiel participe de la alegría de su señor. Gustad todos del banquete de la fe. Gustad todos las riquezas de la misericordia. Que nadie se queje por su pobreza, pues ha aparecido nuestro reino común. Que nadie se lamente por sus pecados, pues de la tumba ha brotado el perdón. Que nadie tema la muerte, ya que la muerte del Salvador nos ha liberado...”

Así es. Si judíos y griegos consideraban la muerte de Jesús en la cruz, como una locura, no había parado a reflexionar que “lo que sembramos no revive si no muere” (1 Cor 15,36). Jesús vivió una vida de amor. Jesús murió una muerte de amor. ¿Qué habría pues de resucitar sino una vida nueva de amor? Por la vida nueva resucitada de Jesús tenemos nosotros vida y esperanza. Si Jesús no hubiera resucitado “vana sería nuestra fe” (1 Cor 15 14).

Así pues, llenos de alegría debemos repetir las palabras del Pregón pascual: “Exulten por fin los coros de los ángeles, exulten las jerarquías del cielo, y por la victoria del Rey tan poderoso que las trompetas anuncien la salvación. Goce también la tierra, inundada de tanta claridad, y que, radiante con el fulgor del Rey eterno, se sienta libre de la tiniebla que cubría el orbe entero. Alégrese también nuestra madre la Iglesia, revestida de luz tan brillante; resuene este templo con las aclamaciones del pueblo ¡Qué noche tan dichosa! Sólo ella conoció el momento en que Cristo resucitó de entre los muertos. ¡Qué noche tan dichosa en que se une el cielo con la tierra, lo humano y lo divino!

Te rogamos, Señor, que la luz de tu resurrección ilumine nuestras vidas para que caminemos, no como hijos de las tinieblas sino de la luz.

## **Domingo de Resurrección: Día de Pascua**

Hechos 10,34-43; Salmo 118,14-29; Colosenses 3,1-4; Juan 20,1-10(11-18)

¡Aleluya, Cristo ha resucitado! Esa es la expresión que brota de los labios del sacerdote cuando parte el pan. El momento culminante de la vida y de la doctrina cristiana se realiza en la resurrección. "Si Cristo no resucitó de entre los muertos, entonces vana es vuestra fe", son palabras que san Pablo escribió a los de Corinto en su primera carta.

La pasión, muerte y resurrección de Jesús han de considerarse, desde el punto de vista histórico, y a la luz de las Escrituras, como trascendentales. El hombre que dividió la historia, Jesús el ungido de Dios, juzgado por los judíos y la ley romana, fue condenado. Y ¿quién iba a decir que este carpintero de Nazaret se convertiría en salvador del mundo?

"El primer día de la semana", nos narra el evangelio, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Es María Magdalena la primera en recibir la noticia de la resurrección.

La resurrección del Señor nos enfrenta a dos planteamientos importantes. Primero: la resurrección de los muertos es una realidad que el Señor demuestra tanto a los saduceos de entonces como a los "saduceos" que hoy día la niegan. Segundo: es el papel que las mujeres representan en el plan salvífico de Dios. El poder tener el mismo privilegio que los hombres en ser portadoras del mensaje divino. El Evangelio de san Juan nos habla sólo de María Magdalena, pero Mateo dice que un grupo de ellas fue al sepulcro de madrugada y fueron partícipes de la noticia.

Hoy día muchos siguen pensando que las mujeres no deben optar por los mismos ministerios que los hombres dentro del seno de la Iglesia. Craso error. La valentía demostrada por las mujeres en el ministerio de Jesús es innegable. Recordemos que estuvieron al pie de la cruz, mientras que la mayoría de los discípulos se escondió. Ellas fueron las que comunicaron la noticia de la resurrección a los apóstoles. Las mujeres, en la Iglesia primitiva, recibieron el diaconado y sirvieron a los demás con total entrega personal.

La Resurrección de Jesús vino a reafirmar y fortalecer la fe de los discípulos en su maestro. Comenzando por Pedro y Juan, todos los discípulos cambiaron radicalmente de actitud y dieron la vida por quien había muerto por ellos.

La resurrección de Cristo nos presenta también esa hermosa relación entre la vida y la muerte. Las personas que viven en latitudes frías, pueden describirnos mejor esa transformación. Cuando comienza el otoño, las hojas de los árboles cambian de color y se caen. Los animales buscan sus cuevas. Cuando llega el invierno todo está cubierto de hielo y nieve, las hojas desaparecen. El día se acorta y se torna gris. El frío penetra en todos los lugares y no se oye el trinar de las aves.

Cuando el invierno pasa, llega la primavera. El hielo se deshace, las plantas vuelven a tomar un color verde, las hierbas vuelven a cubrir los campos. Los animales salen de sus madrigueras y se oye el trinar de las aves. Los niños salen a jugar por las praderas y sentimos que hemos pasado de la muerte a la vida.

La resurrección del Señor nos presenta esa hermosa relación. Prisioneros del pecado, merecíamos la muerte y la separación de la presencia del Señor. Jesús, el cordero de Dios, toma nuestro lugar, las sombras de la muerte le cubren y las entrañas de la tierra le reciben, pero al tercer día, las entrañas de la tierra no pueden sostener por más tiempo al Hijo de Dios y éste resucita de entre los muertos para darnos la victoria sobre la muerte. El apóstol san Pablo en la Primera Carta a los de Corinto pregunta, "ahora ¿dónde está muerte tu victoria?" Pues la muerte fue absorbida por Cristo Jesús en la cruz del calvario.

¡Aleluya Cristo ha resucitado!

## Segundo Domingo de Pascua

Hechos 2,14a,22-32; Salmo 118,19-24; 1 Pedro 1,3-9; Juan 20,19-31

Las gentes de negocio siempre tratan de infundirnos confianza para que compremos su mercancía. Nos convencen de que nos venden el mejor coche, la mejor televisión, la mejor casa. A la hora de invertir nuestros ahorros nos convencen de que su compañía es la mejor y de que no fracasará. Nos animan a invertir en esa corporación para incrementar los dividendos. Pero la experiencia nos demuestra que no hay nada eterno, imperecedero y libre de fracaso en esta vida. Los productos de la tecnología fallan, las corporaciones fracasan y la gente pierde la seguridad en sí misma. Con el tiempo el pueblo se torna sospechoso, escéptico, y duda de negociantes y de gobernantes. La duda se establece en nuestras almas y dudamos de todo, a veces, con sobrado fundamento.

El evangelio de hoy presenta al apóstol Tomás dudando. Efectivamente, no era corriente ni común, entonces ni ahora, el ver a un muerto resucitado. Tampoco le gusta a uno ser víctima de burlas, por eso la actitud de Tomás es lógica y plausible. "Si no veo, si no toco, no creo", dijo Tomás.

Por aquel entonces, también había quienes se ganaban la vida engañando a los demás. Gente tramposa, mentirosa, timadora, estafadora, que se aprovechaba de la credulidad de los sencillos. La duda había logrado sus adeptos. Así se explica que no sólo Tomás, sino que la misma María Magdalena, Pedro, Juan y los demás discípulos hubieran abrigado la duda en sus corazones. El evangelio de Juan así lo trasluce: "Hasta entonces no habían entendido lo escrito, que había de resucitar de la muerte" (Jn 20, 9).

La verdad es que no era fácil aceptar un hecho que superaba toda experiencia. Es verdad que los evangelistas cuentan unos casos en los que Jesús reanimó o "resucitó" cuerpos. Según ello, los discípulos debieran ya estar preparados para sospechar que tal vez Jesús pudiera repetir en sí mismo la hazaña realizada en otros. O si carecía de tal poder, por lo menos el Dios altísimo podría devolver la vida a una persona tan justa como Jesús.

Por otra parte, hay que reconocer que la muerte de Jesús también podía engendrar sospecha en el más fuerte. Uno podría preguntarse: si salvó a otros ¿por qué no ha podido salvarse a sí mismo? Si Dios estaba con él para ayudar a otros, ¿cómo se explica que lo abandonara hasta tal extremo? ¿Cómo aceptar una muerte tan vergonzosa e inmerecida? Tal vez haya sido todo una mofa, tal vez haya sido todo la broma más pesada... Así razonaban muchos. Así pensaba la mayoría...

¿Cómo restaurar ahora la confianza perdida? ¿Cómo abrigar esperanza en medio de semejante catástrofe? Todos los indicios eran de incredulidad. ¿Cómo aceptar ahora una patraña más? Dicen que ha resucitado, ¿quién lo puede creer? ¿Quiéren reírse de uno? No se pueden aceptar más cuentos. Se necesitan pruebas tangibles.

Sin esas pruebas ¿quién querría arriesgarse a continuar su obra? ¿Cómo continuar la proclamación del reinado de Dios, cuando aparentemente ha triunfado el mal? No, será mejor esperar... Y en esas se encontraban, cuando Jesús viene con las pruebas: "¡Gente de poca fe: ved, tocad, palpad!" "¡No dudéis!"

La verdad es que hoy día, todavía la duda hace presa de nosotros. Y dudamos de Jesús y de Dios. Necesitamos experimentar como Tomás. Tal vez sea ésta una de las verdades más profundas del cristianismo. Cada uno de nosotros necesita un encuentro personal con Jesús. Solamente así, armados con ese conocimiento personal, podemos hacer frente a la duda y a la ansiedad, que acosan nuestras vidas.

Los discípulos tienen un encuentro profundo con Jesús, y quedan transformados. Así salen llenos de brío a proclamar las buenas nuevas y a proclamar un ministerio de perdón y reconciliación. El encuentro personal es un paso sumamente importante. ¿Qué podemos ofrecerle a nuestro prójimo si también nosotros estamos cargados de dudas?

La historia del cristianismo demuestra que las personas más eficientes en su apostolado han vivido una vida de profunda consagración a Dios. Es de esa entrega total a Dios de donde cosechan fuerzas y vigor para enfrentarse a cualquier contratiempo humano. Acerquémonos a Dios y se resolverán todas nuestras dudas.

## Tercer Domingo de Pascua

Hechos 2,14a,36-47; Salmo 116,10-17; 1 Pedro 1,17-23; Lucas 24,13-35

Todos somos diferentes, con características propias. Hoy dicen que llegará el día en que podrán clonar seres humanos y que habrá dos personas idénticas. Algunos se han llenado de miedo, pero nunca podrá haber dos personas idénticas en la personalidad y en el psiquismo. Imaginémosnos que han clonado dos seres humanos. Aparentemente son idénticos, pero de pequeños a uno lo mandan a Japón y a otro a Egipto. Después de veinte años los reúnen y vemos que su apariencia física es idéntica pero sus personalidades son muy diferentes. Han vivido en un medio cultural muy distinto y así han crecido. Parece que Jesús tuvo en cuenta este principio psicológico. El día de Pascua leímos que Jesús se apareció a María Magdalena de una manera, luego el domingo pasado, el evangelio narraba su aparición a los discípulos de un modo diferente. Hoy vemos que su manifestación a unos discípulos que caminaban a la aldea de Emaús, también es distinta.

¿Por qué tantas formas de aparecerse? Para adaptarse a nuestro pobre entender. Durante siglos Dios nos habló por medio de profetas y otros personajes. Pero llegó el día en que Dios se encarnó para poder comunicarse con nosotros en un modo más familiar. Hasta la fecha sigue sirviéndose de la misma estrategia.

Un pajarito no entiende el lenguaje humano. A un ser humano le cuesta entender el lenguaje divino. Dios se coloca a nuestro nivel para que entendamos el mensaje que desde el origen de la humanidad ha querido transmitirnos.

Los evangelios fueron escritos para comunidades con diferentes necesidades de entendimiento. Cada evangelista redactó el evangelio según las necesidades de los destinatarios.

Camino hacia Emaús Jesús explicó a dos discípulos las Escrituras. Les habló de cosas que ya sabían pero que no habían entendido. Ahora empezaban a comprender las profecías y todo lo que en ellas se decía tocante al Mesías, pero no acababan de reconocerlo. Necesitaban algo más, un pequeño encuentro personal y sucedió en el momento en que Jesús, sentado a la mesa con ellos, partió el pan y se lo dio. En ese momento se les abrieron los ojos y lo reconocieron.

Este pasaje nos demuestra que no es suficiente conocer las Escrituras para llegar a Dios. Para conocer realmente a Jesús es necesario algo más, un toque de la "gracia divina", un encuentro personal diferente. En este caso fue el compartir el pan. En ese instante se dieron cuenta cómo en su vida terrenal Jesús compartía su amor con los demás en torno a la mesa y comiendo el pan con ellos.

El verdadero conocimiento de Jesucristo se realiza mediante nuestras facultades humanas: oír, tocar, gustar, oler; entender, amar, recordar. Tenemos que usar lo exterior: lo físico y material, para poco a poco llegar a lo interior: nuestra mente, alma y espíritu.

En la aparición que recordamos hoy, Jesús se sirvió del pan, de la eucaristía, para llegar al corazón de unos sencillos discípulos. A veces pensamos que sólo los dignos pueden acercarse al altar para recibir la comunión pero no es así. La comunión no es para los mejores sino para los necesitados. Al recibir el pan de vida y el cáliz de salvación no se trata de dar una recompensa, se trata de alimentar a quienes están hambrientos de Dios.

Todos somos diferentes y tenemos nuestros propios problemas y necesidades. Como Jesús se aparece de modos diferentes a los discípulos, Dios, por medio de su Hijo, se revela a cada uno de nosotros de la forma más apropiada para que le entendamos. La santa comunión es una de las maneras más eficaces de acercarnos a Dios.

Claro que también puede llegar a nosotros disfrazado de muchas otras formas. Puede llegarse a nosotros por el contacto con un hermano o hermana, con un rico, con un pobre, con uno que sufre o con uno que goza. Puede llegar a nosotros mientras leemos las Escrituras y meditamos en la palabra divina. Lo importante es que estemos siempre en una disposición de apertura para aceptar al Dios que nos busca sin cesar.

## Cuarto Domingo de Pascua

Hechos 6,1-9--7,2a,51-60; Salmo 23; 1 Pedro 2,19-25; Juan 10,1-10

Jesús dijo, "he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia".

"Abundancia" en nuestras vidas no es lo mismo que una vida abundante. Abundancia en nuestras vidas no quiere decir que seamos dueños de muchas cosas. Jesús prometió algo diferente al materialismo. Nos ofrece una vida plena que no se puede medir, ni contar con medidas humanas.

Muchos de nosotros, aunque no seamos ricos, podemos caer en la trampa que nos tiende el materialismo. En nuestras casas hay de todo. Demasiada ropa. Mucha comida, que, a veces incluso, tiramos. Televisores, Vcrs, radios, cassettes, CDs, bicicletas. Muebles, nuevos y viejos. Cajas llenas de cosas. Tanto tenemos que ya no nos cabe en nuestras mismas casas y, algunas veces, tenemos que alquilar un "storage room" para meter lo que hemos acumulado. ¡No es triste estar pagando alquiler para conservar en un cuarto cosas que prácticamente no necesitamos! Cuando viajamos a otros países de este continente observamos que la gente es feliz con mucho menos de lo que nosotros poseemos. ¡Gente pobre, gente feliz!

Todo esto se refleja también en un desequilibrio familiar, porque nos hacemos a la idea de que para tener más cosas, tanto el padre como la madre han de trabajar, abandonando, con frecuencia, el cuidado de los hijos y de la casa. Esto es un error.

No sólo eso, se dan casos de familias cuyos padres, además del trabajo normal se emplean en otros oficios a tiempo temporal, todo ello para ganar más dinero y poder dar a sus hijos caprichos que no necesitan. Pero ¿qué pasa? Sucede que los hijos han crecido sin el calor familiar, se han vuelto egoístas, e indisciplinados. Ahora es muy difícil controlarlos, porque no obedecen a nadie. Y siguen exigiendo, porque siempre se les ha dado de todo sin imponer responsabilidades. El desequilibrio puede llegar a tal punto de arriesgar el mismo equilibrio matrimonial.

Jesús nos ofrece una vida muy distinta. Cuando vivió en la tierra, estaba desprendido de todo, porque sabía que nada de lo creado puede ofrecer felicidad permanente. Mucha gente habrá experimentado más felicidad cuando carecía de bienes materiales que luego con un cúmulo de ellos.

Observemos una escena entre niños. Juegan en la calle, corren, gritan, hacen juguetes de palos, de piedras, de tierra, de cualquier material que encuentran. Nos da pena y les regalamos un montón de juguetes. Al poco rato vemos que se están peleando porque no saben compartir lo que les hemos dado. Pasan unas horas, y los juguetes quedan abandonados y tirados por todas partes. Tal vez fueran más felices antes, cuando usaban su espíritu creador. Pero, ¿qué sucede? Nos da pena y les compramos otros juguetes, para ver si con los nuevos son felices. Y así vamos cometiendo error tras error.

¿Cómo encontrar la vida de abundancia que nos ofrece Jesús? Acercándonos a él más. Algunos dicen que para estar cerca de Dios, no hace falta ir a la iglesia. Sólo tienen parte de la razón. En la iglesia se encuentra una comunidad de hermanos y hermanas, donde juntos pueden crear proyectos amistosos, recreativos, educativos y también de oración.

No cabe duda que leyendo con más frecuencia la Biblia, encontraríamos alimento espiritual para el alma. Alimento que nos orientara y fortaleciera para hacer frente a un mundo materialista.

También nos ayudaría mucho pertenecer a un grupo de oración. Es sobre todo en la oración donde encontramos sustento para el alma. Con la oración se pueden orientar mejor nuestras vidas y dedicarlas a objetivos más altos que los dados por el materialismo.

¿Conocemos la voz de Jesús? Si somos ovejas de su rebaño entonces podremos distinguir su voz. Mas para oír su voz tenemos que escuchar a Jesús durante mucho tiempo. Cuando nos hemos acostumbrado a su voz, no oiremos las del mundo que nos gritan constantemente y nos llevan a caer en la boca del lobo.

Jesús, como buen pastor, nos conduce a "verdes praderas" donde podemos recostarnos; nos conduce a "fuentes tranquilas" y repara nuestras fuerzas. El Señor es nuestro pastor, con él nada nos faltará.

## Quinto Domingo de Pascua

Hechos 17,1-15; Salmo 66,1-11; 1 Pedro 2,1-10; Juan 14,1-14

Todos hemos llegado a donde estamos viniendo por diferentes caminos. Puede ser que hayamos venido de países lejanos, puede que hayamos cruzado la frontera de México, o puede que hayamos nacido en este país, pero, para llegar al punto en que nos encontramos en nuestras vidas, cada persona ha debido tomar muchas decisiones.

Cuando uno empieza una jornada, lo primero que tiene que decidir es adónde quiere ir. El iniciar un viaje sin saber adónde queremos ir, es como el proverbio que dice, "¡si no sabes adónde vas, cualquier camino te llevará allí!"

Ahora bien, cualquier camino que escojamos nos ocasionará fatigas. No vamos a encontrar uno fácil y derecho. En todo camino hay encrucijadas, imprevistos, aburrimientos, cansancios. Todos estos elementos nos llevan a cambiar de rumbo constantemente. Así que, para nuestra sorpresa, después de dar muchas vueltas, constatamos que hemos llegado a un lugar inesperado. Los avatares de la vida han cambiado nuestros planes. Será bueno recordar aquí el profundo verso del poeta Antonio Machado: "Caminante, no hay camino, se hace camino al andar". El camino de nuestra vida se va trazando con nuestro caminar.

¿Qué sucedería si encontráramos en nuestras vidas, un camino seguro, un camino, que desde el principio nos llevara al lugar donde queremos llegar? ¿Qué sucedería si alguien nos hablara de un camino de felicidad? ¿Nos encaminaríamos por él?

Esta es la buena noticia de Dios. Sí, hay un camino que nos da paz, gozo, amor, y seguridad, ese es el camino que nos ofrece Jesús. ¡Jesús es el camino, la verdad, y la vida! Si vivimos como él nos enseñó tendremos todo lo que nos prometió. Decir que Jesús es el camino, significa que antes de tomar una decisión, hemos de tener en cuenta los mandamientos y ejemplos que nos ofreció durante su vida terrenal. Es importante comprender que el ejemplo que nos dio fue transcendental.

El ejemplo más hermoso fue venir a vivir entre nosotros y hacerse como uno de nosotros. Entonces Jesús entiende nuestra condición humana. Sabe lo que es tener sed y hambre, ser pobre, sufrir abandono, odio, y la agonía del sufrimiento. A pesar de experimentar todo eso, todavía nos dirigió palabras de perdón desde la cruz. Murió perdonándonos por nuestros crímenes.

Al vivir con los seres humanos nos elevó de una existencia de mediocridad, a una vida de valores eternos. A veces, cuando cometemos un error, decimos que fallamos porque somos humanos. Pero Jesús elevó a su pueblo para que pudiera superar faltas y debilidades. Caminando por sus sendas, con él en nuestro corazón, somos más de lo que somos sin él.

Jesús nos advierte que al conocerlo a él, también conocemos a Dios. Mucho de lo que sabemos de Dios lo sabemos por conocer a Jesús. Teniendo ese conocimiento, ¿cómo podemos seguir buscando otros caminos que conducen a la insatisfacción?

El camino de Jesús nos ofrece perdón, así nosotros también podremos perdonar. El camino de Jesús nos libra de ansiedades, así podremos vivir con valor. El camino de Jesús nos ofrece paz, así podremos vivir sin rencor. El camino de Jesús nos ofrece amor, así podremos amar a los demás.

La resurrección de Jesucristo nos abrió la puerta que separaba a los vivos de los muertos. Pero la vida que Jesucristo nos ofrece es la vida eterna que puede empezar ya hoy, no cuando nos muramos. La vida eterna se puede vivir a en esta vida, porque cuando vivimos como Cristo nos enseñó estamos viviendo una vida resucitada. Cuando perdonamos a los que nos ofenden, participamos de la vida eterna. Cuando obramos actos de caridad es señal de que estamos viviendo la vida resucitada.

En esta vida hay muchos caminos, pero si queremos ser felices de verdad tenemos que seguir el camino que nos asegura una vida de abundancia y llena de gracia. Jesús es el camino, la verdad y la vida -¡sigámoslo!

## Sexto Domingo de Pascua

Hechos 17,22-31; Salmo 148,7-14; 1 Pedro 3,8-18; Juan 15,1-8

En la Biblia la vid aparece como símbolo del pueblo de Israel. Dios esperaba que su vid le diera excelentes uvas, pero en cambio le daba uvas agrias. Al inicio del capítulo cinco el profeta Isaías nos narra, de una manera incomparable mediante la ilustración de la viña, cómo Dios esperaba que su pueblo, recipiente de tantas gloriosas bendiciones, fuera una fuente de bendición para todo el mundo, pero se convirtió en un pueblo peor que los vecinos paganos.

Jesucristo se presenta como la vid verdadera, pero es rechazado por el pueblo de Israel. Según la comparación de la vid, aprendemos que un sarmiento no sirve para hacer muebles, ni siquiera para hacer una estaca. Sólo puede desempeñar dos funciones: o da fruto, o no da fruto y entonces sirve de combustible para el fuego. Jesús ilustra con este ejemplo de la vid, que así como el sarmiento no da fruto si no está unido a la parra, así tampoco los cristianos podemos dar fruto si no estamos en comunión con él.

Sabemos que al ser elegidos por Dios recibimos grandes privilegios, pero a la vez contraemos grandes responsabilidades. Por ejemplo, en una corporación hay empleados cuyas responsabilidades se limitan sólo a mantener limpias las instalaciones, mientras que quien está en la cúspide de la organización y ocupa el puesto de gerente general o presidente, tiene otras responsabilidades. Cuando esta misma organización tiene problemas financieros a nadie se le ocurre llamar al ordenanza, sino a la persona que está al frente de la organización. Asimismo, Dios nos otorga privilegios, pero también demanda exigencias de nosotros según los talentos recibidos. ¿Qué es lo que espera? Espera que permanezcamos en él y mantengamos una íntima comunión con él.

Recordemos que en la vida cristiana la acción tiene valor si va acompañada de carácter: amor, paciencia, bondad, santidad. Es decir, que el servicio que prestamos a Dios debe ir también acompañado de respeto a la persona santa de nuestro Salvador. En la vida cristiana es importante el servicio, pero sólo si va acompañado de la reverencia

Espera también que guardemos sus mandamientos. La prueba del amor del cristiano hacia Dios es el hecho de guardar sus mandamientos. Es muy fácil memorizar una doctrina, pero es duro obedecer la palabra de Dios, sobre todo cuando esa palabra va en contra de nuestros intereses egoístas. La Biblia nos dice en el libro del apóstol Santiago que es bueno creer que Dios es uno, pero que los demonios también creen esa doctrina y ¡hasta tiemblan!

Espera que amemos a los hermanos. Esta es la prueba social de la fe. Nadie puede ser un cristiano fiel y tener sentimientos de odio contra los hermanos. Nadie puede ser un cristiano fiel y ser indiferente ante las dificultades de los demás creyentes. Una de las características que debe distinguir a los cristianos es, precisamente, el amor.

San Pablo afirma en el capítulo sexto de su Carta a los Gálatas que Dios no puede ser burlado porque todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Así como el pecado produce consecuencias tristes en la vida del ser humano, de la misma manera, la obediencia a la palabra de Dios genera bendiciones para el que le obedece.

Algunas personas piensan que con gritar o aplaudir en el culto, ya glorificaron a Dios. Pero la Biblia nos enseña aquí cómo glorificar a Dios. Glorificar a Dios tiene que ver con obedecerle y producir frutos para su gloria. Glorificamos a Dios cuando damos testimonio con nuestra vida a los incrédulos; cuando llevamos una vida santa de impacto para nuestros semejantes; glorificamos a Dios cuando apoyamos la obra cristiana con diezmos, ofrendas y oraciones incesantes en favor de la obra misionera mundial.

Dios nos ha llamado a unirnos a él para lograr la salvación en el mundo; esto, por supuesto, es un privilegio que requiere demandas de parte nuestra; y si obedecemos se darán resultados gloriosos para la gloria de Dios y para nuestra propia bendición.

## Séptimo Domingo de Pascua

Hechos 1,(1-7) 8-14; Salmo 68,1-20; 1 Pedro 4,12-19; Juan 17,1-11

El evangelio de hoy nos coloca como atentos oyentes de lo que comúnmente se llama Oración Sacerdotal. Cristo, antes de entregarse por los suyos, ruega por ellos. Éstos no son sólo sus discípulos sino todos sus seguidores, de todos los tiempos, incluyendo los de la época actual. Éstas son sus últimas palabras.

En este evangelio ocupa un lugar muy importante el tema gloria-glorificación. El tema aparece al principio, en la mitad y al fin. Vamos, pues, a reflexionar sobre su contenido. Cristo nos habla de la gloria que tenía en el Padre antes de la constitución del mundo. Cristo alude, sin duda alguna, a su preexistencia.

La gloria de que aquí se habla es la posesión de la naturaleza divina, común al Padre y al Hijo, todo lo tuyo es mío; y todo lo mío es tuyo. El Verbo es Dios. El Verbo, sin embargo, se hizo carne y habitó entre nosotros, es decir, asumió la naturaleza humana. Hecho hombre lleva a cabo la misión que le encomendó el Padre: manifestar su nombre.

Cristo nos ha revelado al Padre, nos ha manifestado su voluntad de salvarnos y el amor infinito que tiene por la humanidad. Está inminente el momento de dar término a su obra: salió del Padre y vuelve al Padre. La vuelta al Padre abarca como una unidad: la pasión, la muerte y la resurrección. En una palabra, se trata de la glorificación, de la exaltación de Cristo, como Hijo de Dios y Señor de lo creado.

La exaltación lleva consigo la posesión de todo poder, el poder de dar la Vida, de hacer hijos de Dios a los seres humanos. Cristo pide la glorificación que ya poseía como Dios. A través de la muerte llega a la glorificación. Con el cumplimiento de la misión que el Padre le ha encomendado glorifica al Padre. Ahora pide al Padre que le glorifique.

A su vez, Cristo ha revelado al Padre. Los seres humanos que aceptan la revelación reciben la vida eterna. Estos son los que guardan su palabra. Ha habido una atracción hacia el Padre en la aceptación de la revelación. Por ellos ruega Jesús. Ellos forman una unidad con él; son sus amigos, no son extraños. La aceptación de la revelación da gloria al Hijo, proclamando que Cristo es el Hijo de Dios.

Cristo ha glorificado al Padre, cumpliendo su misión; ha manifestado al Padre y ha dado la vida, obedeciendo al Padre hasta la muerte de cruz. El Padre ha glorificado al Hijo, lo ha resucitado de entre los muertos y lo ha elevado a un lugar sobre todo lugar; está sentado a su diestra, investido de todo poder y de toda gloria. Él tiene todo poder en el cielo y en la tierra. Cristo vive glorioso en el seno del Padre.

La obra de Cristo, sin embargo, no ha terminado. Cristo sigue manifestando al Padre y comunicando la vida divina a los seres humanos, mediante la predicación y vida de la Iglesia y la administración de los sacramentos. Durará esta situación hasta el fin de los tiempos, hasta que Cristo aparezca glorioso a todos los pueblos. Los fieles a su vez glorifican a Cristo y al Padre, confesando de palabra y de obra la divinidad de Cristo. Cristo, en cambio, ruega por ellos, pues son suyos.

La oración de Cristo es eficaz, tiene todo poder. Ésta es la actitud de Cristo ante el Padre: interceder por nosotros. Los que se niegan a recibirle constituyen lo que san Juan llama "mundo". Son los que persiguen a los amigos de Jesús. Jesús espera que también sus enemigos un día llegue a formar parte del rebaño.

Es oportuno, después de la fiesta de la Ascensión, recordar a Cristo glorioso e intercediendo por nosotros. Se ha ido, pero está con el Padre e intercede por nosotros.

## **Domingo de Pentecostés**

Hechos 2,1-11; Salmo 104,25-37; 1 Corintios 12,4-13; Juan 20,19-23

Hoy, día de Pentecostés, cerramos el ciclo pascual. Hoy, con la gloriosa manifestación del Espíritu Santo, se consuman los misterios del sacrificio de la muerte del Señor, de su victoria en la resurrección, y de la entrada de Jesús en la eternidad del Padre en la ascensión.

En este día, con la efusión del Espíritu Santo, Dios eterno ha llegado. Está aquí para santificarnos, para consolarnos, para fortalecernos. Si bien se abren las puertas de nuestra fe para dar paso a este glorioso don del Espíritu Santo, se abren también para dar paso a la paz que Cristo nos otorga, se abren para que nosotros, llenos de ese don celestial, actuemos como mensajeros de Cristo: "como el Padre me ha enviado, así también los envío yo".

En realidad, hoy se inicia nuestro peregrinaje como cristianos, como testigos de Cristo. Hemos de caminar por el mundo dando testimonio de quiénes somos, a quién seguimos, y qué es lo que buscamos en nuestra vida. Si esto no queda patente en nuestras vidas, estamos fallando a nuestra vocación cristiana y la efusión del Espíritu realizada en nosotros, no se manifiesta en toda su plenitud. No cabe duda que casi todos los males que azotan a nuestra sociedad son debidos a la estéril vida que los cristianos vivimos.

Nos conducimos como admiradores de Cristo, pero no como sus auténticos seguidores. No estamos dispuestos a arriesgar nuestra vida por su causa. Como Dios nos ve tan indecisos, tan indiferentes, la acción del Espíritu no se manifiesta en nosotros con todo su poder. Esa es la esencia de la gran festividad que hoy festejamos. Es decir, lograr que el Espíritu Santo, que se nos da, se manifieste de hecho en todas y cada una de nuestras acciones. Pentecostés, no es algo efímero y estéril. Es la constante renovación de nuestra fe por el Espíritu en favor del bien común. A todos, ya seamos de la condición que seamos, o de la raza o cultura a que pertenezcamos, a todos se nos ha dado el mismo Espíritu para el bien común. Cada uno de nosotros puede cooperar con diferentes dones espirituales, con diferentes servicios, con diferentes talentos, pero el objetivo final ha de ser el mismo, la salvación de todos. Actuando de esta manera manifestamos que somos un cuerpo compacto, un cuerpo cuyos miembros funcionan al unísono para el bien de todo el organismo. Nuestro cuerpo eclesial, nuestra familia eclesial, ha de funcionar de la misma manera, buscando el bien común de todos.

Hoy cerramos el ciclo pascual, no para guardarlo en los cajones oscuros del olvido, y desempolvarlo el próximo año, sino que significa ante todo: la inauguración de una nueva vida. Una vida colmada de las palabras y acciones de Jesús, puestas al servicio de los demás mediante la acción santificante del Espíritu Santo. Que nuestra vida produzca un fruto tan fértil como del de los primeros cristianos, que, con el ejemplo de su vida, fueron capaces de transformar toda una cultura. Una cultura tan rica y tan potente como la grecorromana.

Hoy es Pentecostés hermanos y hermanas, hoy el Espíritu Santo esta aquí y quiere acompañarnos cada día de la vida que hoy nuevamente empezamos. Vayamos pues a servir a Dios y al prójimo, y que el Espíritu Santo sea la luz, la sabiduría y la paz en el caminar de nuestra historia.

## La Santísima Trinidad

Génesis 1, 1-2,3; Salmo 150; 2 Corintios 13,(5-10)11-14; Mateo 28,16-20

Estamos celebrando la fiesta de la Santísima Trinidad. Una doctrina que teológicamente sólo podemos aceptar por fe, ya que la inteligencia no puede comprender de qué estamos hablando. Aceptamos lo que la Biblia nos dice. La inteligencia jamás hubiera podido descubrir una doctrina semejante.

Aprovechamos pues la oportunidad para reflexionar un poquito sobre nuestro Dios. Y nos preguntamos. ¿Cómo es Dios? ¿En qué pensamos o qué nos imaginamos cuando oímos decir la palabra Dios? Nosotros somos creyentes, tenemos fe, lo pensamos como creador absoluto, todopoderoso, origen y fin de nuestra existencia.

Hoy las lecturas nos acercan más a la realidad de Dios. Él ha descubierto el misterio íntimo de su vida a los seres humanos, mediante un proceso de revelación que abarca varios siglos. La revelación de Dios se ha ido manifestando paulatinamente, acomodándose a nuestro entender humano. Así actuamos nosotros con los niños. No les damos una lección en términos filosóficos o teológicos que no van a entender. Tenemos que usar cuentos, historias, fábulas, que contienen un núcleo de verdad pero cuyos elementos no son reales ni históricos.

La verdad sobre Dios ha tardado mucho en manifestársenos y todavía podemos decir, sin cometer error, que de Dios no sabemos nada. Es decir, de su vida íntima, de cómo es Él en su naturaleza, todavía estamos como a oscuras. Sólo podemos aceptar por fe lo que se nos ha revelado en las Escrituras. Leyéndolas vemos que hay un crescendo en las mismas que culmina con la venida del Hijo de Dios a la tierra. El punto más alto y más claro de esta revelación es Jesucristo, enviado del Padre y la presencia del Espíritu Santo en medio nuestro.

Hoy cuando recitemos el credo niceno, prestemos atención a lo que profesamos respecto a cada persona de la Trinidad. En esa confesión de fe tenemos el resumen de una reflexión teológica que se llevó a cabo en los primeros siglos del cristianismo.

La razón humana puede llegar a la afirmación de la divinidad en general. La reflexión filosófica anduvo pasos semejantes a los de nuestra fe. Al inicio se admitían varios principios generadores de la realidad existente. Pero, a medida que la reflexión fue madurando, se ha podido llegar a la afirmación de la existencia de un ser supremo, dueño de los destinos del mundo. Y se ofrecen algunas pruebas que podrían ser convincentes para muchos. Sin embargo, otros filósofos, todavía no están de acuerdo que la razón humana pueda demostrar la existencia de un ser trascendente.

La creencia de la Trinidad es exclusiva de los cristianos. Algunas otras religiones tienen algo parecido a nuestra Trinidad, pero ni el judaísmo ni el islamismo aceptan la Trinidad. Esta doctrina terminó por madurar en el Nuevo Testamento. La reveló Jesucristo, y sin esa revelación ninguna inteligencia humana hubiera llegado a la afirmación de este misterio. Es algo que debe interesarnos profundamente, pues se trata de la esencia de Dios, y de cómo el hombre ha sido creado a su imagen y semejanza.

Las tres personas divinas viven en intimidad y realizan una obra de amor entre sí y para con toda la creación. El Padre nos ama, el Hijo nos ama, y también el Espíritu Santo nos ama. Esto es algo que vitaliza profundamente nuestra vida. La vida del cristiano va marcada con el signo trinitario desde su entrada en la Iglesia, como hijo de Dios por medio del bautismo administrado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, hasta su última bendición con la invocación trinitaria al salir de este mundo al encuentro definitivo con Dios. Así pues, todo se nos da en el nombre de la Santísima Trinidad.

## Propio 1

Eclesiástico 15,11-20; Salmo 119,1-16; 1 Corintios 3,1-9; Mateo 5,21-24,27-30,33-37

"Si alguien me pudiera probar que la verdad no está en Cristo, todavía escogería a Cristo". Esta frase chocante del famoso escritor ruso Dostoiesky, nos invita a reflexionar.

En primer lugar, nos parece absurdo que la verdad no coincida con Cristo. Jesús nos mostró una vida tan extraordinaria, nos enseñó una doctrina tan sublime que siempre hemos de concluir que Jesús es la Verdad. Cualquier otra afirmación, cualquier otra verdad, que no se ajustara al modelo de Jesús se quedaría corta.

Al leer los evangelios, a veces, tropezamos con afirmaciones que nos cuesta creer que salieran de los labios de Jesús. Esto no debe extrañarnos, ya que los evangelios fueron escritos por discípulos de Jesús. Con frecuencia no recuerdan la palabra exacta, la frase correcta que pronunció Jesús, y ellos mismos confeccionan una frase que hacen que Jesús pronuncie. Otras veces hacen lo mismo transmitiéndonos sus propios sentimientos como si fueran los del mismo Jesús, por ejemplo, el enfado e incluso odio que sienten contra los mismos judíos por no haber aceptado a Jesús, como el mesías anunciado por los profetas. En todos estos casos sabemos que no fue Jesús sino los discípulos quienes se expresaban de esa manera.

Sin embargo, si en algo están todos los evangelistas de acuerdo es en la enseñanza de Jesús. Nos dicen que "el sábado entraba en la sinagoga a enseñar" (Mc 1,21), y que "recorría las aldeas del contorno enseñando" (Mc 6,6), y que también "enseñaba en el templo.." (Mc 12,35 y Jn 7,14). Y que "todo el pueblo admiraba su enseñanza" (Mc 11,18).

Además, enseñaba una "doctrina nueva, con autoridad" (Mc 1,22 y 1,27). Es decir, no repetía lo ya sabido, sino que se convertía a sí mismo en fuente de doctrina nueva y original. Por eso, todos se admiraban y se llenaban de asombro (Mc 1,22 y 1,27).

En el evangelio de hoy tenemos tres ejemplos de lo novedoso de la doctrina de Jesús. No sólo condena el asesinato, sino el enojo, el insulto y la violencia. No sólo condena el adulterio sino el deseo desordenado. No sólo condena el juramento, la maldición, sino todo lenguaje que tenga sonido de hipocresía.

Esa manera de hablar de Jesús, hoy nos parece exagerada por el castigo añadido. Efectivamente, al oír hablar del "fuego del infierno", nos vienen a la mente las imágenes dantescas que desde niños nos han inculcado. Sin embargo, Jesús no se refiere a ese infierno, que no existe, sino a una situación que los judíos conocían muy bien. La palabra original hebrea que Jesús usó era Gehimon y hacía referencia al desolador Valle de Hinnom, al sur de Jerusalén, donde la basura ardía sin cesar y donde en el pasado se habían ofrecido sacrificios humanos a los dioses canaanitas.

Así pues, Jesús lo que trataba de enseñar era lo siguiente: terminen con toda violencia y vivan siempre en armonía. Superen todo placer desordenado porque es pasajero y acarrea dolor. En su hablar sean sencillos y no se engañen. En una palabra, sean inocentes y sencillos como los niños.

Hay que admitir que a muchos esta doctrina les parecía muy difícil de cumplir, por ello, algunos dejaron de seguirlo. Sin embargo, sabemos que Dios no nos pide cosas imposibles, cosas que no podemos cumplir. Todo lo que nos pide los podemos cumplir si nos esforzamos. Así lo da a entender el libro del Eclesiástico, escrito hace más de dos mil años. Afirma que "al principio Dios creó al ser humano, y lo dejó a su propio albedrío. Si quiere, guardará los mandamientos, y permanecerá fiel a su voluntad" (Eclo 5,14-15).

La sabiduría divina es infinita. ¿Cómo podría imponer al ser humano mandatos que no pudiera cumplir? Si así fuera, toda la responsabilidad caería sobre el mismo Dios. Todo lo que Dios nos pide lo podemos cumplir. No será fácil. Costará cierto esfuerzo y trabajo. Mas sabemos que todo lo costoso tiene mucho más valor. La vida nos resulta todavía más difícil cuando nos dejamos dominar de la pereza.

Acudamos al sacramento de la Eucaristía todos los domingos para alimentarnos de la gracia divina. Acudamos para recobrar fuerzas y poder cumplir aquello que nos resulta arduo y dificultoso. Podemos estar seguros que Dios ayudará siempre al que lo invoca de todo corazón y no lo dejará abandonado.

## **Propio 2**

Levítico 19,1-2,9-18; Salmo 71; 1 Corintios 3,10-11,16-23; Mateo 5,38-48

Moisés recibió este mensaje de lo alto: "Habla a la asamblea de los hijos de Israel y diles: ' Seréis santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo' ".

Este mensaje quedaría grabado en la mente de todo israelita. En la historia del pueblo judío se dio siempre una tensión entre el cumplimiento y el incumplimiento de ese mensaje. Cuando la conducta del pueblo se alejaba de tan sublime mandado parece que las desgracias les sucedieran una tras otra. Cuando se esforzaban por ser perfectos mejoraba la situación.

Un mandato tan sublime da la sensación de que estuviera anticipando la vida divina aquí en la tierra. Creemos que si hay cielo, allá todos seremos santos, perfectos, y no se darán ninguna de las deficiencias e imperfecciones que experimentamos en esta vida. Así pues, cuando se nos insta a vivir una vida santa aquí en la tierra es como si se nos dijera: "Si son perfectos pueden vivir una vida divina y celestial, ya aquí en la tierra".

En este pasaje del Levítico nos llaman la atención algunos detalles de gran sensibilidad. Así, se le ordena al que tiene tierras y campos que no recoja todo el fruto y deje algo para el necesitado. Que deje grano, que deje uvas, que deje frutos, que deje vegetales, que deje hortalizas, para que el pobre, la viuda y el extranjero, cuando pasen por sus tierras puedan recoger algo y alimentarse. Si esos detalles se convierten en costumbre, el que recoge del fruto abandonado no está robando, sino que está siendo alimentado por la generosidad del donante.

También se ordena al que tiene industrias y trabajadores que les pague cuanto antes, para que no saque provecho del dinero que ya pertenece al obrero. ¡Cuántos negociantes no debieran cumplir hoy día con este mandado! Sabemos de negociantes que retienen el dinero del pobre durante días, sacando máximo provecho del dinero del prójimo. En realidad están robando a sus empleados.

Jesús eleva esta doctrina del Levítico a grados sublimes. Por instinto natural todo ser humano tiende a defenderse ante el agresor. Lo normal sería resistir al agresor sin inferirle ningún daño. Mas Jesús nos insta a algo más, a no ofrecer resistencia alguna, a mantenernos en una actitud pasiva. Es verdad que en ciertos casos, el agresor se verá confundido y avergonzado y cambiará de conducta ante una persona que no se defiende. En otros, como el mismo de Jesús, gente impía y ciega terminarán con el inocente e indefenso. Pero en definitiva, la doctrina extremada de Jesús es que los violentos pueden destruir el cuerpo pero no el alma.

El último y definitivo objetivo de Jesús es que los seres humanos optáramos por vivir en la tierra como se vivirá en el cielo. En la otra vida no se dará ninguna de esas inclinaciones desviadas que aquí experimentamos. En la otra vida seremos perfectos como Dios lo es y obraremos siempre el bien, como lo hace el Señor. Y el Señor del cielo y de la tierra, hace que el sol alumbre sobre buenos y malos, y manda lluvia sobre justos e injustos. De la misma manera debemos comportarnos nosotros.

Esta doctrina suena muy estridente a los oídos humanos, porque en esta vida siempre encontramos razonamientos apropiados a nuestros deseos terrenos. Y nos rodeamos de filósofos, de científicos, de sabios, que han sido aclamados por el género humano. En esta situación san Pablo nos sale al encuentro y nos amonesta: "La sabiduría de este mundo es locura a los ojos de Dios" (1 Cor 3,19) y según el salmista: "El Señor conoce cuán vanos son los pensamientos de los sabios" (1 Cor 3,20). Así lo podemos constatar todos cuando nos dejamos llevar de los consejos mundanos. Puede que tengan validez para una temporada pero no la tendrán para la eternidad.

En definitiva, para nosotros es mucho más aconsejado que sigamos siempre la enseñanza de Jesús, pues como dijo Pedro, "¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna" (Jn 6,70).

### **Propio 3**

Isaías 49,8-18; Salmo 62; 1 Corintios 4,1-5(6-7)8-13; Mateo 6,24-34

El profeta Isaías siempre nos sorprende con su bello estilo literario y con una doctrina sublime. Hoy nos transmite el mensaje del Señor de esta manera: "¿Es que puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo no me olvidaré?" (Is 49,14-15).

Ante ese interrogante divino, uno no puede menos de asentir, "no, una madre no puede olvidarse de su hijo". Pero el Señor quiere ir más allá para asegurarnos de su continua protección y nos asegura: en caso de que una madre se olvidara "yo -tu Dios- nunca me olvidaré de ti". Con esta afirmación ya nuestro ánimo puede descansar y reposar sobre verdes prados al lado de manantiales de agua fresca.

Aquellas personas que tienen una fe profunda así lo han entendido y vivido. Han puesto toda su confianza en Dios y viven tranquilas, nada temen. Saben que Dios es para ellas, "roca y salvación, fortaleza y refugio" (Sal 62,7-8).

Pero, la mayoría de los seres humanos, que tenemos que bregar en el mundo, con frecuencia, nos olvidamos de tan bello mensaje. Nos olvidamos de que Dios está siempre a nuestro lado para protegernos, y nos entregamos a otro señor. Nos hacemos esclavos de una sabiduría humana. Esa sabiduría nos empuja a trabajar como esclavos para triunfar. Nos empuja a subir la escalera de la fama y del poder, y si no lo haces "no eres nadie", dicen.

¡Cuan diferentes nos sentíamos cuando de niños vivíamos tranquilos en nuestros pueblos de origen, o en nuestros barrios, jugando sin pensar en el mañana o en la fama! Entonces éramos felices, aunque no tuviéramos nada.

Ahora, muchos, sin ser ricos, hemos superado la pobreza; ahora, casi tenemos de todo; comparados con gentes del tercer mundo, somos ricos. Y sin embargo no somos felices. Y no lo somos porque hemos caído en la esclavitud de servir al dinero. Y servimos al dinero por dos razones, primero porque queremos estar seguros de no volver a caer en la pobreza, y segundo, porque nos gustaría poseer tanto como el más rico.

A esas dos razones nos sale Jesús al encuentro y nos dice que confiemos en Dios. Nos aconseja: "No estéis agobiados por la vida, pensando qué vais a comer o beber, ni por el cuerpo, pensando con qué os vais a vestir. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido" (Mt 6,25). Podríamos responder a Jesús, "ya, pero si no comemos no vamos a tener vida, vamos a morir". Y Jesús nos puede preguntar: "¿cuándo te faltó el alimento? ¿No estás vivo?" Por otra parte, aunque muriéramos, Jesús nos asegura que siempre tendremos vida en él. Una vida mucho más valedera y profunda que la de aquí abajo.

Dios nos ofrece seguridad y también más felicidad poseyendo menos. Jesús así lo practicó durante su vida. Sus discípulos siguieron el ejemplo. San Pablo cuenta cómo por Jesús fue tenido por tonto y débil, fue despreciado y pasó hambre, tuvo sed y careció de ropa; sufrió persecuciones y maltrato, fue tratado como basura del mundo y desprecio de la humanidad. Y todo eso ¿por qué? Porque comprendió muy bien que hay bienes superiores. Los bienes con que seremos recompensados en la otra vida.

Los santos que practicaron esa doctrina de desprendimiento también hablaron del desprecio de todas las cosas materiales y de todos los honores del mundo. Y no es que entendieran que las cosas creadas por Dios fueran malas. No, lo que entendían es que comparadas con Dios, no son nada, son como polvo que se las lleva el viento. Un día son y otro no. Mas Dios vivirá para siempre y nos colmará de felicidad.

De ahí que el salmista nos invite a descansar sólo en Dios, porque "en Dios está nuestra salvación y nuestra gloria". "Confíen siempre en él, oh pueblos; desahoguen delante de él su corazón, porque Dios es nuestro refugio" (Sal 62,8-9). No nos olvidemos, Dios es nuestra madre y nunca se olvidará de nosotros.

## Propio 4

Deuteronomio 11,18-21,26-28; Salmo 31,1-5,19-24; Romanos 3, 21-25a,28; Mateo 7,21-27

Las lecturas de hoy presentan una tensión entre fe y obras. Mientras San Pablo dogmatiza: "Así pues, llegamos a esta conclusión: que Dios declara libre de culpa al hombre por la fe sin exigirle cumplir con la ley". Jesús en el evangelio afirma: "No todos los que dicen: 'Señor, Señor', entrarán en el reino de Dios, sino solamente los que hacen la voluntad de mi Padre celestial". ¿Cómo podremos reconciliar esta aparente contradicción?

Para entender mejor la afirmación de san Pablo hay que colocarla en su contexto. La Carta a los Romanos se inicia con un tono polémico y enfadado. En los dos primeros capítulos se critica a los paganos, que pudiendo haber conocido al verdadero Dios, a través de la creación, no lo hicieron. San Pablo los condena con esta frase: "no tienen excusa" (Rom 1,20).

Después de criticar a los paganos, san Pablo dirige su ira contra sus hermanos los judíos. Si a los paganos los trató en tercera persona, a los judíos, como hermanos, como compatriotas, los trata de una forma más familiar, usando el "tú". De nuevo, hay que anotar que el tono es de controversia y diatriba. Finge un rival cuyas objeciones se citan y refutan. Sin preámbulo alguno, se inicia el capítulo segundo condenando a los judíos de esta manera: "Si los paganos 'no tienen excusa' mucho menos la tienes tú, oh judío, que juzgas y condenas a otros, pero no cumples lo que predicas". San Pablo está condenando abiertamente la hipocresía: "Tú, (judío) que enseñas a otros, ¿no te enseñas a ti? Tú, que predicas que no se robe, ¿robas? Tú, que prohíbes el adulterio, ¿lo cometes? Tú que aborreces los ídolos ¿saqueas los templos? Pones tu orgullo en la ley, ¿y deshonras a Dios quebrantando la ley?" (Rom 2,21-23).

Ahora san Pablo se encuentra en el momento oportuno para dar el paso a la fe, mas no una fe genérica, sino una fe de entrega total a Cristo. Una fe que no se satisface con clamar: "¡Señor, Señor!", sino una fe activa manifestada en las obras. Así escribirá a los gálatas: "Lo que cuenta es una fe activa por el amor" (Gal 5,6). A los colosenses les dice: "Revestíos de verdadera compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia (...) y sobre todo revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección" (Col 3,12-14).

El amor, verdaderamente es el vínculo de la perfección. Así lo dio a entender Jesús en múltiples ocasiones. Y antes de retornar al cielo, en el mensaje de despedida a sus discípulos, se lo dijo bien claro: "Si me amáis, guardaréis mis mandamientos" (Jn 14,15) Y, "el que ha recibido mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama; y el que me ame, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él" (Jn 14,21).

No se trata, de realidades o conceptos aislados. Es decir, no se trata de decir, ¡Señor, Señor!, y luego no cumplir los mandamientos. No se trata de profesar fe en Cristo y luego no seguir sus enseñanzas. Esto suena a hipocresía. El amor que no pasa de los labios, el amor que no se manifiesta en obras, no es auténtico amor. Hay galanes y donjuanes que dicen muchas palabras bonitas a las mujeres, más no las aman con todo el corazón, con toda el alma, con todo el espíritu, con todo el ser, hasta dar la vida por ellas, hacer eso sería auténtico amor.

Crear en Dios, creer en Jesucristo, con fe auténtica, y no manifestarlo en las obras, es una fe hueca. La fe verdadera implica una entrega total de toda nuestra vida, implica un amor de holocausto.

En el evangelio de hoy, Jesús precisamente condena a los falsos profetas, mensajeros y predicadores que, con mucho ardor, "hablaron en nombre de Jesús" pero cuyas vidas eran huecas e hipócritas. Todos ellos oirán, u oiremos, esas tremendas palabras: "¡Aléjense de mí, malhechores!".

Si nos preguntamos, ¿quién nos salva, la fe o las obras? La respuesta es sencilla, nos salva Dios, porque le amamos y lo manifestamos en nuestra vida.

## **Propio 5**

Oseas 5, 15--6,6; Salmo 50,7-15; Romanos 4,13-18; Mateo 9,9-13

En el evangelio de hoy Jesús actúa de una manera inusitada. ¿Cómo puede un maestro de la Ley comer con pecadores y cobradores de impuestos? Efectivamente, en tiempos de Jesús existía una división clara entre justos y pecadores. Justos eran los consagrados al servicio del templo y de la Ley, los demás eran marginados; justos eran los que no se mezclaban con otras razas, si lo hacían eran considerados impuros. Así mucha gente sencilla era excluida del círculo de los elegidos. Vivían sin esperanza, por eso, cuando Jesús se acerca a ellos, y les ofrece una posibilidad de salvación, lo siguen y aclaman como Mesías.

¿Por qué eran tan mal vistos los recaudadores de impuestos? El judío de entonces, en su mayoría agricultor, se veía sofocado económicamente por una serie de impuestos, que en más de una ocasión, los conducía a la ruina. Por una parte tenían el diezmo divino exigido por la Ley. Los diezmos exigidos bajo diferentes conceptos podían ascender a más de un 21 por ciento al año. Sobre esto se añadían los impuestos romanos, un uno por ciento añadido al valor de la tierra poseída y un doce y medio por ciento sobre las cosechas, y otros peajes y tributos. Unidos ambos sistemas de impuesto podían ascender hasta el 35 por ciento. Esto era algo excesivo para los agricultores, en su mayoría pobres.

Roma vendía el derecho de recolectar los impuestos a ciertos "labradores de impuestos" que pagaban una cantidad fija. Estos, a su vez, contrataban a otros "labradores colectores". La ganancia de unos y otros dependía del porcentaje que ellos mismos pudieran añadir al sistema exigido por Roma. Por eso, no era extraño que todo el mundo odiase a esta clase de cobradores a quienes se sospechaba de explotar al pueblo además de colaborar con el enemigo romano.

Era una situación de verdadera desesperación. El pueblo no podía escaparse de pagar el impuesto a Roma, de lo contrario perdía las tierras. De hecho frecuentemente las perdían por no pagarlo, así se creaba una clase numerosa de desempleados que terminaba robando y pidiendo como necesitados. Ahora bien, ¿podrían escaparse de pagar el impuesto demandado por la Ley divina? Este era el dilema de mucha gente, humilde y pobre. Si eran fieles a la Ley y lo pagaban, se arruinaban. Algunos podían salvar sus tierras no pagando los diezmos requeridos, convirtiéndose así en judíos no observantes, con serios problemas religiosos, y marginados por la elite de los justos. Los fariseos exigían que los diezmos se pagaran. Un justo no podía comer frutos no diezmos. Había que dar a Dios lo que es de Dios. Ante tal situación los fariseos castigaban al labrador de una manera impía, con el ostracismo religioso, es decir, considerando a la gente como pagana. Los fariseos, no se asociaban con los labradores que no cumplían con la Ley, ni comían con ellos.

Ahora podemos entender lo revolucionario de la conducta de Jesús. Si Jesús era un profeta, como se decía, ¿cómo podía comer con gente que no observaba la Ley? ¿Cómo podía comer con cobradores de impuestos, estafadores y traidores? ¿Cómo podía comer con gente de mala fama? Verdaderamente esto tenía que ser algo muy chocante en aquel ambiente cultural religioso.

Mas he aquí la novedad del mensaje de Jesús. ¿Cómo se puede cambiar la conducta de un "pecador"? ¿Aplastándolo más, condenándolo, rechazándolo, o reconociendo su situación, abrazándolo y ofreciéndole orientación? Los fariseos habían endurecido el corazón con el frío y rutinario cumplimiento de leyes y preceptos secundarios. Jesús les recuerda el mensaje dado por los profetas, y al parecer, olvidado. Aprendan lo que dice la Escritura: "Lo que quiero es que sean compasivos, y no que ofrezcan sacrificios" (Os 6,6).

De esta manera, Jesús aparece como el Dios que ama, que se compadece, que es misericordioso, que tiene paciencia. Ha venido a llamar no a los buenos, sino a los pecadores, no a los sanos, que no necesitan su ayuda, sino a los enfermos, débiles y necesitados.

Jesús nos invita a ser misericordiosos, a no juzgar, a no condenar a nadie. ¿Cómo podremos nosotros apuntar con el dedo al hermano y acusarlo de pecador? Sólo Dios sabe lo que sucede en el corazón del ser humano. Podemos creer que aquella cuadrilla de pecadores, sentados con Jesús a la mesa quedó convertida por las palabras divinas de Jesús y sobre todo por su corazón tan compasivo.

## **Propio 6**

Exodo 19,2-8a; Salmo 100; Romanos 5,6-11; Mateo 9,35--10,8(9-15)

Jesús desplegaba una actividad infatigable. El primer versículo de este evangelio da la sensación de que Jesús viviera en nuestros días donde uno no tiene tiempo ni para contemplar la belleza de la naturaleza. Jesús no actuaba de esta manera. Era un contemplativo que admiraba la creación realizada por su Padre al principio del tiempo, hace millones de años.

Lo que sucede es que Mateo nos da una apretada síntesis del trabajo de Jesús. Recorría pueblos y aldeas y en cada uno de ellos enseñaba en las sinagogas, explicando las Escrituras. Jesús también predicaba al aire libre, en la montaña, en el lago, por todas partes. Y siempre usaba el mismo tema: El reino de Dios. Toda la gente andaba intrigada por esa expresión del "reino de Dios". Y le preguntaban, ¿cuándo se va a hacer visible el reino de Dios? La gente veía la majestuosa y terrorífica presencia de los ejércitos romanos que imponían respeto y terror dondequiera que iban. Las huestes romanas se encontraban por todas partes. Y el pueblo judío estaba cansado ya del yugo romano. ¿Cuándo, pues, va a llegar el reino de Dios, que nos libre del yugo romano? A Jesús le costó mucho convencer a la gente que el reinado divino era de diferente naturaleza. El reino de Dios no es visible al modo del poder romano. El reino de Dios está en todo aquel que cumple la voluntad del Padre celestial, así como el terror estaba, -y está- en todo aquel que se asociaba al poder del mal.

Además de predicar y enseñar, Jesús curaba toda clase de enfermedades y dolencias. Tal era el éxito de Jesús que la gente lo seguía en gran número. Y esto acrecentaba su trabajo y su compasión por ellos. Al ver a la muchedumbre, conmovido, sentía compasión de ella, porque se encontraban como ovejas sin pastor. Se hace eco aquí Jesús de las palabras de Jeremías, cuando critica a los pastores indiferentes y descuidados que dispersan y extravían a las ovejas del rebaño. "Yo mismo reuniré el resto de mis ovejas en todos los países...las volveré a traer a sus pastos, para que crezcan y se multipliquen", dice el oráculo del Señor (Jr 23,1-3). También recurre Jesús a la imagen del segador: "La mies es abundante, los braceros son pocos. Rogad al amo de la mies que envíe braceros a su mies" (Mt 9,37). Jesús se apiada de la gente y pone remedio. El salmo 126 prevé esta bondad de Jesús y en él se exclama: "El señor ha estado grande con nosotros, y celebramos fiesta...Los que siembran con lágrimas cosechan con júbilo. Al ir iban llorando llevando la bolsa de semilla; al volver vuelven cantando llevando sus gavillas" (Sal 126). Esta ha sido la realidad de siempre, unos plantan y otros recogen la cosecha.

Para que el mayor número de personas se beneficie de la misericordia mostrada por Jesús, elige a doce de sus discípulos y los envía como portadores de su mensaje, con los mismos poderes que él tiene para curar enfermos y expulsar demonios. No los llama "pastores", sino "trabajadores de la mies", que Dios hace germinar por la palabra. Efectivamente, no hay más que un solo pastor, Cristo, que murió por las gentes, abatidas por el pecado. Él es el que salva de la cólera divina, el que justifica y reconcilia con el Padre, y conduce de nuevo a la vida, según nos enseña san Pablo en la carta a los romanos.

A nosotros los cristianos nos cabe la misma responsabilidad. ¿Cómo podremos continuar el mensaje traído por Jesús? ¿Cómo podremos ser testigos y mensajeros de la Buena Nueva que se traduce en compasión por todo el mundo? Este amor compasivo de Dios, que llamamos "misericordia" debe impulsarnos constantemente a tomar iniciativas cada vez más audaces para establecer definitivamente el reino de Dios en la tierra.

## Propio 7

Jeremías 20,7-13; Salmo 69,1-18; Romanos 5,15b-19; Mateo 10,(16-23)24-33

La lectura del profeta Jeremías nos llama la atención por su desconcertante sinceridad. En su obra profética inserta una serie de cinco confesiones que nos ayudan a conocerle mejor. La confesión de hoy es la última de las mismas. Comparado con el clasicismo del profeta Isaías, Jeremías nos aparece como un lírico y romántico. Se enfrenta al rey y a sus consejeros. Su predicación resulta antipática y sus consignas impopulares. En su actuación va fracasando paso a paso, hasta desaparecer en tierra ajena. Esa es su situación existencial.

A Jeremías le han podido sus rivales, el Señor lo ha abandonado, su misión ha sido un fracaso, su vocación un engaño o seducción; más valía no haber nacido. Así es como se siente Jeremías en su interior. Así es como pensamos nosotros mismos cuando nos dejamos dominar por el desánimo y el pesimismo.

Será conveniente recordar los tres primeros versos, que son en realidad una oración de denuncia, dirigida a su Dios: "Me engañaste, Señor, y me dejé engañar; me forzaste, me violaste. Era el hazmerreír todo el día, todos se burlaban de mí. Siempre que hablo es para anunciar violencia y destrucción. La palabra del Señor se me volvió escarnio y burla constantes. Si digo: 'No me acordaré de él, no hablaré más en su nombre'. Entonces tu palabra en mi interior se convierte en un fuego que me devora, que me cala hasta los huesos. Trato de contenerla, pero no puedo. Oigo que la gente cuchichea: '¡Hay terror por todas partes!' Dicen: '¡Vengan, vamos a acusarlo!' Aún mis amigos esperan que yo dé un paso en falso. Dicen: 'Quizás se deje engañar; entonces lo venceremos y nos vengaremos de él'" (Jr 20,7-13).

Esta es una bella, sincera y desgarradora confesión de queja contra el Señor. Jeremías está cansado de su misión. Está cansado de denunciar el mal, la injusticia, y de no lograr aparente progreso. Hasta sus mismos amigos le están traicionando.

Ejemplos como el de Jeremías hay pocos. Son los santos, líderes, héroes y profetas que han jalonado la historia con sus elocuentes denuncias y hasta con el precio de sus vidas. En el último momento, la inmensa mayoría de la gente, cobardemente, se cobija en la comodidad y seguridad. Sólo los auténticos profetas, siguen adelante, solos, hasta morir mártires.

Jeremías no se deja vencer por el desánimo ni el pesimismo, porque sabe que el Señor no lo abandonará. El Señor está con él.

Como todos los profetas, Jesús también estuvo expuesto a la contradicción de su pueblo, y a menudo, incluso a la incompreensión de sus discípulos más próximos. Se le llegó a tratar hasta como emisario de Satanás (Mt 12,24). Experimentó cómo crecía en torno a él el odio que lo conduciría a la muerte. Cuando en Getsemaní, en el momento de afrontarla, tuvo la tentación de echarse atrás, se abandonó totalmente en manos de su Padre. Gracias a su fidelidad como enviado de Dios y a su total obediencia, los seres humanos hemos recibido el don de la vida eterna.

Jesús confió a los discípulos el evangelio para que lo anunciaran a todo el mundo. Ahora nos toca a nosotros. ¿Podremos predicar un evangelio que no resulte molesto? Con frecuencia así se hace. El sermón de los domingos, a veces, resulta ser una sarta de chistes, de anécdotas y de bonitas historias. El sermón de los domingos debe ser más comprometedor y denunciante para que salgamos de la misa molestos, pero reflexionando y dispuestos a cambiar de vida.

Jesús nos exige proclamar su enseñanza desde las "azoteas de las casas" para que todo el mundo la pueda oír. Hoy debemos proclamarla en la radio, en la televisión, en la prensa, en Internet, para que el mensaje de Dios llegue hasta los confines de la tierra.

Y no debemos tener miedo a nadie. Lo importante es cumplir con el mandamiento de Jesús. En él tenemos el mejor defensor ante el Padre. Pero si, por cobardía, no predicamos su mensaje, él nos negará ante el Padre.

Estemos, pues alegres, y digamos con Jeremías: "¡Canten al Señor, alaben al Señor!, pues él salva al afligido del poder de los malvados" (Jr 20,13).

## **Propio 8**

Isaías 2,10-17; Salmo 89,1-4,15-18; Romanos 6,3-11; Mateo 10,34-42

El final del capítulo décimo del Evangelio según san Mateo, titulado generalmente Discurso apostólico o Discurso de la misión, ase dirige en primer lugar a los enviados del Señor, pero también afecta a todos los discípulos. En él Jesús da instrucciones específicas sobre cómo deben actuar, comportarse y vivir sus verdaderos discípulos.

Vamos a centrar nuestra reflexión en el versículo que dice: "El que trata de salvar su vida, la perderá, pero el que pierda su vida por causa mía, la salvará" (Mt 10,39).

Para mucha gente, en el mundo entero, Estados Unidos aparece como el país de la oportunidad. Algunos creen que éste es el paraíso donde se puede gozar definitivamente de la vida. De tal manera es cierto esto que si se abrieran las fronteras pronto se duplicaría la población de la nación. Muchos de los que oyen este sermón pertenecerán a esa categoría, es decir, serán inmigrantes. Han venido para encontrar una vida económica y tranquila de que no gozaban en sus pueblos de origen. Llegan aquí y lo primero que descubren es que hay que afrontar un sin fin de dificultades, legales, lingüísticas, sociales y culturales, pero siguen luchando y poco a poco van progresando. En cierto modo están logrando el objetivo por el que vinieron. Y llega un momento que tienen de todo, seguridad y un cúmulo grande de bienes materiales. Definitivamente, han encontrado su vida, o, como dice el evangelio, han salvado su vida. Han superado la pobreza y la miseria, ahora tienen una vida con toda clase de seguros. Sin embargo, ¡cosa misteriosa!, para muchos es ahora cuando se inicia la verdadera tragedia.

Los que han encontrado la vida en esta sociedad, puede que hayan caído víctimas del materialismo y consumismo. En medio de la abundancia no son felices. Si no tienen cuidado la familia se desmorona. Los padres trabajan muchas horas. Los hijos carecen de supervisión adecuada, puede que caigan en las drogas, en el sexo fácil, y en otros peligros de pandillas. Las mismas cosas que tienen no les proporcionan felicidad. Sin darse cuenta, esa meta que creían haber logrado la están perdiendo. Están perdiendo su propia vida.

Esta problemática está muy bien descrita en la película americana El gran Gatsby inspirada en la novela de F. Scott Fitzgerald, The Great Gatsby. Tanto en la novela como en la película se describe cómo un joven se enamora de una muchacha rica, pero no puede casarse con ella por pertenecer a diferente clase social. El joven se propone, por todos los medios, llegar a ser rico y así lograr el amor de su corazón. Llega a ser rico, a veces usando medios no éticos. Ahora es más rico que la muchacha, pero ésta está casada. No le importa. Ambos creen que todavía están enamorados. Mas la vida de todos los personajes de la novela se complica por el aburrimiento de la vida. De tal manera gozan de todo placer y de todo bien material que se aburren constantemente, a pesar de todas las fiestas y diversiones que ofrece el gran Gatsby. Varios personajes morirán trágicamente.

La crítica que normalmente se hace a los personajes de esa novela es que han confundido el "sueño americano" con el materialismo. Han olvidado el factor espiritual de la vida. Así cobran sentido las palabras de Jesús. El que quiera buscar su vida solamente en los bienes creados la perderá. Hemos de incluir la dimensión espiritual. No sólo eso, hemos de invertir nuestros objetivos y colocar siempre a Dios primero. Sólo Dios dará sentido a nuestras vidas. Sólo Dios podrá colmar nuestro deseo de felicidad.

Así podemos comprender también las palabras fuertes de Jesús sobre preferencias de amor entre Dios y familiares. Naturalmente, Dios quiere que amemos a nuestros padres, hijos, y demás familiares, pero, lo que Dios no quiere es que ninguna criatura, familiar o no familiar, se convierta en un impedimento para amar a Dios sobre todas las cosas y de todo corazón y con toda el alma.

Queridos hermanos y hermanas, nosotros que nos acercamos al templo domingo tras domingo, pensemos y reflexionemos siempre en la palabra de Dios, llena de sabiduría. Orientemos nuestras vidas hacia el polo divino.

## **Propio 9**

Zacarías 9,9-12; Salmo 145,8-14; Romanos 7,21--8, 6; Mateo 11,25-30

Las lecturas de hoy hacen resonar en nosotros la palabra "mandamientos". A veces, ese sonido evoca sacrificio. ¡Qué difícil es guardar todos los mandamientos! Siempre habrá más de un mandamiento que nos es difícil cumplir, con la consecuente carga de angustia y culpabilidad. Las palabras del apóstol san Pablo son la descripción de esta experiencia: "Me doy cuenta de que, aun queriendo hacer el bien, solamente encuentro el mal a mi alcance" (Rom 7,21). La imperfección humana y lo difícil de ser totalmente correctos nos agobian.

Sin embargo, las lecturas también hablan de un llamado a reconocer la presencia del Señor en nuestras vidas, en nuestros prójimos y en nuestro entorno ambiental. Más allá de las imperfecciones humanas, la presencia divina se evidencia en su compasión y en invitarnos al descanso de las fatigas de nuestra vida. Dios es consciente de que nuestra vida esta plagada de obras buenas y malas, y de que las malas o pecaminosas nos debilitan. Nos entristece el no cumplir todas las leyes del Señor.

Es precisamente en este momento donde vemos la poderosa intervención de Dios para ayudarnos a superar toda debilidad. La autoridad divina no se basa en la ostentación de su majestad, o en su "mano dura" con nosotros, sino en su paciencia y perdón para ofrecernos calma y tranquilidad. ¡Qué liberadora es la comprensión de Dios!

Nada de esto hubiera sido posible si Dios no hubiera decidido vivir en Cristo como los seres humanos para participar de la condición humana. Es en Jesús donde encontramos el camino a Dios y hacia una vida mejor. El evangelio es el regalo de Dios para una vida plena. Como dice san Pablo, la Ley de Moisés no fue invalidada por Cristo sino cumplida y complementada. El joven rico la resumió en dos acciones: amar a Dios con todo el corazón y toda la mente, y amar al prójimo como a uno mismo. De esto se trata al llevar su yugo. El yugo es un instrumento que se usa para mantener sujetos al arado a animales de carga para realizar la siembra u otras tareas agrícolas. Es un instrumento para el trabajo. Pero también servía para transportar cargas equilibradas.

Siempre habrá leyes que tenemos que cumplir, y muchas veces esas leyes, ya sea en la sociedad, en la Iglesia, o en el trabajo, nos resultarán difíciles. La ética cristiana nos invita a respetarlas. La obra de Cristo nos libera de toda carga excesiva, cada uno recibe sólo lo que puede llevar responsablemente para dar buen fruto. El yugo del Señor no es una serie de requisitos a cumplir, y con los cuales uno podría hacer cálculos de qué porcentaje se cumple a fin de ser considerado perfecto. El evangelio es un llamado a una vida de servicio cuyas acciones deben ser buenas y amorosas, pero que, a veces, nos quedan imperfectas.

Se nos invita a vivir una vida diferente. Nuestro Señor sabe que somos imperfectos. Por eso ha decidido revelarnos el Evangelio para que podamos llegar a tener una vida abundante. El objetivo divino no es el de cargarnos de culpa por no ser perfectos, sino el de invitarnos a servir a otros que tienen las mismas dificultades que nosotros. En los demás nos reconocemos a nosotros mismos.

Los mandamientos del evangelio no son un conjunto de formalismos a cumplir, sino una entrega de amor hacia el mundo, realizada por Cristo de una manera perfecta. Cristo, por su mismo amor, resucitó conquistando la muerte y liberándonos para la vida eterna. Dios nos invita a seguir el ejemplo de Jesús diariamente. Sólo así nuestras vidas quedarán libres de los formalismos de este mundo y se convertirán en instrumentos útiles en sus manos. Sólo así podremos aceptar el yugo del Señor y ser colaboradores de su reino. El resultado de esto es que muchos podrán venir al encuentro de este Dios de la vida para encontrar reposo y felicidad. En nuestras manos está la responsabilidad de que esto se realice en toda persona, con la colaboración y ayuda del Espíritu Santo.

Aceptemos pues el yugo del Señor. Demos gracias por nuestras vidas, que son perfectas pero que buscan el amor de Dios; amor que no queda estancado en nosotros sino que se difunde por todo este mundo que busca "descanso". Que así sea con la ayuda del Espíritu Santo.

## **Propio 10**

Isaías 55, 1-5,10-13; Salmo 65,9-14; Romanos 8,9-17; Mateo 13,1-9,18-23

El evangelio nos deleita comparando el mensaje del reino de Dios a una semilla. Se ha llamado a esta parábola, "la parábola del sembrador", aunque en realidad el título más apropiado sería "la parábola de la semilla" ya que la semilla, o palabra de Dios, es el sujeto de esta historia.

Era común en las enseñanzas de Jesús el usar imágenes agrarias. Jesús tomaba en cuenta la vida cotidiana de su público, no hacia largos discursos filosóficos, sino que relacionaba la fe con la experiencia diaria de la gente. En este caso, utiliza la imagen de la siembra. Jesús está pronunciando esta enseñanza a orillas del Lago de Galilea. Esto puede parecer incoherente, excepto si tenemos en cuenta que los alrededores del lago eran ricos en vegetación y tierras de cultivo. La imagen del sembrador, pues, no les era extraña a los oyentes de Jesús.

La imagen de la semilla es muy apropiada tanto para hablar del reino de Dios como de la tarea de Jesús: la semilla está destinada a morir para germinar y producir nueva vida y abundante fruto. Si bien la muerte de Jesús en la cruz fue consecuencia de una predicación condenadora de un sistema político y económico que mantenía a miles de personas en la extrema pobreza, tras su muerte tuvo lugar el hecho inusitado de la resurrección. Tuvo lugar el triunfo de la vida sobre la muerte. Así, Jesús es el modelo del Reino, y de la semilla: morir para resucitar.

En la parábola se refiere a distintos tipos de público: aquellos que escuchan el mensaje y no lo entienden; aquellos que, tras pruebas y dificultades, pierden la fe por no tener sólido fundamento religioso; aquellos que oyen el mensaje pero no pueden aceptarlo porque están inmersos en los negocios de "este mundo"; y aquellos que oyen el mensaje, lo entienden y dan fruto, como la semilla. Jesús no condena a ninguno de estos públicos, sólo muestra cuán distintas son las reacciones frente al mensaje del Reino, quizás por tratarse de un mensaje radical de justicia, amor y perdón, en un mundo donde escaseaban esos valores. Jesús no se contentaba con una decisión mediocre sino que esperaba una vida comprometida para el reino de Dios. Muchos tomaron este mensaje muy en serio y se convirtieron en discípulos y discípulas suyos. También había mujeres que seguían a Jesús como discípulas.

Tras la proclamación de Jesús, nosotros, como discípulos suyos, tenemos una obligación en esta tarea divina: invitar a otros a formar parte del Reino. Se trata de una invitación, jamás de una imposición. Es una acción gratuita para que tengamos vida. Esto produce frutos en nosotros: vida, gozo y alegría.

La imagen de la creación entera regocijándose ante la noticia del Reino es increíblemente apropiada, pues el propósito divino es la restauración de toda la creación, especialmente del género humano. El Reino es resurrección, ya que la germinación de la semilla es su muerte y resurrección. Es nueva vida, es Dios trabajando como el artesano en el barro para producir artefactos útiles en sus manos. Así, nosotros estamos destinados a ser continuadores de la obra de Jesús, proclamando el mensaje del Reino y sembrando la palabra de Dios que germinará para la vida eterna. Lo debemos hacer con el ejemplo de palabras y obras. En esto, según san Pablo, somos guiados por el Espíritu a vivir una vida diferente.

Hermanas y hermanos, dejemos que Dios cada día haga germinar en nosotros el mensaje del Reino. Permitamos que nuestras vidas sean terreno cultivable para la vida eterna. Salgamos, luego, al mundo a proclamar este mensaje divino a un mundo que tanto lo necesita. ¿Qué imágenes debemos presentar para que el reino de Dios esté en conexión con la vida cotidiana? Sólo el Espíritu puede guiarnos en esto.

Hagamos todo lo posible para que la semilla caiga en buena tierra. Entonces cosecharemos fruto para el Señor, y la creación entera se alegrará. Así, como dice Isaías, "los montes y las colinas estallarán en cantos de alegría y todos los árboles del campo aplaudirán. En vez de zarzas crecerán espinos, en vez de ortigas crecerán arrayanes; eso lo hará glorioso el nombre del Señor; será una señal eterna, indestructible" (Is 55,12b-13). Que así sea.

## **Propio 11**

Sabiduría 12,13,16-19; Salmo 86,11-17; Romanos 8,18-25; Mateo 13,24-30,36-43

Liberación. Esa es la palabra que resuena en la lectura de la epístola de san Pablo a los Romanos. En nuestro mundo, "liberación" es un término sumamente descalificado. En las Escrituras mantiene el sentido del proyecto de Dios para toda su creación: liberación, liberar, libertad... ¡Cuán apropiada era esa palabra para una comunidad cristiana como la de Roma en la capital del Imperio! Esa comunidad era testigo de cómo el Imperio romano tomaba tierras y productos del mundo antiguo para su propio beneficio. También era testigo de los muchos inmigrantes que llegaban a la ciudad en busca de nuevas oportunidades, al ver cómo sus tierras y sus familias "gemían por ser liberadas" de tal opresión.

San Pablo era consciente de que esa situación no era sólo económica o política, sino también espiritual, es decir, la relaciona con el propósito de la existencia. Para alguien en tiempos de san Pablo, la promesa de liberación era una esperanza para seguir viviendo en medio de la desolación. San Pablo nota que los lectores de su epístola "sufren profundamente", por lo cual escribe esa carta de consolación. La carta fue escrita en el año 56 de nuestra era, cuando el edicto del emperador Claudio obligaba a muchos judíos a salir de Roma. Los cristianos que permanecieron en la ciudad, aún no diferenciados del judaísmo, no eran bien vistos por los romanos, tanto por su condición religiosa (sobre todo la de no adorar a los dioses romanos), como por su condición social (muchos eran esclavos o artesanos pobres). Pablo les habla de esperanza y de "liberación": "la gloriosa libertad de los hijos e hijas de Dios" (Rom 8,21b).

San Pablo también es consciente de que toda la tierra está a la espera de una liberación. La imagen del parto es una imagen apropiada. A pesar de los dolores, la dicha de la nueva vida que llega a este mundo, borra el momento doloroso en toda madre. El amor supera al dolor ante la dicha de tener al bebé en los brazos. Así también, la creación espera dar a luz una vida nueva cuya única garantía es Cristo a través de su resurrección. Hoy también vivimos en un mundo necesitado de una liberación como sucedía en tiempo de Pablo. En lo político, en lo económico, en lo social, en lo ecológico, incluso en nuestra condición humana, oímos el "gemido" de toda la creación. Necesitamos que Dios cambie las estructuras existentes para que la humanidad pueda seguir existiendo. Nosotros podemos proclamar la esperanza de que Jesús es el camino hacia una vida liberada, más humana y solidaria. Debemos proclamar este mensaje a todo el mundo.

La promesa de Dios en Cristo en el poder del Espíritu es algo que se hace realidad en medio nuestro pero de manera parcial. El reino de Dios ya está entre nosotros pero todavía no ha sido manifestado totalmente. El Espíritu nos ha sido dado como adelanto, dice san Pablo, para tener fuerzas hasta el momento en que seamos totalmente liberados junto con toda la creación. En Jesús podemos soñar con una sociedad justa, que usa adecuadamente de los recursos de la creación. Podemos soñar con familias unidas, con jóvenes que esperan un porvenir glorioso y pacífico, con ancianos que son respetados por sus hijos y nietos. Es posible soñar con esto como una promesa de que Dios nos va a liberar de una realidad todavía encadenada. Pero, nunca podrá ser esperanza en otros si callamos, si no salimos al encuentro del prójimo y le anunciamos el mensaje de divino.

Por último, hermanas y hermanos, la continuidad de esta esperanza depende de nuestra constancia (Rom 8,25), que implica vivir y actuar en comunidad. Sólo como comunidad que celebra el misterio de la Eucaristía, que proclama el mensaje del evangelio, que se apoya mutuamente en oración, que persevera en la enseñanza de los apóstoles y en la meditación de las Escrituras, tal como lo relatan los Hechos (Hch 2,42-47), podremos ofrecer juntos una esperanza a otros. Es en la comunidad donde la fuerza se reproduce y nos anima a asumir la vida cotidiana de una manera evangélica. Caminemos, sintiendo, trabajando y viviendo la esperanza de "la gloriosa libertad de los hijos e hijas de Dios" (Rom 8,21). Que así sea.

## **Propio 12**

1 Reyes 3,5-12; Salmo 119,129-136; Romanos 8,26-34; Mateo 13,31-33,44-49a

El evangelio hoy nos vuelve a hablar del reino de Dios tal como lo ha hecho en los domingos previos. En los tres ejemplos que usa Jesús, dice que el Reino es opción costosa. El Reino es semilla, es perla, es tesoro escondido y se nos desafía a descubrirlo.

Estas tres parábolas, junto a las otras cuatro leídas los últimos domingos anteriores, conforman un solo bloque sobre el reino de Dios. Son el corazón mismo del mensaje de Jesús. La esperanza del reino de Dios a través de su enviado surge en el tiempo del exilio de Israel en Babilonia (586 a.C.) Allí Dios promete un enviado para instaurar un reino pleno de justicia, paz e igualdad entre los seres humanos.

No le fue fácil a Jesús convencer a sus contemporáneos de que él era ese enviado. El pueblo esperaba a un mesías entendido en asuntos políticos. El que les hablaba ahora era Jesús, el hijo de un carpintero llamado José y de una campesina llamada María, oriundos de Nazaret. Realmente, nadie podía creer que tal persona pudiera traer justicia y paz a toda una nación, ya que carecía del poder político necesario para expulsar a los romanos que oprimían a Israel.

Jesús demostró, con su vida sencilla y sacrificada, que su mensaje traería paz de una manera superior a la brindada por el poder bélico de su tiempo. La paz de Jesús involucra todas las áreas de la vida de ser humano. Esto se refleja en la lectura del evangelio de hoy. Jesús habla en términos sencillos: la levadura en la masa, el tesoro en el terreno y la perla de mucho valor son los tres elementos con los que se simboliza al reino de Dios escondido en todo ser humano. En las parábolas de hoy, la principal característica del reino es estar escondido y tener que ser descubierto. Para que algo sea descubierto, debe existir alguien que lo busque, y que lo encuentre. Precisamente esto es lo que nos sucede a los seres humanos en nuestro peregrinar diario. Todos andamos a la búsqueda del sentido nuestra existencia. Puede ser que lo busquemos en determinada posición política, o en la seguridad económica, pero en definitiva, sólo cuando nos encontramos con Jesús, nuestra vida encuentra el verdadero sentido de la existencia.

Dios ha llamado a toda la humanidad a formar parte del reino de los cielos. Nos ha elegido a todos en Jesús. Y lo garantizó con la resurrección de Cristo. La esperanza del Reino es la oportunidad de llegar a vivir la vida abundante que Jesús mismo nos prometió (Jn 10,10b). Pero, esto es gracia costosa, implica dejar todo lo que tenemos para abrazar el Reino. Implica esfuerzo para estar a su altura. Implica constancia para no abandonar nuestro peregrinaje hacia su encuentro. Implica humildad para reconocer que, por nuestros propios medios, no podemos lograr nada si no tenemos a Dios de nuestro lado. El seguimiento de Jesús implica vivir decididamente al servicio de Dios y del prójimo. Es allí donde debemos descubrir el Reino.

Leonardo Boff, teólogo latinoamericano afirma que "los pobres nos evangelizan porque nos conducen a Dios", pues en nuestro prójimo, sobre todo en aquel que sufre injusticias, descubrimos a Dios que se ha hecho solidario con los que sufren. Como cristianas y cristianos no podemos ignorar esto sin perder la oportunidad de ver por dónde avanza el reino de Dios en medio nuestro. Cristo está presente en todos los necesitados. Ellos son sus hermanos más pequeños tenidos en nada por los seres humanos.

Todo compromiso que asumamos en pos del establecimiento del reino de Dios, sólo puede provenir de la respuesta que demos al amor de Dios. Amor que no puede ser demostrado de otra manera que en el prójimo, que es la propia imagen de Dios, tal como lo afirma el Génesis (1,26).

Seamos responsables de vivir de esta manera, descubriendo el Reino que está escondido a nuestros ojos. Son las necesidades de los pobres las que nos indicarán el camino de justicia y paz hacia el verdadero reino de Dios. Que el precio de dejar todo en pos de optar por su reino y su justicia nos haga sensibles para compartirlo amorosamente con nuestro prójimo.

## **Propio 13**

Nehemías 9,16-20; Salmo 78,1-29; Romanos 8,35-39; Mateo 14,13-21

Parece que algunos prefieren la mala vida a la buena. No es que busquen problemas, pero tampoco se esfuerzan por encontrar el camino de Dios. ¿Han oído el dicho: "Vete por la sombra"? Eso es lo que casi todos hacemos, buscamos la sombra para que el sol no nos queme. En ese sentido la sombra es protección. Es un consejo que deseamos a quienes amamos. Ahora, si lo vemos con otra perspectiva entonces suena un poco diferente.

Jesús nos invita a caminar a la luz de su verdad. Pero a veces buscamos la sombra porque preferimos la oscuridad de nuestros deseos. Si Dios nos dice que hay una manera mejor de vivir, no le creemos y regresamos al camino andado porque nos resulta conocido.

He aquí la historia de un hombre en tres capítulos. Primero, explorar: a este hombre le gustaba ir por cierta calle. Esa calle tenía un hoyo grande. El hombre cayó en el hoyo. Vino un maestro y le enseñó cómo salir del hoyo. Segundo capítulo, experiencia: el tipo iba por la misma calle, pensando, "ya la conozco y sé dónde está el hoyo, lo evitaré". Pero cayó de nuevo, el maestro volvió a ayudarlo. Tercer capítulo, sabiduría: el hombre decidió irse por otro lugar.

Con frecuencia sabemos que el camino escogido tiene hoyos, pero seguimos por él porque nos es familiar. Con la experiencia, podríamos evitar caer en el hoyo. Pero el hombre, entendió que, a veces, la mejor sabiduría es buscar otro camino.

¡El profeta Nehemías cuenta que los judíos en el desierto estaban tan seguros de sí mismos, que se olvidaron de las grandes cosas que Dios había realizado por ellos, y nombraron a un jefe que los llevara de nuevo a la esclavitud en Egipto! ¡Increíble! ¿Verdad? ¿Cómo podrían querer volver a la esclavitud, al trabajo duro y continuo? Pues sí, querían eso.

Nosotros también actuamos así con frecuencia. Tenemos miedo de obedecer a Dios. Nos encontramos tan seguros en nuestra sabiduría, que preferimos regresar a la esclavitud de las costumbres conocidas en vez de aceptar que Dios tiene preparado algo mejor para nosotros. Pero, lo increíble es que, a pesar de ser testarudos, Dios no nos abandona, sino que sigue ofreciéndonos amor.

¿Por qué se porta así Dios con nosotros? No lo sabemos. La verdad es que no hay problemas suficientemente grandes que nos puedan apartar del amor de Dios. No importa lo terco y pecadores que seamos, Jesucristo jamás nos abandonará.

Cuando se hizo tarde, los apóstoles le dijeron a Jesús que despidiera a los que les seguían porque no sabían cómo darles de comer. Jesús tuvo compasión de la muchedumbre y mandó a los discípulos que dieran de comer a la gente. Con la multiplicación de cinco panes y dos peces realizada por Jesús, comieron todos hasta hartarse y sobró comida. Lo importante de este caso no es tanto el milagro físico que pudiera haber, sino el simbolismo del mismo. Es un ejemplo de cómo se vive en el reino de Dios. En el reino de Dios, Jesús provee a la comunidad cristiana. Jesús no permitió que los apóstoles descuidaran la responsabilidad de cumplir con la gente.

Puede ser que veamos este ejemplo como algo imposible para nosotros en el mundo de hoy. Hoy como en tiempo de Jesús, no podemos hacer lo más mínimo sin la ayuda del Señor. Abandonados a nosotros mismos, no somos nada, pero con la abundancia del amor de Dios, todo es posible.

El tema de las tres lecturas es el mismo: Dios nos da a todos de su abundancia, como individuos y como comunidad. Dios no cesa de ofrecernos su abundante amor. Podemos escoger seguir nuestro camino conocido, perdiendo así otro mejor que nos ofrece Dios.

Entonces, ¿cuál es el beneficio de aceptarlo ahora si es lo mismo tarde que temprano? Es como quejarnos de no poder ver, porque hemos decidido no quitarnos la venda de los ojos. Todas las bendiciones están disponibles, pero si no nos desprendemos de la venda, no podemos verlas ni disfrutar de ellas. Podemos seguir el camino conocido, lleno de sombrita y de hoyos; o podemos seguir el camino luminoso que Jesús nos ofrece. La abundancia de Dios nos espera, es tiempo de decidir.

## **Propio 14**

Jonás 2, 1-9; Salmo 29; Romanos 9,1-5; Mateo 14,22-33

En el mundo de los deportes hay muchos ejemplos sobre la importancia de mantener la vista centrada en la pelota. Si el golfista levanta la vista a mitad del golpe, no va a pegar la pelota con precisión. Lo mismo sucede al jugador de béisbol, si está pensando cómo llegar a la base y no se concentra bien en darle a la pelota, se va a quedar en la banca. A veces estamos tan preocupados en ver adónde queremos llegar que se nos olvida considerar dónde nos encontramos.

Hay un chiste que enseña cómo perdemos la vista de lo importante cuando nos concentramos en detalles menores. Unos parroquianos tenían la costumbre de llevar al nuevo rector a pescar en el lago. Sucedió que el nuevo rector era rectora. No habían experimentado el sacerdocio de una mujer. Los parroquianos decidieron seguir con la tradición y la invitaron a pescar con ellos. Ya estaban en medio del lago cuando la rectora se dio cuenta de que se había olvidado el equipo de pesca en la orilla. No quiso molestar a los compañeros. Salió de la barca y empezó a caminar sobre el agua para ir a recoger el equipo; ni se mojó los zapatos. Cuando regresaba, los parroquianos se dijeron el uno al otro: "¡Qué vas a esperar de una mujer!, ¿viste cómo se olvidó del equipo?". Si no queremos ver, nadie nos podrá abrir los ojos.

El lago en el evangelio puede representar la vida, y la barca la manera de trabajar. Quizás tengamos la creencia de que cuando aceptamos a Jesucristo ya no vamos a enfrentarnos con tormentas y que nuestra barca jamás se hundirá. Dios no nos promete que no vamos a sufrir. Dios promete estar con nosotros en medio del sufrimiento. También nos enseña que puede redimir nuestro dolor. La confianza en Dios nos da el consuelo de saber que siempre que mantengamos nuestra vista en Jesús, nos puede sacar del apuro.

¡Imaginémonos lo maravilloso que sería tener tanta fe como para obrar milagros! Quizás algunas personas hayan experimentado algo así. Un sentido de protección tan seguro que se lancen a realizar lo que nunca esperaban hacer. O, a lo mejor hayan dado pasos aventurados porque ya no les quedaba otro remedio. Por ejemplo, el pasar a Estados Unidos es algo muy peligroso, pero muchos confiaron en la protección de Jesús y se atrevieron a cruzar la frontera.

En el caso de Pedro sucedió algo muy especial. Confió en Jesús y salió de la barca para caminar sobre el agua. Mientras Pedro tuvo los ojos fijos en Jesús pudo hacer lo imposible, pero tan pronto como apartó la vista, empezó a hundirse.

Muchos llegaron a su destino y probablemente dieron gracias a Dios. Pero les olvidó el cumplir las promesas que le hicieron a Dios si les concedía su protección. Apartaron los ojos de Jesús y estén en peligro de hundirse.

Tal vez algunos vinieron aquí para lograr una vida mejor para su familia. Y quieren ganar mucho sin pensar que lo más importante no es la cantidad de dinero, sino la calidad de vida que se vive. Se pierde de vista lo importante porque lo material nos confunde y aparta de los principales valores. El tener una vida mejor no consiste en tener más dinero. Consiste en llevar una vida equilibrada entre lo material y lo espiritual. Eso se logra sólo si tenemos la mirada fija en Jesús.

Acordémonos también que pensando sólo en uno mismo perdemos la oportunidad de estar al servicio del prójimo. Quizá hayan oído la frase del teólogo Gustavo Gutiérrez: "Si yo experimento hambre tengo un problema físico. Si mi hermano experimenta hambre tengo un problema espiritual". Entonces vemos que nuestra barca no es la única en el lago. Hay más. Si no nos ayudamos, vamos a perecer todos.

Cuando Pedro comenzó a hundirse, pidió pronto el apoyo de Jesús. Si hemos sido culpables de apartar la vista de Jesús, todavía estamos a tiempo de regresar los ojos a lo importante. Jesús nos espera con manos fuertes para sacarnos del agua.

## **Propio 15**

Isaías 56,1(2-5)6-7; Salmo 67; Romanos 11,13-15,29-32; Mateo 15, 21-28

¿Quién era esa mujer cananea? Era una mujer atrevida. Tal vez la llamaran así: "la Atrevida". Toda su vida tuvo que luchar por su bienestar. No era ama de casa, era camarera en la cantina de una posada. Tenía reputación de lengua filosa con los clientes que paraban allí en su caminar a otras partes del mundo romano. No tenía amistades ni familia y nunca sintió el amor ni el cariño de un hombre. Quienes la conocían se burlaban de ella y la maltrataban. Así se le endureció el corazón.

Una mañana mientras echaba agua al piso para limpiarlo, oyó los lloridos de un bebé. Salió al patio y encontró a una bebita en una canasta envuelta en un trapo. Era una recién nacida y "la Atrevida" pronto comprendió que la niña estaba abandonada, así como ella misma había sido abandonada. Por vez primera sintió ternura. La recogió y la crió como a su propia hija. La bebita abrió el corazón de la madre, pero no logró cambiarla.

Un día la niña estaba jugando con otros niños y se fijó en que mucha gente seguía a un grupo de hombres. Los niños, llenos de curiosidad, se acercaron a ver qué sucedía. La niña oyó las palabras de amor que el profeta Jesús estaba compartiendo. Regresó a contarle a su mamá lo bien que se sintió al oír a Jesús. Le dijo: "Vente mamá, para que le oigas también. Estoy segura que él puede darte paz". Pero no quiso ir porque no quería ser, de nuevo, objeto de burla.

Después de cierto tiempo, la niña cayó enferma. El médico dijo a la madre que no tenía remedio porque era una enfermedad del espíritu. La Atrevida sintió que su corazón se le quebrantaba. Luego se acordó del profeta mencionado por la niña. Salió en busca de Jesús y al fin lo encontró.

Ya sabemos cómo termina la historia. La Atrevida se llenó de valor para acercarse a Jesús. Esta mujer que no buscó a Jesús por su propio interés, ahora lo hace por amor a su hija.

Nosotros también debemos de ser atrevidos y valientes por los demás. Tenemos el poder de Dios respaldándonos cuando tomamos la decisión de ayudar al hermano. Sabemos que una madre estaría dispuesta a pelearse con cualquiera para proteger a sus hijos. ¿De dónde le viene ese poder sino de Dios?

Cuando tomamos la decisión de ayudar a alguien, cosas extraordinarias pueden suceder. Fijémonos en que Jesús dijo a la mujer que no podía ayudarla porque era pagana. Efectivamente, los judíos, según la ley, no podían comer con los paganos, para no contaminarse. Además, Jesús creía que había sido enviado solamente a las ovejas descarriadas de Israel y a nadie más. ¡Pero la persistencia de la mujer lo ganó y tuvo que reconsiderar su posición!

La cananea atrevida era mujer y extranjera. Todo eso actuaba en contra suya y en contra de Jesús por razones legales, pero Jesús vino a purificar la ley y decidió ayudarla, basado en la gran fe de la mujer. Dios no tiene favoritos. Dios es Dios de todos y protege a todo el mundo, sea el que sea.

Nosotros también debemos extender nuestra protección a los que están más necesitados. En nuestros tiempos, ¿quiénes son los más necesitados? Son muchos, pero podemos mencionar a los que sufren de SIDA, a los niños de la calle, a las madres solteras, a los drogadictos, a los sin hogar, a los encarcelados. Todos ellos necesitan que alguien sea atrevido y valiente por ellos.

Si existen todavía barreras, en nuestros corazones, que impida aceptar a alguien, es hora de que, a la luz del evangelio, las superemos. Viendo esa luz de paz y de amor, ¿podemos todavía conservar rechazo en nuestro corazón? Si seguimos el ejemplo de Jesús, no podemos rechazar a nadie, y menos a los que están fuera de nuestro círculo íntimo. Debemos ser atrevidos, no para nuestro bien, sino para el de los demás.

## **Propio 16**

Isaías 51,1-6; Salmo 138; Romanos 11,33-36; Mateo 16,13-20

"¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?", pregunta Jesús. El preguntarse sobre la opinión que otros tienen de nosotros es algo natural. Dicen algunos expertos que a la edad de dos años ya tenemos formada potencialmente nuestra personalidad. Y a los siete años nuestro carácter ya está dibujado. Esto parece algo exagerado. La verdad es que no nos conocemos fácilmente y que nos gusta saber la opinión que otros tienen de nosotros.

La curiosidad de Jesús es normal. Más aún teniendo presente que su mensaje y su actuar no es el más ortodoxo que digamos según los cánones judíos. Por la respuesta vemos que la gente tenía un concepto muy alto de él. Considerarlo como Juan el Bautista, o como Elías, o como Jeremías, era uno de los más altos elogios que le pudieran hacer. Mas, pocos estaban dispuestos a proclamarlo como el Mesías. Y es que estaban confundidos. Durante mucho tiempo habían esperado una liberación humana. Es decir habían esperado a un jefe militar que los liberara de las esclavitudes hasta entonces experimentadas. En ese momento de la romana. ¿Cómo pues compaginar esa esperanza con el actuar de Jesús? No tenía sentido. Por eso, la confesión de Pedro fue una inspiración de lo alto. Confesar a Jesús como el Mesías durante su vida era toda una revelación. Pero, eso quería decir que había que hacer un reajuste en las ideas y esperanzas mantenidas. Era el Mesías, sí, pero no con la personalidad que se le había dibujado. Ahora el pueblo judío debía descubrir la verdadera personalidad de Jesús. Tal vez por eso, Jesús rogara a los discípulos que no revelaran el secreto.

Jesús quería transformar los corazones del pueblo de Israel. Jesús quería ofrecer los verdaderos valores del reino de Dios a su pueblo. Realmente, Jesús no quería iniciar una religión nueva, no quería iniciar un reinado terreno, simplemente quería cambiar la mente y el corazón de los seres humanos.

Si tuviéramos evidencia de nuestra propia personalidad, tal vez, nuestra conducta cambiara.

Un día una mujer se preguntó por qué no podía mantener una relación buena con un hombre. Había tenido oportunidad de conocer a hombres responsables, pero todas esas relaciones terminaban en desastre. Alguien le aconsejó que fuera a un retiro. Era creyente, pero no pensaba que la religión tuviera nada que ver en su vida personal afectiva. Al fin decidió ir. Durante el retiro, en medio de la reflexión y la oración, descubrió que ella era algo más de lo que pensaba de sí misma. Descubrió que verdaderamente, era hija de Dios. Desde ese momento enfocó su vida de otra manera.

Aunque los expertos digan que nuestra personalidad ya está delineada en la infancia, la verdad es que con el pasar del tiempo la vamos moldeando, como el escultor a la estatua. ¿No sería hermoso que desde niños tuviéramos clara conciencia de que somos hijos de Dios? ¿No sería hermoso que desde niños fuéramos conscientes de ser hijos del Dios que ha creado todo el universo? Realmente, si todo el mundo tuviera una conciencia clara de esa realidad, la sociedad humana sería totalmente diferente. En verdad la vida en esta tierra sería el anticipo del cielo. Viviríamos como en un paraíso de felicidad.

Nosotros estamos aquí en el templo reflexionando sobre la palabra de Dios. No debemos esperar revelaciones especiales y particulares. El mensaje de Dios se nos ha revelado ya. Lo que debemos hacer es tomar parte activa en ese movimiento religioso que inició Jesús hace dos mil años. Un movimiento que todavía no se ha llevado a la perfección. Es decir, no estamos cumpliendo todo lo que Jesús predicó. No vivimos de acuerdo a los ideales de Jesús. Es hora de que empecemos ya. No debemos esperar más.

Podríamos también preguntarnos nosotros, ¿qué dice la gente que somos? Por la respuesta que nos den podremos darnos una idea de lo lejos que estamos del ideal de Jesús. Cuando el mundo preguntaba, ¿quién es la Madre Teresa? Todos, incluso los más incrédulos, respondían, "es una santa". ¡Ojalá se pudiera decir lo mismo de nosotros! Esforcémonos pues.

## **Propio 17**

Jeremías 15,15-21; Salmo 26; Romanos 12,1-8; Mateo 16,21-27

"Júzgame oh Señor. Escudríñame y pruébame, examina mis pensamientos y mi corazón". Estas palabras del salmo son apropiadas para una meditación, ese tiempo de intimidad que le dedicamos a Dios.

Con frecuencia, en nuestras oraciones hablamos con Dios de una manera que aparentemente nos aleja más de él que nos acerca. Como Jeremías, nos expresamos de una manera trivial. "Hablar por hablar", le reprocha el Señor. Jeremías confía que Dios entienda sus necesidades. Más aún, le suplica que se acuerde de él y que no le olvide. ¡Como si Dios pudiera olvidarlo!

Nosotros hacemos igual. Cuando los agobios de la vida nos abrumen comenzamos a rogar a Dios para que no nos abandone. Y nos atrevemos a criticar a Dios como si fuera responsable de nuestros sufrimientos.

Luego, la oración de Jeremías toma otro rumbo, un rumbo familiar a quienes les cuesta perdonar las faltas del hermano, un rumbo familiar a quienes no quieren olvidar al que les ha ofendido. Cuando se actúa así, la oración puede adquirir ese tono vengativo con que inicia la invocación de Jeremías: "¡Toma venganza de los que me persiguen!".

Jeremías no ora por las necesidades de los demás, sino por sí mismo. Le recrimina a Dios: "No permitas que sea arrebatado; mira, por ti sufro injurias". No sólo mantiene Jeremías como centro de la oración su necesidad propia, sino que acusa a Dios de lo mucho que está sufriendo por su causa. Cuando adoptamos una postura defensiva, cuando no aceptamos responsabilidad por nuestros errores, estamos malogrando este tiempo íntimo dedicado a Dios.

A veces cargamos la oración con incesantes quejas: "¿Por qué no cesa mi dolor? ¿Por qué es incurable mi herida? Cuando nos vemos inclinados a rezar así, sería mejor tener presentes las admoniciones de nuestro Señor. Jesús advierte a sus discípulos, en el evangelio, que tiene que ir a Jerusalén y sufrir mucho a manos de los líderes religiosos y que finalmente lo matarían, pero que luego vendría la resurrección.

Jesús espera que tengamos confianza y estemos seguros de que después de los sufrimientos llegará la luz. Jesús, con su vida ejemplar, nos enseña a tener fe. Fe en que todo el sufrimiento presente tendrá feliz término. Las heridas de Jesús, nuestro redentor, se sanaron en la resurrección. Las nuestras también se curarán.

Ofrezcamos nuestras vidas como ejemplos de oración viva; como ejemplos de holocaustos agradables al Dios. Dedicemos cada paso de nuestras vidas a la gloria de Dios. Ese es el verdadero culto que debemos ofrecer, según san Pablo. Formemos un solo cuerpo en Cristo, siendo cristos vivientes, usando nuestros dones según la gracia que se nos ha dado. Usémoslos con regocijo, así podremos cambiar el tono de nuestra plegaria divina. Entonces le serviremos sin colocarnos como principal objetivo de la oración pensando sólo en nuestras necesidades. Así, consagrando nuestras vidas a la voluntad divina, vamos creando un sólo cuerpo en Cristo Jesús. Cada miembro ayudando a otro miembro, abre el corazón a Dios para que examine nuestros pensamientos.

Para lograr esto debemos abandonar los criterios de la vida mundana que con frecuencia nos dominan. Cambiando la manera de pensar, cambiaremos de vida, y llegaremos a conocer cuál es la voluntad de Dios, llegaremos a conocer qué es lo bueno, lo grato y lo perfecto (Rom 12,8).

Aprendemos también a apoyarnos espiritualmente en los momentos difíciles de nuestras vidas. Comencemos a sentir el amor de Dios en todos los que comparten sus dones con nosotros. Aún cuando algo nos haga sufrir, encontramos el apoyo de otro miembro del cuerpo de Cristo. Dejemos de quejarnos, y encontraremos consuelo en cada abrazo del prójimo que nos ayuda. Al demostrarnos mutuamente tal amor, nos acercamos más a Dios, que vive y reina en cada uno de nosotros.

Al cambiar la manera de orar, oiremos a Jesús que promete que, "el hijo del hombre va a venir con la gloria de su Padre y con sus ángeles y entonces recompensará a cada uno conforme a lo que haya hecho".

## **Propio 18**

Ezequiel 33,(1-6)7-11; Salmo 119,33-40; Romanos 12,9-21; Mateo 18,15-20

"Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18,20).

En esta sociedad en que vivimos lo que abundan son las reuniones. Todos los días nos reunimos con motivos diferentes. Nos reunimos en las escuelas con los maestros, en las oficinas con los supervisores, en las iglesias con los líderes espirituales, en las salas de nuestros hogares ¿Mas cuántas veces al reunirnos, colocamos a Dios al frente de todos nuestros planes y proyectos? ¿Cuántas veces le decimos al prójimo: "vamos a reunirnos para tratar de este tema, pero pidamos que Dios nos acompañe?" Casi nunca. Vivimos con tanta prisa que no dejamos espacio para que Jesús participe en la conversación. ¡Qué diferente sería si hiciéramos todo en nombre de Jesús!

Resplandece la presencia de Jesús en las palabras de Pablo a los romanos. ¿Cómo podría Pablo pronunciar tan bellas palabras si no obrara siempre en nombre de Cristo? Veamos cómo guía espiritualmente a los romanos. Pablo les recuerda que deben aborrecer el mal; que deben aferrarse al bien. Les recuerda que deben amarse con amor fraternal, respetándose mutuamente. Pablo no hablaba sin la ayuda de lo alto. Pablo era un instrumento que Dios usaba para guiar a los romanos, pero sus palabras nos guían también a nosotros hoy día. Las palabras de Pablo fueron inspiradas por el Espíritu Santo para todo el pueblo de Dios.

"Benedicid a los que os persiguen, no maldigáis. Alegraos con los que se alegran; llorad con los que lloran" (Rom 12,14-15). Palabras llenas de un amor superior, de un amor divino. Amor que sólo se puede comprender en el nombre de Jesús. Las palabras de Pablo nos invitan a vivir una vida serena, llena de amor, llena de compasión hacia el prójimo.

Otro ejemplo de la presencia de Dios entre la gente, se encuentra en la lectura del Antiguo Testamento. En el libro de Ezequiel casi podemos oír la voz de Dios hablando: "Hijo de hombre, habla con tu pueblo y dile?" Y sigue Dios dando un ejemplo de cómo debemos estar preparados siempre y cómo Dios nos llama a ser responsables. Nos enseña a orientar y advertir al pueblo cuando corre peligro. Nos enseña lo bueno y lo malo, y cómo evitar el peligro que se encuentra en el camino. Dios está presente con todo aquel que desea oír su palabra y ser un ejemplo para los demás.

Entonces, ¿cómo podemos reunirnos en nombre de Dios? Nos reunimos en su santo nombre cuando lo llamamos. Cuando le dedicamos un lugar especial entre nosotros. Si oráramos brevemente antes de reunirnos con un maestro de la escuela para hablar sobre nuestros hijos, si oráramos antes de reunirnos en la conferencia del trabajo, si oráramos con nuestros hijos al reunirnos en nuestros hogares, entonces le habríamos dado el lugar debido a nuestro Salvador.

Algunas palabras del salmo nos ayudarán a vivir una vida recta: "Enséñame, oh Señor, a seguir tus decretos y los cumpliré hasta el fin". O podríamos decir: "Aparta mi vista de cosas vanas, dame vida conforme a tu palabra". Imagínense el cambio que daría una reunión, si usáramos palabras semejantes a éstas.

La comunidad de la misa es otro momento donde Jesús se hace presente de una manera especialísima. Jesús nos dio ejemplo de orar unidos, de celebrar juntos la eucaristía. Donde dos o tres se reúnan en mi nombre, allí estaré en medio de ellos".

Hagamos esa invitación cuando estemos reunidos. Admitamos a Jesús en nuestras vidas.

## **Propio 19**

Eclesiástico 27,30--28,7; Salmo 103; Romanos 14,5-12; Mateo 18,21-35

Alabad al Señor, dedicadle vuestras vidas. Haced con el prójimo lo que Jesús hizo con nosotros. Este es el mensaje de las escrituras de hoy. En el salmo, el autor se goza, desde lo más profundo de su alma, alabando al Señor. El salmo comienza en un tono positivo. Un tono que muestra que el autor ama profundamente a Dios. El autor recuerda al lector que Dios es un Dios de perdón, un Dios que sana nuestras heridas, rescata nuestras vidas de la muerte y nos colma de amor. El salmista vive lleno de fe en ese Dios misericordioso que es clemente y compasivo, lento para la ira y el castigo. Este salmista sabía que todas esas maravillas, no podía guardárselas sin comunicárselas a todo el mundo. Quiso compartir su experiencia con los demás, manifestándola en los salmos. Al compartir tan preciosa experiencia íntima, nos enseñó algo muy sencillo: que no debemos callarnos vivencias que puedan ayudar a otros. Nos enseñó a alabar a Dios con una alegría que se sienta en nuestras vidas, en todo lo que hagamos.

Para llegar a esa actitud de regocijo en Dios, primero debemos vivir una vida consagrada a él. Pablo dice a los romanos: "Si vivimos, para el Señor vivimos, y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos o que muramos, del Señor somos". En la vida y en la muerte, somos todos de Dios. Como hijos le debemos una dedicación especial a nuestro Redentor. Como hijos le debemos una explicación de nuestras acciones. Como hijos debemos manifestar cómo nos tratamos unos a otros. Ese amor que compartimos es lo más importante que puede haber en nuestra relación con Jesús. Con amor se resuelve todo. Con amor comenzamos a vivir en un mundo de respeto a los demás.

El amor nos mueve a perdonar los errores de los demás. Cuando nos amamos sin medida, como nos amó Jesús, es imposible guardar rencor. Cuando nos amamos, comenzamos a considerarnos unos a los otros. Jesús nos enseña el camino de la consideración.

Jesús comparte con nosotros la parábola del sirviente ingrato. Empieza la parábola hablando del reino de Dios y lo compara a un rey que deseaba arreglar cuentas con sus sirvientes. Un sirviente debía diez mil talentos (más de diez mil millones de dólares) y le suplicaba al rey que tuviera paciencia con él y se lo pagaría todo. El criado estaba mintiendo, porque ¿cómo podría reunir esa suma astronómica de dinero? El rey le perdonó, no por la promesa hecha, sino al ver el corazón destrozado del criado. No bien fue perdonado, salió del lugar, se encontró con un compañero que le debía cien denarios, equivalente a cien días de sueldo mínimo. Suma minúscula comparada con los diez mil talentos. Le agarró por el cuello y le gritaba que le pagara lo que le debía. El compañero le suplicaba que tuviera paciencia con él, pero el sirviente no lo perdonó y lo metió en la cárcel. ¡Qué falta de consideración!

El criado demostró ser una persona egoísta, sin corazón ni compasión, que se creía un dios pero realmente era un diablo. El segundo criado demostró ser como el resto de los humanos, que tenemos deudas y suplicamos perdón.

Si no perdonamos al prójimo, ¿cómo podremos pedir a Dios que nos perdone a nosotros? Si Jesús, que murió por nuestros pecados, nos perdonó, ¿por qué nosotros no podemos perdonar al prójimo? ¿Por qué ese sirviente no se recordó que unos momentos antes, el rey le había perdonado una cantidad que nunca en su vida hubiera podido pagar. Este sirviente no sabía amar.

Para perdonar al prójimo tenemos que amarnos los unos a los otros. Para llegar a ese momento de nuestras vidas, en que podamos regocijarnos en el Señor, tenemos que amarnos en profundidad, perdonándonos hasta lo más mínimo. No es fácil. Vivimos en una situación humana en la que es difícil perdonar. No se logra de la noche a la mañana. Hace falta tiempo, dedicación. Pero, tarde o temprano, debemos comenzar a lograrlo pues todos hemos de dar cuentas a Dios. Si dedicamos nuestros corazones a Dios, ya hemos dado el primer paso. Poco a poco los logros nos llenarán de satisfacción y alabaremos al Señor.

## **Propio 20**

Jonás 3,10--4,11; Salmo 145; Filipenses 1,21-27; San Mateo 20,1-16

En las décadas de los ochenta y noventa del siglo pasado, millones de hispanos llegaron a este país provenientes de América Latina. Vinieron tantos que el mercado laboral no puede ocuparlos a todos; así en muchas ciudades de nuestra nación se ve, en lugares estratégicos, a grupos de hispanos a la espera de que alguien llegue y los contrate. Al ver a esos hombres en espera uno no puede menos de acordarse del evangelio de hoy. Al ver a esos hombres en espera de conseguir trabajo uno se llena de lástima al pensar que muchos volverán a casa sin el sustento familiar.

La parábola de Jesús con frecuencia nos desasosiega. Aparentemente se dan varias injusticias. Pero si lo pensamos bien, no es así. Veamos.

El dueño de una finca salió a contratar jornaleros para que trabajaran en ella. Y fue al lugar donde los braceros se reunían diariamente, a la plaza. Allí fue cinco veces: al amanecer, a media mañana, al mediodía, a media tarde y al atardecer. Los contratados al amanecer se arreglaron con el dueño y convinieron en que recibirían "el jornal de un día". Los contratados a media mañana recibirían "lo debido" o "lo que sea justo", el dueño "hizo lo mismo" con los contratados al mediodía y a la media tarde. Fijémonos que Jesús, astutamente nos dice que con éstos "hizo lo mismo", así que viendo lo anterior, hemos de concluir en que recibirían "lo debido o lo que fuera justo". A los contratados al atardecer, simplemente les dice que vayan a trabajar a la viña. Terminada la jornada, van los braceros a cobrar, empezando por los últimos que reciben un jornal completo, y así todos lo mismo. Naturalmente, los braceros que habían soportado el calor y el trabajo de todo el día quedaron insatisfechos. Y debiéramos preguntarnos, ¿por qué? ¿No habían convenido por la mañana con el dueño en que aceptarían "el jornal de un día"? ¿Por qué protestan ahora?

Los braceros descontentos se quejan porque aparentemente el dueño ha cometido una injusticia con ellos. Están pensando en una justicia distributiva que exige proporción matemática de trabajo y salario. Su idea de méritos y derechos engendra mezquindad. Pero Dios obra con misericordia y compasión. En esta parábola no se da un caso de injusticia, sino de envidia por parte de los braceros y de misericordia por parte del dueño de la finca. Unos braceros tuvieron envidia de los otros porque sin trabajar tanto habían recibido el mismo sueldo. El dueño tuvo compasión de los últimos porque sin trabajar todo el día todavía tenían que alimentar a sus familias, así que recibieron "lo debido", "lo que era justo" para el sustento familiar.

Al profeta Jonás le pasaba lo mismo. Dios le mandó a Nínive para anunciar a sus habitantes la destrucción de la ciudad por su mala conducta. Los ninivitas reaccionaron rápidamente: pequeños y grandes, incluido el rey, guardaron ayuno e hicieron penitencia. El rey dio esta orden: "Invoquen fervientemente a Dios; que cada cual se convierta de su mala vida y de sus acciones violentas" (Jon 3, 8). Así fue, Dios se arrepintió. Mas Jonás se irritó y se enojó. Jonás se confirmó en sus sospechas. Ya antes de recibir el mensaje del Señor, Jonás sospechaba que Dios no cumpliría su palabra, porque, decía Jonás, "sé que eres un Dios compasivo y clemente, paciente y misericordioso, que te arrepientes de las amenazas (Jon 4,2).

Sin embargo a Jonás le da pena que el ricino que Dios hiciera crecer para darle sombra, se secase. Dios le responde: "Tú te apiadas de un ricino...¿y yo no me voy a apiadar de Nínive, la gran metrópoli, que habitan más de ciento veinte mil hombres que no distinguen la derecha de la izquierda, y muchísimo ganado?" (Jon 4,11).

Estas dos bellas lecturas, nos deben conducir a reflexionar y pensar que si Dios usara una justicia matemática, pocos seres humanos podrían sobrevivir en esta vida y en la otra. Para consuelo de todos, Dios es siempre "clemente y compasivo, lento a la ira y grande en misericordia" (Sal 20,8). ¡Alabémosle y amémosle por años sin término!

## **Propio 21**

Ezequiel 18,1-4,25-32; Salmo 25,1-14; Filipenses 2,1-13; Mateo 21,28-32

En el evangelio escogido para este domingo, Mateo está rechazando el legalismo de la religión de su tiempo. Jesús nos invita a examinarnos, porque, bajo la apariencia de una buena disposición, se puede ocultar un formalismo solapado. El hijo que respondió: "sí, voy ahora mismo", representa al santurrón fariseo, que critica a Jesús por amar a los marginados. El otro hijo, representa a los pecadores que en un principio pecaron pero luego, arrepentidos, aceptaron el reino de Dios. El mensaje de este evangelio es que nos guardemos del formalismo que encubre un falso cristianismo; que nos guardemos de ser muy vigilantes de la ley e indagemos cuál es la voluntad divina.

En la epístola san Pablo aparece preocupado por las disensiones que azotan a la comunidad de Filipo. En el primer capítulo Pablo reconoce la lealtad de los filipenses, pero quiere que aprecien, primero, qué es "lo que vale más" (Flp 1,10) y, segundo, que "Cristo sea anunciado siempre" (Flp 1,18) en la comunidad. Pablo está convencido de que lo más importante en la vida es Cristo, así dice: "Porque para mí, la vida es Cristo y morir es ganancia" (Flp 1,21). Este es un pensamiento maravilloso. ¿Podríamos pensar por un momento qué significaría para todo el mundo el que la "vida" en este mundo fuera Cristo? Si todos pensáramos así el mundo cambiaría automáticamente. ¡Cuánta gente hay que no encuentra sentido en el vivir! ¡Que se acerquen a Cristo y lo encontrarán!

Por eso, Pablo no entiende las pequeñas riñas que mantienen los filipenses. Así les aconseja que sus vidas se acomoden al evangelio de Cristo. Pablo les argumenta: si es verdad que viven la vida de Cristo, si es verdad que el espíritu de Cristo anida en sus almas, "lléntenme de alegría viviendo todos en armonía" (Flp 2,2). Viviendo todos con el mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, y unos mismos sentimientos. Ahora bien, lograr todo eso no es fácil, porque no se trata de algo superficial, sino de algo esencial, permanente y duradero, que sólo se logra estando identificados con Cristo. Si viven unidos a Cristo, no podrán hacer nada viviendo en rivalidad y vanagloria, sino con humildad.

¿Cómo compaginar esta doctrina con una sociedad que adora la competencia? ¿Cómo compaginar esa doctrina con un mundo que idolatra al que llega primero y triunfa? ¿Cómo compaginar esa doctrina con un mundo en que todos quieren quedar como dios, sí, como si fuéramos dioses? Richard Foster, un autor americano, ha escrito un libro titulado: Money, Sex and Power, y ha puesto de manifiesto una verdad ya conocida en la espiritualidad cristiana, y es que el voto religioso más difícil de cumplir, no es el de la castidad, o el de la pobreza, sino el de la obediencia. El obedecer va en contra de nuestro propio yo, de nuestro orgullo. Así que uno se pregunta: "¿por qué voy a obedecer yo a ese tonto, que sabe menos que yo?". Con esta actitud ya empiezan todas las discordias.

Pablo espera convencer a los filipenses con uno de los pasajes más bellos de todo el Nuevo Testamento. Les pone como ejemplo a Jesús, que siendo de naturaleza divina, se humilló tomando la humana, se volvió siervo, al servicio de los demás. Aceptó una vida de sufrimiento que le llevó a la muerte vergonzosa de la cruz. Ante tal sumisión, Dios lo exaltó y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre. Así que al nombre de Jesús, toda rodilla debiera doblarse, tanto en la tierra como en el cielo, y todo el mundo debiera reconocer que Cristo Jesús es el Señor, para gloria de Dios Padre.

Ahora bien, pensemos un poco. Jesús es exaltado debido a que primero se humilló. Si nosotros nos humillamos, también Dios nos va a glorificar, con una gloria imperecedera, y mucho más importante que la gloria ofrecida por el mundo. Tanto los filipenses antaño, como nosotros hoy día, podremos superar todas las rivalidades y disensiones si vivimos como otros cristos.

## **Propio 22**

Isaías 5,1-7; Salmo 80,7-14; Filipenses 3,14-21; Mateo 21,33-43

El evangelio de hoy trata del rechazo de la misión de Jesús por los judíos. Jesús va camino de Jerusalén, la capital del pueblo judío, donde residen las autoridades religiosas. Son estos poderes quienes le rechazan.

La parábola es una readaptación del relato de Isaías que hemos leído. En todo el Antiguo Testamento se compara al pueblo de Israel con la viña del Señor. El salmo contiene también esa comparación. No es difícil ver que, en un contexto agrario, estas imágenes posean un sentido profundo. Nos indican la relación de una comunidad religiosa con su contexto vital. La viña es parte de la vida común del auditorio de Jesús al igual que lo fue del auditorio de Isaías. San Mateo, se preocupa más por remarcar el hecho de que el fin de una viña es producir fruto. Por otro lado, es consciente de que las autoridades del pueblo de Israel no reconocían a Jesús como el enviado de Dios. El discurso de Jesús marca la esterilidad de Israel como viña.

Mateo escribe su evangelio mucho tiempo después de la muerte de Jesús. Por ello, algunos autores sospechan que esta parábola está relacionada con la revuelta de los campesinos zelotes en el año 66 d.C. Los zelotes eran un grupo político radical en tiempos de Jesús. Su visión revolucionaria incluía la resistencia armada contra el imperialismo romano. La resistencia de Jesús no estaba asociada a la violencia, sino a la búsqueda de una justicia pacífica.

San Mateo refleja la contienda entre cristianos y judíos después de la muerte de Jesús. Debemos tener cuidado cómo leemos y entendemos esa disputa. Muchas veces este tipo de relatos ha originado actitudes antisemitas. Jesús no guardaba animosidad a los judíos, ya que él mismo era judío. También los primeros seguidores, si bien se confesaban cristianos, seguían siendo étnicamente judíos. A Jesús le molestaba la manera cómo las autoridades entendían su misión profética. El juicio categórico de Jesús podría resumirse así: "ustedes se han apropiado de una viña [el pueblo] que no les pertenece y han matado a todos los enviados [los profetas] que el dueño de la viña [Dios] ha enviado. Ahora quieren matar a su Hijo [Jesús]". No sabemos si Jesús estaba seguro de su muerte violenta, mas dado todo el riesgo que asumía, podemos pensar que Jesús barruntaba que iba a morir de muerte violenta, como los profetas del pasado.

¿Cuál es la conexión entre la parábola de Jesús y nuestra propia vida? San Mateo está convencido de que el evangelio de Jesús es válido para todas las naciones. Pero también sabe que Israel ha fallado en anunciarlo a todos los pueblos. Así pues, lo que antes estaba relacionado con el pueblo judío, ahora lo está con aquellas personas de cualquier nación que deciden seguir a Jesús como el enviado de Dios. Todo el mundo debe dar fruto. Sin embargo, no es tarea fácil. Aquí estriba la mayor dificultad para muchos cristianos que quieren vivir un evangelio de acuerdo a sus propios caprichos. San Pablo dice que viven como enemigos de la cruz de Cristo.

Ser cristiano implica vivir como Cristo vivió: predicando esperanza, denunciando injusticias y entregándose al servicio del prójimo sin esperar nada a cambio. Por ahí va la verdadera revolución de Jesús. Ahora bien, hacer eso en una sociedad competitiva como la nuestra, es ir contra la corriente. Pero, eso fue lo que Jesús y sus discípulos hicieron. Por ello, no fueron aceptados por las autoridades religiosas ni políticas de aquel tiempo. Jesús desestabilizaba a los poderosos, buscando justicia, se identificaba con el marginado. Jesús esperaba que los líderes judíos cambiaran de actitud y establecieran una sociedad más justa donde nadie fuera discriminado.

Para nosotros hoy, vivir a la manera de Jesús, puede ser también revolucionario si aportamos vida nueva a personas a quienes este mundo se la niega. Como pueblo de Dios debemos vivir comprometidos. Como viña del Señor que somos, esa es nuestra misión. La única manera de dar fruto es construyendo el reino de Dios. Es decir, estableciendo justicia en la sociedad.

También nosotros podemos imitar el ejemplo revolucionario de Jesús. Como pueblo de Dios debemos vivir comprometidos. Como viña del Señor, es misión nuestra el dar buen fruto. La única manera de dar fruto es construyendo el reino de Dios. Es decir, estableciendo justicia y amor en la sociedad.

## **Propio 23**

Isaías 25,1-9; Salmo 23; Filipenses 4,4-13; Mateo 22,1-14

El evangelio de hoy completa un ciclo de tres parábolas sobre el llamado al reino de Dios y el rechazo de la autoridad de Jesús por parte de las autoridades judías.

El banquete siempre ha sido en la Biblia símbolo del carácter festivo del reino celestial. Este carácter festivo está relacionado con la supremacía del amor que Dios promete en una sociedad nueva. Jesús ejemplifica las distintas actitudes que los seres humanos asumen frente al llamado a formar parte del reino.

Jesús critica a los "invitados a la boda" debido a su necedad en aceptar otras prioridades que no sean sus negocios. El problema no radica en ocuparse de asuntos personales, sino el meterse tanto en ellos que se deje a un lado a Dios. Los actores de la parábola están tan ocupados en sí mismos, que rechazan participar del banquete.

Como los invitados rechazan la invitación, el rey manda a sus sirvientes a invitar a la boda a cuantos encuentren en las calles, buenos y malos. Técnicamente, esa gente no tiene "derecho" a entrar en la fiesta, debido a que unos no habían sido invitados y otros a su mala conducta pasada, pero ante el rechazo de los primeros invitados, podrían participar del banquete. Esta invitación no se basa en méritos adquiridos sino en la generosidad del rey. Empero, esto no es suficiente. Hay que estar vestido apropiadamente para ello. Este último elemento resulta extraño si no se lee en conexión con la Biblia hebrea donde la justicia era ejemplificada en el vestido. Jesús demanda también un compromiso de justicia en aquellos que han sido víctimas de la injusticia y se encuentran, por ello, "en las calles".

Como se ve, en ambos casos Jesús trata de poner las cosas en su lugar, pero debido a la pobre respuesta a su invitación, sentencia: "Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos." Estas palabras, traslucen la mentalidad de la comunidad de Mateo ante la disputa que tiene con la religión judía alrededor del año 70 d.C. La disputa comienza cuando los cristianos son expulsados de las sinagogas. Esto lleva a los cristianos a endurecer los requisitos para formar parte de la Iglesia. De ahí que no sólo haya que recibir la invitación de Dios sino que ha de ser aprobado por la comunidad cristiana, como voluntad divina.

La parábola, si la comparamos con la versión de Lucas (14,16-24) vemos que ha sido alterada también en otros elementos. El que el rey se enoje y mande a sus soldados a matar a los invitados y a quemar su pueblo, refleja la destrucción de Jerusalén en el año 70. A cualquier persona le llamará la atención la excesiva reacción del rey. Nadie mata a unos invitados, que, por la excusa que sea, no aceptan una invitación. El redactor del Evangelio según san Mateo estaba muy enfadado porque los contemporáneos de Jesús no lo aceptaron.

Por otra parte, la parábola realza la esencia del reino de los cielos: "justicia y fiesta de liberación". Ese carácter festivo es algo que nos atañe también a nosotros. Formamos parte de ese reino. Estamos llamados a celebrar la vida y la justicia. Debemos estar convencidos de que la invitación a participar del reino de Dios, es nuestra razón de vivir. Así, nuestras prioridades deben estar organizadas en función a esa invitación. Ya no podemos vivir egocéntricamente, ocupándonos sólo en nuestros asuntos. El reino exige no sólo ocuparse en los asuntos propios sino también en los del prójimo. En el prójimo demostramos la justicia que brota del amor.

Esta reorientación de nuestra existencia en función del reino, nos lleva a depender de Dios más que de nuestros propios esfuerzos. San Pablo lo aclara perfectamente. La dependencia de Dios, presentándole todo en oración, nos trae la paz, la seguridad y la alegría de Cristo. Así Pablo puede decir e a los filipenses: "Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres" (Flp 4, 4). La paz interior que Dios nos ofrece supera toda inteligencia humana. Si estamos unidos a Dios podremos ocuparnos de todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable y loable (Flp 4, 8).

Sea cual sea nuestra situación presente, se nos ha invitado al banquete del reino de Dios. Como comunidad cristiana esa es nuestra vocación. Por ello, cada día debemos considerar dónde se encuentra nuestro corazón y cuáles son nuestras prioridades. Mantengámonos en comunión con Dios para que seamos instrumentos de su voluntad.

## **Propio 24**

Isaías 45,1-7; Salmo 96,1-9; 1 Tesalonicenses 1,1-10; Mateo 22,15-22

La epístola de hoy constituye uno de los escritos más antiguos de la Iglesia primitiva que se conocen. Es una carta de san Pablo escrita con profunda sensibilidad pastoral. Según los eruditos bíblicos, Pablo escribió esta carta a la comunidad de Tesalónica, capital de Macedonia, alrededor del año 55 d.C. luego de haber ido a predicarles en el año 49 d.C. Los cristianos en esa ciudad eran prósperos económicamente, distintos al tradicional público de san Pablo compuesto por artesanos, campesinos y esclavos. Ante las persecuciones del año 50 d.C., san Pablo tuvo que abandonar Tesalónica, quedando la nueva comunidad sin cuidado pastoral. Timoteo había sido enviado posteriormente y a su regreso traía noticias alentadoras. La comunidad florecía aún en medio de las persecuciones por parte de la comunidad judía, adversa a la misión de Pablo.

Este es el contexto de esta bellísima carta pastoral. En ella, San Pablo nos revela aspectos del suceso de esa comunidad:

Destaca que los tesalonicenses estaban "unidos a Dios Padre y al Señor Jesucristo" (Tes 1, 1). Tenía la certeza de que su fe se cimentaba sobre la base de una relación personal con Dios. Esta relación de unidad con Dios es, quizás, la esperanza que Jesús expresó en su oración antes de ser conducido a la cruz: "Yo en ellos y tú en mí, para que lleguen a ser perfectamente uno, y así el mundo pueda darse cuenta de que tú me enviaste" (Jn 17,23). Para Pablo, el testimonio de unidad con Dios de esta comunidad es valiosísimo. Los tesalonicenses, sobre la base de esa unidad íntima con Dios, han podido mantenerse en una fe activa, en un amor solícito hacia los demás y en una esperanza perseverante en el Señor nuestro Jesucristo.

Destaca que los tesalonicenses procuraban firmemente seguir el ejemplo de Pablo, de quien habían recibido el evangelio (Tes 1, 6) Habían resistido la adversidad y mantenido la fe en todo momento. En medio de la tribulación, se aferraron a la fe y la llevaron bien en alto. Pablo sabe bien lo que eso significaba, pues él mismo había sufrido en distintos lugares los vituperios de aquellos que no aceptaban el mensaje del evangelio. Incluso había sido azotado y encarcelado. La comunidad de Tesalónica siguió su ejemplo, aún en esas experiencias. Así tenemos como una cadena de imitación: Pablo imita a Jesús, los tesalonicenses imitan a Pablo y se vuelven modelo para los creyentes en las regiones de Macedonia y Acaya.

Por último, la esperanza de esta comunidad estaba basada en el hecho de que Jesús volvería a buscar a su Iglesia, y que ellos serían contados entre los recibidos por Dios en su reino (Tes 1,10). Sabían que no morirían en vano, sino que su destino estaba atado a la voluntad de Cristo. Ansiaban unirse a toda la comunidad cristiana en el reino de Dios.

Estos aspectos describen a una congregación virtuosa. Eso no significa que estuviera libre de problemas. Era una comunidad que luchaba y permanecía fiel al mensaje de Jesús en medio de todas las tribulaciones.

La colecta de hoy refleja esa realidad. Se ruega que la Iglesia persevere en la fe aún en medio de la tribulación. Precisamente esa fue la experiencia de los tesalonicenses. Eran fieles debido a una fe vivida en plenitud y madurez.

En la sociedad en la que vivimos, ser cristiano implica, muchas veces, padecer dificultades. Nuestra ética cristiana no es la misma que la de este mundo. La paz que buscamos no deriva del poder económico, político o militar. La esperanza que tenemos no está garantizada por ningún producto que podemos comprar. Se hace difícil vivir contra la corriente.

Las palabras de Pablo a los tesalonicenses nos sirven de inspiración. Siguiendo su ejemplo podremos mantener nuestra fe y servir de consuelo a otras comunidades cristianas. Ello implica estar firmemente unidos tanto a Dios, como los unos a los otros. Siguiendo el ejemplo de Jesús y de los que nos han enseñado la fe, venceremos toda dificultad. Procuremos estudiar esta epístola para la edificación de nuestra fe y roguemos a Dios que el ejemplo de los tesalonicenses sea haga realidad en nuestras vidas, y comunidades.

## **Propio 25**

Éxodo 22, 21-27; Salmo 1; 1 Tesalonicenses 2, 1-8; Mateo 22,34-46

¡Qué distinto sería este mundo si el amor fuera el fundamento de toda relación humana! Lamentablemente, en la historia de la humanidad, esto ha sido sólo un buen deseo. Al observar las lecturas de hoy, nos damos cuenta que, a pesar de su distancia temporal e histórica, se asemejan muchísimo entre sí. Su mensaje podría sintetizarse de esta manera: la injusticia es el fruto de la falta de amor entre los seres humanos. Y de una manera positiva, podríamos decir, el amor engendra justicia y compasión.

Las lecturas de hoy indican cómo vivir una vida más justa en el amor. La del Éxodo es la que mejor describe cómo hacer frente a situaciones concretas. Es verdad que tenemos la tendencia a convertir esos consejos en normas abstractas. Sin embargo, los autores del libro del Éxodo parecían estar muy conscientes de que el amor era algo necesario en su propio ambiente. Su esfuerzo es valiosísimo pues presenta situaciones cotidianas: los extranjeros, las viudas y los huérfanos y los endeudados. Si uno observa más detenidamente esos términos, reflejan situaciones de personas sin derechos en una sociedad que podría convertirlos en esclavos. En el Éxodo, el pueblo de Israel trata de promover una sociedad más justa.

No es fácil alcanzar el ideal de una sociedad justa. El salmista lo sabe bien. Su reflexión encuentra solución sólo en la meditación de la Ley. "En la ley del Señor está su delicia" reflexiona mientras piensa en aquellos que han optado por la justicia. Es imposible meditar en la ley de Dios sin examinarnos a nosotros mismos. La justicia, el bien, la libertad y el amor, son valores que se reflejan continuamente en la Ley. No verlos, y mucho menos practicarlos, es no haber entendido el mensaje divino.

Jesús resume todas estas cosas en el tema del amor. Posteriormente los Apóstoles harán lo mismo. La más maravillosa confesión sobre Dios la hace san Juan: "Aquella persona que no ama no ha conocido realmente a Dios porque Dios es amor" (1 Jn 4,8). Este amor de Dios se ha mostrado plenamente en Jesús. Esto nos da la seguridad que él era el enviado de Dios y nuestro modelo de amor. El amor de Cristo es tan profundo que decidió mostrarlo muriendo en la cruz. Las palabras del libro del Cantar de los Cantares describen perfectamente el amor de Jesús: "¡El fuego ardiente del amor es una llama divina! El agua de todos los mares no podría apagar el amor; tampoco los ríos podrían extinguirlo" (Cant 8,6b-7a).

Con esto no queremos decir que Jesús aceptara alegremente la cruz. La cruz de Jesús fue el resultado de una vida dedicada al amor en un sistema político y económico que no permitía que todos los seres humanos disfrutaran de esos valores. La muerte trágica de Jesús en la cruz, terminó en la resurrección, probando que ninguna injusticia, incluida la muerte, puede ser más fuerte que el amor divino. No hay mayor prueba de amor de Dios que la resurrección.

Las lecturas de hoy nos desafían a encarnar el amor y la justicia en todo tiempo y lugar. No somos simplemente seres humanos vagando sin sentido por este mundo. Somos hijas e hijos de Dios puestos en el mundo con la misión de vivir una vida de amor. Palabras y acciones deben encarnar cotidianamente ese mensaje. Hay un refrán que dice: "Predica el evangelio. Usa palabras si es necesario". El ejemplo de la vida es el mejor testimonio de que Dios está actuando entre nosotros. Si damos buen ejemplo no son necesarias las palabras. Si como individuos y como comunidad logramos reflejar el amor en todas nuestras acciones, muchos lograrán reconciliar sus vidas con Dios.

Hay muchas oportunidades para actuar en justicia y amor. Muchos de nosotros somos inmigrantes o vivimos en comunidades donde hay inmigrantes, quizás haya viudas e incluso, huérfanos. Seguramente en nuestro ambiente habrá infinidad de situaciones donde podamos practicar la caridad generosa. Dios nos ha llamado a responder con amor y justicia a todas las personas. Quizás esa sea la única oportunidad de que ellas descubran el amor de Dios. Está en nuestras manos aceptar la oportunidad de ser instrumentos de Dios. Roguemos al Espíritu que nos dé la fuerza para vivir así. No tengamos miedo de hacer realidad una sociedad más justa.

## **Propio 26**

Miqueas 3,5-12; Salmo 43; I Tesalonicenses 2,9-13,17-20; Mateo 23,1-12

Más de una vez en la vida habremos estado tentados de rezar como el salmista: "Hazme justicia y defiende mi causa contra gente sin amor, líbrame oh Dios de gente falsa y fraudulenta" (Sal 43,1).

Con frecuencia son noticia los fraudes cometidos por gobernantes, por grandes ejecutivos, y, a veces, por eclesiásticos. Fraudes que claman justicia y que manifiestan la corrupción humana. Ahora bien, mal que nos pese, esto es tan antiguo como la humanidad misma. Buen ejemplo de ello son las lecturas de la liturgia de hoy.

El profeta Miqueas, critica y denuncia a los jefes de Israel, a los falsos profetas, y a los mismos sacerdotes, porque actuaban movidos por el interés personal. Carecían de auténtico celo. Lo peor de esa gente es que, ocupando cargos de liderazgo, conducían a otros por el mal camino, provocando indebido sufrimiento.

¡Qué razón tiene Miqueas al decir que muchos gobernantes han torcido todo lo que estaba derecho y han edificado sobre la base del crimen y de la injusticia! Esos gobernantes han conducido a muchos pueblos a conflictos bélicos y a infinidad de calamidades.

El evangelio continúa en el mismo tono profético de Miqueas. Se denuncia la hipocresía. Sin embargo no es fácil averiguar qué palabras provienen directamente de Jesús en todo este capítulo. Según los especialistas de la Biblia, la redacción de este capítulo, probablemente refleje la época en que los cristianos habían sido ya excluidos de la comunidad judía. El tono polémico explica muchas de las exageraciones al descubrir lo contrario en otros documentos; algunas descripciones tienen más de caricatura, de exageración, que de retrato. Son semejantes a otros escritos filosóficos polémicos de la época. La descripción y caracterización de los letrados y fariseos no concuerda en todo con lo que se sabe por otras fuentes de aquellos grupos, es decir, que no era gente tan mala. En cambio, se puede aceptar lo que dice el evangelio como descripción de tipos que se pueden dar en cualquier grupo religioso.

Según esto, lo que el evangelio realmente espera de nosotros es un examen profundo preguntándonos hasta qué punto somos sinceros en nuestra vida cristiana y en el uso de símbolos religiosos. Hasta qué punto nuestra fe es sincera o, trascendiendo esos límites, se convierte en fanática.

Pongamos ejemplos: la Biblia es para los cristianos un libro fundamental. En ella encontramos alimento espiritual. En ella encontramos alivio, paz, y sosiego interior. Con todo hay personas que idolatran a ese libro. Lo llevan bajo el brazo por todas partes, se lo imponen a todo el mundo. Aprenden de memoria algunas líneas y alardean de conocer a fondo las Escrituras. ¿Están sus vidas en concordia con lo que enseñan? Eso es lo que se ha de evitar, el desequilibrio entre la apariencia y lo que llevamos dentro. Otras veces encontramos personas cargadas de cruces, de imágenes, de rosarios. Nos preguntamos, ¿por qué los llevan? ¿Por protección? ¿Por adorno, o porque realmente sus vidas son auténtico reflejo de esos símbolos? Otras veces encontramos personas que desean vestirse con ropas clericales para, al parecer, sentirse más santas o lograr mayor autoridad. De nuevo, la vestimenta no va a cambiar el interior de esas personas. "El hábito no hace al monje", dice el refrán. Otras veces encontramos a ciertos clérigos en lidia constante por lograr puestos de mayor importancia; si logran ser obispos, el poder se les sube a la cabeza y se consideran, como en el pasado, "príncipes" de la Iglesia. Conocidos de todos son los extremismos cometidos por la jerarquía en este sentido. Durante siglos, obispos y papas, con toda clase de títulos y poder, dominaron la Iglesia y esperaban adoración de los demás. El papa Julio II, confesaba que su ídolo era Julio César; de él podía aprender cómo guerrear y defender los estados pontificios.

Con estos ejemplos no queremos criticar a nadie en concreto, simplemente consideramos la importancia de ser consecuentes con la exhibición religiosa externa que hacemos. Todo esto, en cualquier parte, en cualquier tiempo que se haya practicado tanta superficialidad, va en contra de la más genuina enseñanza de Jesús, va en contra del ejemplo que nos dio con su vida. Todos, seculares y clérigos, debiéramos cargar en nuestro pecho un anuncio que dijera: "El mayor de vosotros sea vuestro servidor".

## **Propio 27**

Amós 5,18-24; Salmo 70; 1 Tesalonicenses 4,13-18; Mateo 25,1-13

El evangelio nos habla de una boda. Cada cultura tiene costumbres diferentes. Evidentemente la boda que nos describe Mateo carece de muchos detalles pero vemos que era diferente a las ceremonias que hoy celebramos. Es difícil encontrar en los autores bíblicos una descripción detallada de cómo se celebraba una boda en el ambiente judío de hace más de dos mil años. Veamos algunos elementos.

Ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento hay referencias a un rito religioso en la boda. Se trataba simplemente de un contrato legal, y probablemente se firmaran algunos documentos. La celebración nupcial consistía en una procesión desde la casa de la novia hasta la del novio. En varios pasajes de la Escritura, se hace referencia a una tienda de campaña o carpa bajo la cual el novio y la novia hacían las promesas matrimoniales, más tarde, irían de hecho en forma festiva a la casa del novio, o adonde fueran a vivir en definitiva. Tanto el cortejo de la novia como el del novio iban elegantemente vestidos. La novia iba cubierta con un velo que se quitaba en la cámara nupcial.

En aquellos tiempos no existía lo que hoy conocemos como "viaje de novios", así que la fiesta nupcial tenía lugar en la casa donde los novios iban a vivir y duraba una semana. Los invitados podían participar de la fiesta durante toda la semana. A los novios se les trataba de "príncipe" y "princesa".

La boda suponía una gran celebración para la pareja judía y para todos los participantes, tanto es así que algunos maestros de la Ley quedaban dispensados del estudio de la misma porque participar de la boda era una obligación y un privilegio más importante. Jesús mismo, en varias ocasiones compara el reino de Dios a un banquete nupcial.

En la parábola del evangelio de hoy faltan muchos detalles. No se menciona a la novia. No se menciona en qué casa se iba a celebrar la boda y la fiesta. No se indica por qué el novio llegó tan tarde. Tampoco se dice por qué las doncellas tenían que acompañar al novio. Las doncellas necias no pudieron participar de la fiesta por doble razón. Primera, nadie podía andar por la calle de noche sin una lámpara; y segunda, llegado el novio, las puertas de la casa se cerraron, para dar inicio a una ceremonia ya muy retrasada.

Esta parábola, como casi todas, puede tener varios significados. Uno de ellos podría estar dirigido a los judíos de entonces que no estuvieron preparados para aceptar el mensaje de Jesús.

El significado más aceptado se refiere a todos los cristianos. Entre ellos hay unos que oyen la palabra de Dios pero no la cumplen, y hay otros que la oyen y la cumplen.

Para estar listos para el banquete celestial tenemos que consagrar todas nuestras energías a ese ejercicio. El estudiante no puede pasar los exámenes últimos si no ha estudiado durante todo el año. El atleta no participará de los juegos olímpicos si no se ha ejercitado cientos de horas durante muchos años. El escalador no llegará a la cumbre si no sube poco a poco la falda de la montaña y ataca los riscos más empinados. Lo de mucho valor implica mucho sacrificio. Una carrerita a la tienda, a última hora, no será suficiente para llegar a tiempo, como les sucedió a las doncellas.

Es mejor que estemos preparados no sólo nosotros sino este mundo para que sea digno de otra venida del Señor. Las palabras de Amós no pueden ser más apropiadas. Nos pide este profeta que establezcamos la justicia sobre la tierra. El reino de Dios demanda: ¡Que fluya la justicia como un torrente, y la honradez como un manantial inagotable! Eso es lo que debemos lograr con un trabajo arduo, y una dedicación constante.

## **Propio 28**

Sofonías 1,7,12-18; Salmo 90,1-8,12; 1 Tesalonicenses 5,1-10; Mateo 25,14--15,19-29

Con la parábola de este domingo Jesús espera de nosotros que arriesguemos nuestra vida por el reino de Dios. Compara Jesús el reino de Dios a un amo que antes partir a tierra extranjera llama a tres de sus siervos y les confía el dinero que tiene. A uno le entrega cinco millones, a otro dos, y al último uno, a cada uno según su capacidad. Y se marchó. El que recibió cinco millones negoció con ellos y ganó otros cinco, lo mismo hizo el que recibió dos, pero el último tuvo miedo de perderlo, hizo un hoyo en el suelo y lo escondió.

Pasado mucho tiempo se presentó el amo de los criados a pedirles cuentas. Se acercó el que había recibido cinco millones y le entregó diez: los cinco recibidos y los cinco ganados. Lo mismo hizo el que recibió dos, le entregó cuatro. El dueño alabó a estos siervos como fieles y cumplidores, porque le habían doblado el dinero. Finalmente se acercó el que había recibido uno, y le devolvió lo recibido. El tercer siervo, por miedo al dueño, que era exigente, no quiso arriesgar en negociar con el millón y se lo preservó intacto. El dueño se enfadó y le recriminó su pereza, por no haber hecho producir más el dinero que le había confiado, por lo menos podía haberlo depositado en un banco para que produjera intereses. El dueño estaba tan enfadado con éste, que no quiso aceptarle el dinero, y ordenó que se lo entregaran al que tenía diez.

Hoy, a nosotros, esta parábola nos parece lógica. Sin embargo resultaba muy extraña al auditorio de Jesús. Los oyentes esperaban que Jesús alabara también al tercer siervo por su honradez y prudencia. ¿Qué hubiera sucedido si al negociar con el dinero lo hubiera perdido todo, o parte de ello? Por lo menos, supo preservar intacta la fortuna recibida. Efectivamente, el tercer siervo representaba a los maestros de la Ley. El objetivo principal de fariseos y escribas era conservar intacta la Ley, según ellos mismos decían, "hay que levantar una valla alrededor de la Ley" para que nadie la adultere. No se podía hacer ningún cambio, ninguna innovación. Y esa fue precisamente su perdición. Cuando llega Jesús con nuevas ideas se resisten y no lo aceptan.

Desde entonces se ha dado siempre el mismo problema en todas las épocas de la historia del cristianismo. Ha habido "escribas y fariseos" que se han opuesto a toda innovación, que no han admitido ningún cambio. Durante cientos de años la Iglesia permaneció estancada en costumbres que se inventaron en la Edad Media. Durante cientos de años se mantuvo como lenguaje oficial el latín. Una lengua, que en los últimos siglos de esa época, pocos entendían. Así la religión se mantuvo estancada, sin vida, y mucha gente se daba a la superstición.

En tiempos modernos hemos visto a alguien, como los siervos que negociaron con los millones, arriesgando. Nos referimos al papa Juan XXIII que tuvo la gran valentía de convocar el Concilio Vaticano II y cambiar muchas costumbres trasnochadas que ya no tenían sentido. Su ejemplo lo siguieron otras confesiones religiosas. Se renovó la liturgia, se renovó el diálogo entre todos los hermanos cristianos, se renovó el diálogo con otras religiones. En una palabra, se creó un espíritu mucho más abierto y evangélico, a imitación del espíritu de Jesús.

En algunas parroquias hay grupos de cristianos que han estado controlando la marcha de esas comunidades durante muchos años. Se resisten a cualquier cambio o innovación. Han enterrado el dinero, el talento, que Dios les ha dado, y no permiten que la parroquia progrese.

Si queremos ser fieles a la enseñanza de Jesús tenemos que arriesgar mucho más por el reino de Dios. Nadie ha arriesgado tanto como Jesús, que abiertamente se mantuvo en lucha contra la oposición a pesar de que sabía que moriría de una manera violenta. Pero consideró que su causa era justa, y, en cierto modo, necesaria para introducir sabiduría divina en esta tierra.

## **Propio 29**

Ezequiel 34,11-17; Salmo 95,1-7; 1Corintios 15,20-28; Mateo 25,31-46

Este es el último domingo del año litúrgico. El que viene, con la época de Adviento, iniciaremos un nuevo año. Las lecturas de los dos últimos domingos nos han estado alertando para vivir vigilantes (Mt 25,1-13) y animando a que nos arriesguemos más en nuestra vida cristiana (Mt 25,14-30). Hoy continuamos estudiando el capítulo 25 de san Mateo.

Hay quienes han interpretado un tanto equivocadamente el pasaje de hoy, en el que Jesús usa el ejemplo del pastor que separa a las ovejas de las cabras, considerando a éstas como malas. El pastor de Palestina no separaba a estos animales porque unos fueran mejores o más valiosos que los otros, sino porque las cabras necesitaban por la noche protección del frío, mientras que las ovejas, con su lana, podían aguantar mejor la intemperie de la noche. Una cabra podía proveer a una familia de casi lo necesario para vivir. La confusión de este pasaje aumenta, cuando el escritor pone en boca de Jesús los destinos finales del cielo y del fuego eterno. Sin duda esto ha sido añadido.

Según la explicación del teólogo escriturista Reginald H. Fuller, este pasaje se debe interpretar de una manera más profunda. Se trata de la aceptación o del rechazo de un enviado autorizado, y, por lo tanto, de la aceptación o del rechazo del que lo envió. En este caso, cada vez que rechazaban a los discípulos de Jesús, no teniendo cuidado de ellos, se lo hacían al mismo Cristo. Quienes no daban de comer o de beber o no vestían a los discípulos de Jesús, a él mismo se lo negaban.

Un aspecto interesante a considerar es el hecho de que Jesús no menciona grandes pecados cometidos contra los discípulos o contra él mismo, sino, mas bien, obras de omisión, "Tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, era emigrante y no me acogisteis, estaba desnudo y no me vestisteis, estaba enfermo y encarcelado y no me visitasteis". En otras palabras, hemos evitado riesgos y hemos enterrado nuestros talentos. A Dios no le preocupan tanto nuestros pecados cuanto el ver cómo nos ayudamos unos a otros y colaboramos para mejorar la situación social del mundo presente.

También es curioso observar cómo muchos, sin saberlo o sin darse cuenta, han estado del lado de Dios siempre, incluso sin llamarse cristianos. Todos los años, en el mes de diciembre, coincidiendo con las fiestas navideñas, pasan por la televisión una película maravillosa titulada *It's a Wonderful Life*. En ella nos cuenta el director Frank Capra cómo George Bailey ha estado tan ocupado ayudando a otros que ni siquiera se ha dado cuenta de las buenas obras que ha realizado: evitó que su hermano se ahogara, evitó que un niño se envenenara, dio sus ahorros al hermano para que cursara estudios superiores, ayudó a familias pobres a financiar sus casas. Con sus buenas obras logró que la vida en su pueblo mejorara en calidad.

Martín de Tours era un soldado romano y además cristiano. Al entrar en una ciudad un día de invierno, un pobre le pidió una limosna. Martín no tenía dinero, pero el pobre estaba tiritando de frío. Martín se quitó la capa, la cortó en dos y le dio la mitad para que se protegiera del frío. Aquella noche Martín soñó, y vio, rodeado de ángeles, a Jesús vestido con la mitad de una capa romana.

Las obras que realizamos en la tierra tienen repercusión en el cielo. Jesús, el rey del cielo y de la tierra, decidirá si le hemos servido bien, cada vez que hemos ayudado a uno de nuestros hermanos.

El Hijo de Dios vivió en la tierra en el cuerpo de Jesús de Nazaret. El Hijo de Dios vive ahora mismo en nuestro cuerpo. El Hijo de Dios se ha hecho carne en toda la humanidad. A veces no lo reconocemos, sin embargo, él, Jesús, "seguirá cargando con nuestros sufrimientos y dolores" (Is 53,4).

## **La presentación del Señor en el templo (2 de febrero)**

Malaquías 3,1-4; Salmo 84,1-6; Hebreos 2,14-18; Lucas 2,22-40

La fiesta de la Presentación de Jesús en el templo tuvo su origen en Jerusalén. Hay testimonios que la mencionan ya en el siglo IV. Cuando esta fiesta se extendió por Siria en el siglo VI, se le dio en Constantinopla el nombre de "Encuentro". Al pasar a Occidente en la segunda mitad del siglo VI, se celebraba, como hoy día, es decir, cuarenta días después de la Natividad del Señor, o sea el 2 de febrero. Más tarde, hacia el año 750, en las Galias tomó el nombre de "Purificación de la Virgen María", nombre que conservó hasta 1969. En Roma, donde la misa tenía lugar al alba, el papa Sergio I (687-701) hizo que a la misa le precediera una procesión en la que todos llevaban un cirio; de ahí el nombre popular de "la Candelaria". Con la denominación actual de "Presentación del Señor en el templo", recobra su orientación inicial de celebración vinculada al misterio de la encarnación del Hijo de Dios.

Jesús, desde su nacimiento, es el mensajero de la buena de Dios. Anunciado ya repetidas veces por los profetas. Jesús, el Hijo de Dios, quiso ser totalmente solidario con la raza humana, sometándose a la ley y a toda limitación humana. Pasó por toda etapa del crecimiento humano. San Pablo en la carta a los Hebreos afirma que "Jesús fue de carne y sangre humanas" (Heb 2,14). La razón de ello, es que "vino para ayudar no a los ángeles, sino a los descendientes de Abrahán. Y para ello tenía que ser hecho igual en todo a sus hermanos, para llegar a ser delante de Dios un sumo sacerdote fiel y compasivo" (Heb 1, 16-17). Jesús conoció en su propia carne las pruebas de la condición humana, incluida la muerte. Dios verdadero y hombre verdadero, es el sumo sacerdote que libera a los seres humanos del pecado y se compadece de sus sufrimientos, cuya dureza experimentó.

El evangelio de hoy inicia demostrando la fidelidad de los padres de Jesús a la ley, y termina de la misma manera: "Después de haber cumplido con todo lo que manda la ley del Señor, volvieron a Galilea, a su propio pueblo de Nazaret. Y el niño crecía y se hacía más fuerte y sabio, y gozaba del favor del Señor" (Lc 2,39-40).

Así pues, tenemos que Jesús, en cuanto hombre, nace de una madre, crece, en el ambiente de una familia, cumple con todos los requisitos de la ley judía, y crece en fortaleza y sabiduría, porque gozaba de la gracia de Dios. Un resumen que dice mucho en pocas palabras.

Los evangelistas tienen necesidad de afirmar la humanidad de Jesús, porque pronto surgirían opiniones de que un cuerpo unido a la divinidad tenía que ser perfecto. No podía enfermarse ni fatigarse ni pasar hambre ni sed. En otras palabras no podía sufrir ni padecer. Con ello estaban negando la humanidad de Cristo.

Jesús pronto empezó a mostrar que el favor de Dios estaba con él en su enseñanza y en su vida profética. Jesús entraba en las sinagogas a enseñar (Mc 1,21). Recorría las aldeas enseñando (Mc 6, 6). Enseñaba en el templo (Mc 12,35 y Jn 7,14). Enseñaba una doctrina nueva "con autoridad" (Mc 1,22) Es decir, no repetía lo ya sabido, sino como fuente autorizada de nueva doctrina. La gente decía: "Es una enseñanza nueva. Hasta a los espíritus inmundos les da órdenes y le obedecen" (Mc 1,27). Y "todo el mundo admiraba su enseñanza" (Mc 11,18).

Muchas cosas podemos aprender del mensaje de esta fiesta. Primero, que Jesús conoció la condición humana, como cualquier otro ser humano; segundo, que era fiel a su religión y tradición judías; tercero, que era también innovador, líder, profeta, que arriesgaba su vida por el bien de todo el pueblo.

Hemos de imitar a Jesús. Tenemos que conocer bien su vida y meditar sobre ella. Si así lo hacemos el favor y la gracia de Dios nos acompañarán, y podremos realizar portentos, en nuestras vidas y en las de los demás.

## La Ascensión del Señor

Hechos 1,1-11; Salmo 47; Efesios 1,15-23; Lc 24,49-53

En la Ascensión del Señor a los cielos recordamos una realidad por la que Jesús pasó y por la que un día pasaremos nosotros. Es decir, el retorno al Padre, mansión celestial eterna.

El Hijo de Dios vino a este planeta, vivió entre los humanos unos treinta y tres años, dio un ejemplo de vida singular, murió de amor en un martirio horroroso y luego resucitó, manifestándose así el poder definitivo divino. Finalmente, Jesús regresó al hogar eterno del Padre.

Nosotros, los seguidores de Cristo, de una manera u otra, hemos de andar un camino parecido. Cuanto más imitemos la vida de Jesús, mejor nos ha de ir. Las personas que lo imitan, cien por cien, como los santos, se tornan divinos ya en esta tierra, y ansían morir y volar a la gloria eterna.

Ahora bien, ¿cómo hemos de entender algunas expresiones de las lecturas de hoy? Evidentemente, los escritores de las mismas vivían en otra cultura. No tenían un conocimiento astronómico ni cósmico como el nuestro. Probablemente, muchos entendían que el cielo estaba "arriba", porque creían que la tierra era plana, y "debajo" no había más que el infierno. Toda esa concepción cósmica ya la hemos superado. Hoy sabemos que el planeta tierra no es más que un puntito, casi invisible, entre los millones de galaxias que pueblan el infinito universo. No estamos ni arriba ni abajo ni a la derecha ni a la izquierda. Simplemente estamos en el universo sideral. Así pues, las expresiones bíblicas: "subió", "fue elevado", "al cielo", "a lo alto", no se han de tomar al pie de la letra como si Jesús, a modo de un cohete, hubiera subido al cielo. No.

Entonces, ¿dónde está el "cielo"? Ante todo no debemos de entender el cielo como un lugar, como algo localizado en un sitio. Los espíritus no ocupan lugar, por lo tanto, no necesitan un espacio donde vivir. Lo que llamamos cielo, en vez de ser un espacio sideral, se trata de un estado vital, superior, divino, en el que seremos como dioses, viviendo una felicidad sin límites y con un poder muy superior al que tenemos ahora.

¿Cuál es el mensaje de esta fiesta? ¿Qué mensaje nos transmiten las lecturas de hoy? Hay dos mensajes, primero, que nuestro destino final no se encuentra en esta tierra, y segundo que, si así están las cosas, ¿por qué no tratamos de prepararnos para el destino futuro?

Cuando hemos decidido ir de viaje a un país remoto, nos preparamos durante mucho tiempo. Pensamos bien todos los detalles, compramos todo lo necesario para el viaje, compramos los boletos de viaje, y esperamos con ansiedad a que llegue el día esperado.

Vivimos en esta vida transitoriamente. Sabemos que nuestro destino definitivo no se encuentra aquí, así pues, sería conveniente que nos preparáramos para ese viaje definitivo. Sin embargo, con frecuencia nos olvidamos de esa realidad tan cierta como profunda. Vivimos absorbidos por las cosas. Casi no pensamos en el más allá. Sólo cuando algún amigo, o ser querido parte, reflexionamos un poco. Y aún en esos momentos, lloramos más la partida del ser querido que celebramos la alegría de que se haya ido al cielo, a gozar. Si tuviéramos una fe profunda, en medio del dolor de esa partida del ser amado, estaríamos alegres porque ya ha logrado el gozo definitivo y esperado. Ya está en el cielo. Ha superado este vivir terreno.

Si tenemos una fe profunda en la verdad contenida en el mensaje de hoy, no sólo nos prepararemos nosotros para ese viaje definitivo sino que trataremos de convencer a todo el mundo de algo tan hermoso. Cuando regresamos de un viaje a Europa o a un lugar exótico, se lo contamos a todo el mundo, y les animamos a que vayan a ver cosas tan preciosas. Lo mismo debemos hacer con el mensaje de Jesús. Invitemos a todos a conocer a Jesús y a seguir sus pasos.

Así en definitiva, la fiesta de hoy nos pide que vivamos en esperanza, que vivamos en expectativa, que vivamos atentos, y que compartamos la alegría de este mensaje con todo el mundo.

## La Transfiguración

Exodo 34, 29-35, Salmo 99, 5-9, 2 San Pedro 1, 13-21, Lucas 9, 28-36

La liturgia del tiempo de Pentecostés nos trae un mensaje básico: la acción santificadora del Espíritu Santo en la Iglesia de Cristo.

Pentecostés era, en tiempo de Jesús, una celebración muy solemne de acción de gracias. Era una estación agrícola en la que se ofrecían a Dios los primeros frutos de la cosecha. Pentecostés es también significativo para nosotros, pues en ese evento se recogieron los primeros frutos del cristianismo.

El Espíritu Santo descendió ese día sobre la naciente iglesia de Cristo, y la llenó de poderosa vitalidad. La savia de sus dones hizo florecer todas las virtudes cristianas. La Iglesia de Cristo creció y se desarrolló con un vigor increíble. Desde entonces, Cristo Resucitado se comunica a las almas y su Espíritu transforma la faz de la tierra.

La liturgia de hoy nos presenta la extraordinaria escena de la Transfiguración del Señor. Celebración que cae en el corazón mismo del tiempo de Pentecostés. Tiempo de la obra santificadora del Espíritu. Las lecturas nos hablan de la vocación del pueblo de Dios a la santidad.

Ese llamado a la santidad tuvo lugar en los significativos acontecimientos del Monte Sinaí y del monte donde ocurrió la transfiguración de Jesús. El Monte Sinaí es el gran escenario del pacto personal de Dios con su pueblo. En el Levítico leemos: “Ustedes tienen que ser santos porque yo soy santo” (Lv 11, 45).

Una de las frases que revela el plan de Dios con su pueblo, tuvo lugar cuando en el Exodo (19, 6), al pie del Monte Sinaí, Dios le comunicó cuál era el ideal a seguir: “Ustedes me serán un reino de sacerdotes, un pueblo consagrado a mí”.

El plan de Dios era muy claro: su pueblo escogido, y en especial sus líderes, debían ser lazo de unión entre el creador y la criatura humana. Quiere que sean puente de salvación. La tarea fue larga y penosa. Los patriarcas y profetas escogidos consagraron sus vidas y lucharon por ese ideal divino de restaurar la naturaleza humana a su estado original de santidad.

Larga fue la historia. Hubo grandes triunfos y humillantes derrotas. Hechos de heroica santidad, así como pecados de vergonzosa traición a los ideales mesiánicos.

Al cumplirse los tiempos, Dios toma forma humana en la persona de Jesús de Nazaret para realizar definitivamente la obra de santidad: “Yo mismo voy a encargarme del cuidado de mi rebaño”, dijo el Señor por su profeta Ezequiel (34,11).

Jesús es ungido por el Espíritu Santo en el Bautismo. Como Moisés salió del agua para salvar. En el Bautismo de Jesús se inicia el nuevo pacto: “Este es mi Hijo, mi elegido, escúchenlo”. Palabras que se repiten en el monte donde tuvo lugar la transfiguración de Jesús. Y, frente a los principales líderes del nuevo Pueblo de Dios, tiene lugar un nuevo llamado a su Iglesia para llevar a cabo el definitivo plan salvífico de Dios.

En la Transfiguración de Jesús la liturgia nos invita a recordar la historia de nuestra salvación, a renovar en Cristo resucitado nuestra lealtad a la voluntad de su Padre y a ponernos bajo la influencia de su Espíritu para caminar seguros por el camino que lleva a la patria eterna.

En la celebración eucarística se nos invita a todos a subir al monte de la Transfiguración, donde Jesús quiere realizar en cada uno de nosotros el milagro de la transformación, de nuestra naturaleza pecadora, en modelos de verdaderos hijos e hijas de Dios.

## La Festividad de Todos los Santos

Eclesiástico 44, 1-10, 13, 14, Salmo 149, Apocalipsis 7, 2-4. 9-14, Mateo 5, 1-12

El Hijo de Dios vino a la tierra no para facilitarnos el caminar por ella sino para anunciarnos algo grande y hermoso.

En el evangelio de hoy, Mateo nos presenta a Jesús como el nuevo Mesías, hablando desde un monte, ofreciendo una ley nueva, por la cual nos debemos guiar en esta tierra.

Las bienaventuranzas nos suenan como algo muy extraño. No nos caen bien. Es difícil apreciar el carácter paradójico de las mismas. Nos gustaría olvidarlas o ignorarlas cuanto antes. Nos gustaría que Jesús nunca las hubiera mencionado. Sin embargo, las bienaventuranzas constituyen una revolución moral que todavía no se ha llevado a su plenitud. Jesús no vino a esta tierra a facilitarnos las cosas sino a establecer un orden nuevo de valores. Jesús no condenó el placer ni los bienes materiales ni el dinero. No condenó al joven rico que le preguntó sobre la manera de lograr la perfección. Jesús le advirtió que colocara su corazón, no en la tierra sino en el cielo.

A Jesús le gustaba comer con amigos, con pecadores, en banquetes y en bodas. Le gustaba el buen vino, y el primer milagro que realizó, según el evangelio de Juan, fue convertir agua en vino, que fue el mejor de la boda. Y con todo, Jesús no vino a vivir una vida cómoda o de confort, sino a enseñarnos un camino nuevo.

No hay otro camino para el verdadero cristiano. Podemos gozarnos en la maravilla de la creación, podemos gozarnos en las cosas creadas y materiales, pero también tenemos que estar dispuestos a cargar con la cruz.

Hoy estamos celebrando la fiesta de Todos los Santos. Es una fiesta bella y muy significativa. Celebramos a santos pequeños y a santos grandes. A los famosos y a los desconocidos. Las lecturas del Eclesiástico y del Apocalipsis hacen referencia a todos ellos. Ahora bien, entre ellos podremos recordar también a nuestros familiares y amigos ya idos. Todos están con Dios.

El mensaje de esta fiesta, es un mensaje de esperanza y de fortaleza. En el prefacio de la liturgia leemos: “Porque en la multitud de tus santos, nos has rodeado de una gran nube de testigos, para que nos regocijemos en su comunión, y corramos con perseverancia la carrera que nos es propuesta, y, junto a ellos, recibamos la corona de la gloria que no se marchita”.

Así pues, aunque peregrinos todavía en este mundo, nos encaminamos alegres, guiados por la fe y animados por la gloria de los santos que ya están en el cielo. En ellos encontramos ejemplo y ayuda para nuestra debilidad.

El auténtico cristiano debe escalar con valentía y entereza la cumbre de la montaña, el auténtico cristiano debe esperar contra toda esperanza, y cuando todo aparece oscuro y tenebroso, el auténtico cristiano debe estar seguro de que un día se encontrará con todos los santos en el más allá.

San Pablo, en la Carta a los Hebreos, dedica todo el capítulo once para exaltar a los grandes modelos de la fe del Antiguo Testamento. Menciona a los más famosos: a Noé, a Abrahán, a Isaac y Jacob, a Sara, a Moisés, a Gedeón, Barac, Sansón, Jefe David Samuel y los profetas, y recuerda cómo vivieron y murieron heroicamente. Luego comienza el capítulo doce de esta manera: “Así pues, nosotros, rodeados de una nube tan densa de testigos, desprendámonos de cualquier carga y del pecado que nos acorrala; corramos con constancia la carrera que nos espera, fijos los ojos en el que inició y consumó la fe, en Jesús” (Heb 12, 1).

Iniciamos esa carrera el día de nuestro bautismo. En muchas iglesias, hoy, se celebrarán bautismos, y se recibirán a nuevos cristianos que nos acompañarán en este caminar hacia la gloria. Si no se celebran bautizos, este es un día indicado para renovar las promesas bautismales, en lugar de recitar el Credo. En el bautismo contraemos unas responsabilidades de ayuda mutua. No podemos renovar las promesas de una manera superficial, sino con pleno conocimiento de lo que hacemos. Renovadas las promesas, realmente podemos celebrar con alegría este día, porque todos somos santos. Leemos en la Carta a los Gálatas, “Los que os habéis bautizado consagrándoos a Cristo os habéis revestido de Cristo” (Gal 3, 27). Somos uno en Cristo, y ni la edad ni el color ni la nacionalidad nos podrán separar, porque somos uno en Cristo. ¡Celebremos la fiesta!”





**The Office of Hispanic Ministry  
The Episcopal Church Center  
815 Second Avenue  
New York, NY 10017**